

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo IX



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1973

S U M A R I O

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Páginas

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1972, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
---	---

E S T U D I O S

El plano de Juan Gómez de Mora de la Plaza Mayor de Madrid en 1636, por <i>Antonio Bonet Correa</i>	15
Documentos para la biografía de Juan Gómez de Mora, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	55
La calle de Atocha, por <i>Carmen Rubio Pardos</i>	81
La Ermita y el Cerrillo de San Blas, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	117
Más documentos sobre impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	127
La Capilla de la Concepción del Colegio Imperial, por <i>Ramón Ezquerria Abadía</i>	173
Enterramiento del cardenal Granvela, en 1586, por <i>Florentino Zamora Lucas</i>	225
Un retablo documentado de Alonso Carbonel en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Getafe, 1612-1618, por <i>María del Pilar Corella Suárez</i>	231
La descripción de «S. Lorenzo el Real de la Victoria» del Escorial por Lorenzo Van der Hamen (1620), por <i>Gregorio de Andrés</i>	251
La Galera o Cárcel de mujeres de Madrid a comienzos del siglo XVIII, por <i>Antonio Domínguez Ortiz</i>	277
La construcción del Palacio de Liria, por <i>José Manuel Pita Andrade</i>	287
Los Reales Estudios de San Isidro: nuevas noticias, por <i>José Simón Díaz</i>	323
Problemas del transporte madrileño en el siglo XVIII, por <i>Francisco Aguilar Pinal</i>	341
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	357

	Páginas
Vanidad y temor en una actitud de Moratin, por <i>Joaquín de Entrambasaguas</i> ...	387
La Sociedad Económica Matritense y la promoción de la Sociedad Patriótica de Jerez de la Frontera, por <i>Manuel Ruiz Lagos</i>	401
Una mujer cirujano en tiempos de Carlos IV: Victoria de Félix, por <i>Paula de Demerson</i>	415
Límites del Barrio de Argüelles. Su evolución, por <i>Maria Eulalia Ruiz Palomeque</i> .	427
Don Francisco Coello en la Sociedad Geográfica de Madrid, por <i>José Gómez Pérez</i> .	437
Mapas y Planos de Madrid y su provincia editados o impresos por el Instituto Geográfico. Cien años de labor cartográfica, por <i>José María Sanz García</i>	449
Notas adicionales acerca de los leones del Palacio de las Cortes, por <i>Enrique Pardo Canalís</i>	499
Vicisitudes políticas de una estatua: el «Carlos V» de León Leoni, por <i>Manuel Espadas Burgos</i>	503
Un ensayo de formación humana y social en la escuela, por <i>Antonio Aparisi Mocholí</i>	511

MEMORIAS Y RECURSOS

Diario de un estudiante del Instituto de San Isidro (1920-1921), por <i>José Gavira Martín</i> . Advertencia preliminar, edición y notas por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .	521
---	-----

SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS ILUSTRES

El actor madrileño don Enrique Chicote, por <i>José Subirá</i>	617
Conversación con Subirá, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	631

SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Las calles de Madrid en 1624, por <i>José del Corral</i>	643
---	-----

BIBLIOGRAFIA

Madrid en los libros, por <i>Juan Sampelayo</i>	691
Bibliografía artística madrileña (1971-1972), por <i>María Luz Rokiski Lázaro</i>	697

DIARIO DE UN ESTUDIANTE DEL INSTITUTO DE SAN ISIDRO (1920-1921)

Por JOSÉ GAVIRA MARTÍN

Advertencia preliminar

Presento con nostalgia y complacencia la obra —quizá inicial— de uno de mis mejores amigos. Pero creo que no posee sólo un valor exclusivamente sentimental para quien cultivó con su autor una estrecha y sincera amistad; a mi modesto entender ofrece un interés más amplio. Pues se trata de unas memorias, género no muy abundante en España, como es notorio. Las memorias de un estudiante, redactadas día a día durante un curso completo, tipo de diario muy raro entre nosotros; quizá me excedo al emitir este concepto, pues debe de ser frecuente la costumbre de llevar un diario por parte de muchachas sentimentales, pero es de suponer que en forma ingenua y que ellas mismas considerarán inútiles de conservar a la llegada de su plenitud femenina. Este diario que aquí se publica es algo semejante al famoso *Cuore* de Edmondo De Amicis, que muy probablemente sugirió al autor la idea de componer él también su diario de estudiante. Con la diferencia de que, aparte de su propia vocación literaria, llevó a término un diario auténtico, vivido al día, sincero; algo que refleja las impresiones, a veces ingenuas, que un adolescente dotado de fina inteligencia y de cierta madurez, recibe regularmente. Por tanto, nos hallamos ante un documento escolar y psicológico, que a pesar de la juventud de su autor —factor que debemos tener muy presente para juzgarlo con benevolencia— podemos examinar en sus varias facetas: las impresiones que sobre el alma sensible y generosa de un joven causan los acontecimientos que va contemplando cada día; y las reacciones de un espíritu con visible capacidad de análisis; por otra parte, es un documento de primera mano de la vida estudiantil, no a través de la reelaboración

idealizada de una *Casa de la Troya*, aunque limitado al ámbito del centro docente, y en el que también repercuten los sucesos de la vida nacional coetánea. Ha escrito mi amigo José Simón Díaz, presidente del Instituto de Estudios Madrileños, con referencia precisamente al Instituto de San Isidro: «Cada uno de ellos [sus antiguos alumnos] tiene del Instituto su imagen propia e intransferible y sólo quedaría satisfecho si un condiscípulo de su promoción evocara los retratos —o mejor, las caricaturas—, de unos cuantos profesores y empleados, recordase la figura de compañeros populares y situara como telón de fondo unas cuantas anécdotas de la vida estudiantil de la época»¹.

José Gavira Martín nació en Málaga, en 1903, de padre militar, lo que

¹ *El Instituto de San Isidro (1572-1972)*, Madrid, 1972, Aula de Cultura del Ayuntamiento de Madrid e Instituto de Estudios Madrileños; pág. 5. Algunos grandes escritores contemporáneos han hecho alusiones a su vida estudiantil, pero no en forma de memorias y, en general, muy brevemente, o han reflejado aspectos de su vida escolar y la visión que poseen de los centros en que estudiaron en famosas novelas: así entre los que entran en el primer grupo Unamuno, en *Recuerdos de niñez y de mocedad*; Baroja, en *El árbol de la Ciencia*, con su consabido tono amargo y pesimista; más extensamente Azorín, en las *Confesiones de un pequeño filósofo*, en que recuerda, concentrada en algunos cuadros, su estancia en el internado de los escolapios de Yecla, igualmente con tono amargo y resentido por el régimen del colegio, que ve como simple opresión padecida por el alumno; Gómez de la Serna, en *Automoribundia*, en que su agudo y prolífico ingenio envuelve exuberantemente recuerdos de su niñez, y entre ellos algunos de su residencia en un internado de Palencia, y en Madrid, en los escolapios de San Antón y el Instituto del Cardenal Cisneros, no muy abundantes, no muy gratos, aunque tampoco de pleno desagrado. De las novelas no es necesario indicar el carácter de ataque y hostilidad a los colegios de religiosos en que cursaron los estudios sus autores de Pérez de Ayala en *A.M.D.G.* y de Azaña en *El Jardín de los Frailes*; Gabriel Miró, en *El obispo leproso*, ironiza con su recamada prosa sobre los jesuitas del colegio de «Oleza», aunque evoca pocos recuerdos personales de su presencia en dicho colegio de Orihuela. (Torrente Ballester enjuicia la novela de Azaña como «libro seminovelesco..., desaprovecha un tema seductor por su afán satírico y su regusto en los detalles desagradables»; *Panorama de la Literatura española contemporánea*, 3.ª ed., pág. 302.) Y Angel Valbuena dice de la novela de Pérez de Ayala: «Es la más unilateral y de más pasión tendenciosa de las obras literarias que dan una visión de los colegios jesuíticos [como Miró y Joyce], pero también de cierta franqueza y dramáticos contrastes... Hay grandes exageraciones, evidente exceso de recargo en las tintas negras...» (*Historia de la Literatura española*, t. III, 5.ª ed., 1957, página 548).

Sin embargo, quien proporciona mayor cantidad de pormenores de su vida escolar en el bachillerato es Ramón y Cajal en *Mi infancia y juventud*, en que habla extensamente de su paso por los escolapios de Jaca y el Instituto de Huesca, aunque insiste mucho más en su vida extraescolar y a sus travesuras e incluso barbaridades, suyas y de sus compañeros, confesándose sinceramente, y tampoco con simpatía por centros y maestros, incluso con bastante aspereza, calificando los métodos de atrasados, memoristas e ineficaces, y al trato de duro; pero no es tampoco un diario, sino recuerdos y cuadros de ambientes y hechos. Es de advertir que Baroja fue alumno en San Isidro sólo en último curso, en 1886, al venir su familia a Madrid. El carácter, en general hostil, que percibimos en todos los escritores citados parece dar la razón a lo que afirma Fernández Almagro, aunque se refiere al estudiante universitario: «Los recuerdos de toda vida de estudiante no suelen ser ejemplares ni amenos, por mucho que los enaltezca la distancia en el tiempo. Ni aun en sus mejores días dejó la vida estudiantil de ofrecer algunas notas de ese sabor amargo que recoge la clásica novela picaresca» (*Vida y literatura de Valle-Inclán*, M., 1943, página 16).

imprimió en su formación cierta seriedad y autodisciplina, no incompatibles con gracejo andaluz, no prodigado exageradamente como en otros paisanos suyos, y rasgos de auténtico humor. Por la profesión paterna residió y estudió en Melilla y hacia 1919 se trasladó con su familia a Madrid, terminando los estudios de bachillerato como alumno oficial, en el Instituto de San Isidro, situado cerca de su domicilio, que radicaba en los llamados barrios bajos, los cuales aún conservaban su aire de casticismo. Por tanto fue discípulo del antiguo Colegio Imperial los años quinto y sexto del tan añorado plan de estudios de 1903, durante los cursos de 1919 a 1920 y de 1920 a 1921. Al acabar, algo desorientado sobre su porvenir, se decidió —por información mía— a estudiar Filosofía y Letras, terminando en 1925 en las aulas de la vieja casa de San Bernardo; allí contrajo otra duradera amistad con el futuro ilustre arqueólogo Antonio García y Bellido, dolorosamente fallecido hace poco. Ye despuntó entonces en Gavira su vocación por la Geografía, ciencia a la que se consagró íntegramente, y su dominio del idioma alemán y relaciones con geógrafos alemanes, le permitieron dar a conocer durante bastantes años la ciencia geográfica germánica, rompiendo ante sus cultivadores españoles, el monopolio, eficaz, pero unilateral de la Geografía francesa. No es ésta ocasión de insistir en la explanación de su actividad científica, que se expresó en una copiosa serie de trabajos, tanto en libros como en artículos en las revistas especializadas, que indican su gran valía en el referido aspecto².

Pero con abierta curiosidad y honda cultura, también escribió acerca de temas históricos —como su tesis doctoral sobre *Episcopologios de sedes navarro-aragonesas durante los siglos XI y XII* (M. 1929); la Historia del Arte (por ejemplo *La Iglesia de San Cayetano de Madrid* y colaboración en el *Catálogo del Museo del Prado* de 1933); y de Historia literaria (como *Algo sobre Galdós y su topografía madrileña*). Circunstancias, fortuitas al principio, le pusieron en contacto con la cultura alemana: perteneció como colaborador hasta nuestra guerra al «Centro de Intercambio Intelectual Germano-Espa-

² Fue profesor, ayudante, auxiliar temporal y adjunto, de Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid; su prematura muerte, aparte de otros imponderables, le frustraron su sueño, sostenido toda su vida, de llegar a catedrático universitario. Perteneció desde su fundación al Instituto de Geografía «Juan Sebastián Elcano», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; fue bibliotecario de la Real Sociedad Geográfica, cargo al que dedicó muchas horas, publicando el catálogo de los fondos de su biblioteca existentes antes de la catástrofe que destruyó parte de ellos; también fue traductor del Ministerio del Aire, y durante la guerra civil, profesor de Instituto en Galicia. Cultivó especialmente la Geografía Humana, aunque también se le debe un buen manual de Geografía General (1947) escribió numerosos artículos de su especialidad y tradujo trabajos alemanes sobre Geografía española (v. semblanza por Amando Melón en *Estudios Geográficos*, 1951, núm. 44, págs. 611-617).

ñol», de inolvidable recuerdo por su constancia en fomentar las relaciones culturales entre España y Alemania y en dar a conocer la cultura alemana, pero sin aires de superioridad y con humana consideración a los españoles, no tratados como meros sujetos receptivos; organismo que proporcionaba información y facilidades, aparte de sistemáticas conferencias y del uso de su biblioteca. Efectuó Gavira varios viajes por Alemania y alemana fue su esposa —que vive felizmente—. Delicado siempre de salud, muy moreno, cetrino, abierto a la amistad, hospitalario, optimista, sabiendo hacer frente a contrariedades y dificultades con serenidad y buen ánimo, con agudeza oportuna, bondadoso, pero poco dispuesto, llegado el caso, a sufrir impertinencias ni injusticias; sumamente activo, por inclinación y por apremios del vivir, tras una larga enfermedad, se extinguió prematuramente el 16 de julio de 1951, a los cuarenta y ocho años.

No fue Gavira sólo hombre de ciencia: su mencionada extensa curiosidad e íntima afición le inclinaron desde muy joven a la Literatura. Lector fervoroso de Galdós —también de Cervantes— proyectó un censo de personajes galdosianos —no realizado—; escribió poesías juveniles y hasta un sainete «medieval», inspirado en *La venganza de don Mendo* de Muñoz Seca, estrenado en función única, al año siguiente de lo referido en este diario, en el teatro Español por un grupo de aficionados alumnos y ex alumnos del Instituto de San Isidro. Colaboró con diversos artículos en un periódico que dirigía un pariente suyo en la Argentina —recuerdo uno bastante sarcástico sobre Benavente— y fue autor de varios trabajos esporádicos, y me hubiera complacido reproducir al final del diario un artículo que, en forma impresionista y vibrante, refleja el trepidante ritmo de una gran ciudad, en contraste entonces con la vida aún bastante tranquila de Madrid ^{2 bis}. Por ello no nos asombra que Gavira sintiera nacer en sí muy pronto la idea de redactar este diario, con tono e intención literarios.

El Diario que aquí se presenta corresponde al último año de la permanencia de su autor en el Instituto de San Isidro, el curso de 1920 a 1921, época difícil, de crisis, de las consecuencias de la primera Gran Guerra; años de escasa calma, de problemas crecientes, de política revuelta e ineficaz, de conflictos sociales en aumento y por desgracia ya de terrorismo revolucionario y contrarrevolucionario, de angustiosa carestía de la vida, de decadencia del régimen parlamentario, de agitación catalanista; de la fundación del partido comunista; de la monótona, agotadora e impopular campaña de Marrue-

^{2 bis} Se titulaba «Travesía» y se insertó en la revista *Filosofía y Letras*, publicada por alumnos y ex-alumnos de esta Facultad, en 1928; le acompañaban dibujos de Antonio García Bellido.

cos; al mediar el curso sonaría el tremendo estampido del asesinato del presidente del Gobierno Eduardo Dato; y para remate, a su final estallaría la horrenda catástrofe de Annual. Años del ambiente esperpéntico de *Luces de Bohemia* de Valle Inclán y del pesimismo de la *España invertebrada* de Ortega (1921). Ejemplos turbios, confusos, poco alentadores ni edificantes ofrecidos a nuestras juventudes, desarrolladas entre dolores de la patria e incertidumbres sobre el porvenir; prontos unos adolescentes a admitir el cirujano de hierro» o a volcarse otros en la ruta de la revolución a no largo plazo. Pero no olvidemos que Europa acababa de salir de su primera gran catástrofe, que prepararía su decadencia, y la revolución rusa ofrecía aún una dudosa perduración, aunque su peligroso contagio, rápidamente extendido iba a suscitar inmediatamente la réplica fascista en Italia.

• • •

Este Diario requiere algunas observaciones. Denota su lectura estar escrito a raíz de lo acaecido cada día o en los próximos, quizá por medio de notas, apuntes o un borrador; pero es posible que haya habido correcciones o lima de estilo en su forma definitiva, aunque no una plena reelaboración posterior. Se mantiene constantemente la frescura de las impresiones comentadas y la inmediata cercanía de los hechos, refiriéndose todo a algo pasado —aunque sea reciente—, sin alusiones a sucesos ulteriores. Su intención literaria, sin embargo, se percibe en la sustitución de los nombres de los personajes, tanto de profesores como de estudiantes, por seudónimos; en la facilidad y fluidez del estilo, ya bastante formado para la edad de su autor y en la selección de los temas glosados, concentrando el interés en lo más saliente de cada semana o que juzga el autor de interés subjetivo. Pero también introduce modificaciones —ligeras en general— para acentuar en algunos casos el interés del suceso o darle un matiz, quizá inconscientemente, más dramático. Pero puedo garantizar la exactitud del contenido de estas memorias, por haberlo vivido; he sido asimismo alumno en aquel curso y he presenciado la película de vida escolar aquí proyectada, en sus aspectos corrientes, gratos, vulgares y por desgracia algunos lamentables: por ejemplo, no hay ninguna exageración en el bochornoso cuadro de la clase de «Don Vicente»; pienso al releerlo que si leyese estas páginas retrospectivas, se avergonzarían de su conducta de antaño los abogados, médicos, funcionarios, músicos, algunos relevantes en su profesión, entonces brutales gamberros en forma que no excusa por su exceso la irrespetuosidad juvenil.

Prescinde el autor de referirse a las enseñanzas recibidas en las clases y no las comenta nunca; pero hace una excepción con las clases de Filosofía, cuyo profesor, a pesar de la mutua divergencia ideológica, le atrajo tan fuertemente o lo halló de contenido más humano, que no resistió a la tentación de intercalar en el Diario resúmenes de algunas de sus explicaciones que le parecieron de más interés o le impresionaron más *.

Tenemos en lo fundamental una visión auténtica de la vida estudiantil de hace medio siglo; un documento en cierto modo histórico, más que por sus peripecias, por traernos una evocación de aquel Madrid, exiguo pero más humanizado. Si hallan valor en sus páginas los posibles lectores, más que por los hechos de la vida escolar, repetidos corrientemente cada año más o menos como un fenómeno astronómico, será como la fijación de ese momento en la vida de un grupo humano, que es un curso; y por otra parte, porque refleja como en un pequeño espejo, en reducida parcela, la vida de su época. Escrito con sencillez, sin muchos tropiezos gramaticales o estilísticos, revelando bastantes lecturas de buenos escritores —como los mencionados antes—; pero no hay reflejo de los escritores modernistas y del 98, en general poco o no conocidos aún por los estudiantes de bachillerato de entonces, no estudiados en clase, salvo muy pocos —si no recuerdo mal, sólo Rubén Darío y Benavente—. (Sin embargo, en 1921, ya en otra generación, publicaba García Lorca su primera obra *Libro de Poemas*). Hay viveza en la exposición y se ofrecen de cuando en cuando rasgos certeros; perfila el autor bien las figuras de sus compañeros y contempla la marcha del curso con benévola ironía, salvo cuando le indignan los desafueros.

Pero en honor de mis compañeros de aquel curso debo precisar algunos puntos. Ciertas son las brutalidades infligidas a «Don Vicente», pero también había alumnos serios y estudiosos e incluso eran lo último algunos de los autores de aquéllas. Había clases en que era forzoso estudiar, por el estímulo de profesores de energía y capacidad y el nivel general no era malo; medianamente, como ocurre en la mayoría de las clases, tal como se percibe tras una larga experiencia docente. Sin muchos superdotados, pero término medio de inteligencia normal, a lo que contribuía el nivel social de aquel alumnado, sin demasiados suspensos, si esto sirve para medir la potencia intelectual.

Conservaba el Instituto de San Isidro el viejo sabor conventual del Colegio Imperial y de sus sucesores, los Reales Estudios de San Isidro, tanto en su arquitectura, noblemente barroca en su patio —felizmente en pie—, como

* Se han omitido aquí por su carácter puramente didáctico, sin relación con el del resto del *Diario*.

en su biblioteca, más o menos íntegra, heredada de sus antiguos dueños, los jesuitas, magnífico exponente —no llegado a estudiar— de la cultura madrileña de los siglos xvii y xviii y perecida dolorosamente durante la Guerra Civil en la Ciudad Universitaria adonde se había trasladado en mala hora; ambiente asimismo mantenido en la Capilla, con su techo pintado, en uno de los raros ejemplares de este género en nuestra capital. Pero también parecía que aún planeaba su viejo espíritu monacal desde los muros de antiguas celdas convertidas en aulas, que irradiaban el recuerdo de lo que habían sido³.

El público escolar del Instituto era reducido, muy lejos de las abrumadoras aglomeraciones estudiantiles de hoy; no habían pasado los primeros cursos de unos sesenta alumnos y hasta los últimos a que concurríamos Gavira y yo no se llegó a ciento, lo que desde luego era ya excesivo, puesto que no se dividían los cursos como ahora. Pero hay que tener en cuenta que se trataba de uno de los dos únicos Institutos de Madrid y uno de los más importantes de la nación. Por su ubicación en la plebeya calle de Toledo, ostentaba un carácter algo más popular que el de su rival, el Instituto del Cardenal Cisneros; pero socialmente su alumnado correspondía a familias de clase media: médicos, magistrados, abogados, empleados, profesores, algunos industriales, de nivel en general superior al usual hoy en los Institutos; eran minoría los estudiantes procedentes de familias modestas y trabajadoras⁴. Se manifestaba esa categoría social en disponer bastantes alumnos de más dinero para sus gastos o pequeños vicios, dentro de lo escaso de la pecunia de un estudiante, por lo menos en aquellos tiempos. Y también en la intencionada elegancia con que procuraban vestir las alumnas, aparte de la natural coquetería femenina. Los catedráticos tenían horarios muy soportables y holgados, a lo sumo dos clases diarias, ya que salvo algunas prácticas, no las había por la tarde, la cual quedaba en general totalmente libre para que los estudiantes estudiaran, vaguearan o se divirtieran; aún se concurría mucho al billar o se frecuentaban los pocos cines de aquel tiempo; el Ideal, recién inaugurado, gozaba del favor de bastantes alumnos, radicados por aquellos barrios. Los profesores cumplían sus clases, en general con bastante fervor y dedicación y no eran sustituidos por los auxiliares más que en casos

³ V. la *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, por José Simón Díaz, 2 vols., M., 1952-1959, sumamente erudita y completa..

⁴ Hijos de personalidades conocidas cabría citar a los del doctor Gustavo Pittaluga, del catedrático universitario y matemático José Álvarez Ude, del magistrado Diego Medina, más tarde Presidente del Tribunal Supremo; de Indalecio Prieto, en los comienzos entonces de su carrera política; un alumno de curso cercano descendía del general Oraá. En 1926 comenzaron sus exámenes en San Isidro los infantes Don Juan y Don Gonzalo, hijos menores de Alfonso XIII.

poco frecuentes o de fuerza mayor⁵. Pero, excepto algunos que realizaban prácticas de laboratorio y estimulaban a sus discípulos a cierta ampliación de sus estudios básicos, no existían como hoy excursiones, ni mucho menos viajes por España —ni desde luego se hubiera soñado en recorrer países extranjeros—; ni había sesiones de cine ni se proyectaban diapositivas ni se practicaban otras actividades culturales ni estaban aún de moda los deportes. La enseñanza tenía un carácter escolástico, en buena parte memorístico y tradicional, salvo profesores que daban un aire más movido y vivo a sus explicaciones y métodos⁶. Pero no dejaba de estudiarse por cierto porcentaje de alumnos y creo que los resultados eran de bastante altura no obstante lo que pueda parecer arcaico en el sistema. Como actividad extraordinaria sólo había una vez por semana una especie de academia, donde los estudiantes aficionados a las Letras, efectuaban sus primeros pinitos literarios y daban a conocer sus poesías, ensayos, breves composiciones teatrales u otros asuntos cortos, tendencia que fomentaba un maestro de grata memoria y de espíritu bastante abierto, el catedrático de Lengua y Literatura don José Rogerio Sánchez, más tarde Director del Instituto y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas⁷.

No estaba politizado tal alumnado, aunque en muchos de aquellos estudiantes predominaban tendencias liberales, fruto del ambiente de la época, de ideologías familiares o de la prensa más difundida entonces; aunque, como se leerá, a última hora un fervoroso propagandista logró incluir a la mayoría en una Asociación de Estudiantes Católicos, que experimentaba uno de los periódicos resurgimientos. A pesar de la tendencia citada, ante el asesinato de Dato, reaccionó, la mayoría por lo menos, con indignación. Sí había huelgas, alguna vez con un pretexto político como repercusión de las de la Universidad; pero promovidas casi exclusivamente por el deseo de no concurrir a clase, bastando que uno propusiera no entrar; pero causándose dis-

⁵ Recuerdo haber visto en años anteriores acudir como auxiliar a Manuel García Morente, aunque era ya catedrático de la Universidad. También era auxiliar de Dibujo el conocido pintor Marceliano Santamaría.

⁶ En honor de la verdad y del centro, hay que consignar que en años siguientes —casi inmediatamente— se impulsaron aquellas actividades, pues se efectuaron excursiones periódicamente, tanto de carácter histórico como de estudio de las Ciencias Naturales; se fundó una biblioteca escolar, dirigida sólo por alumnos, convertida luego en circulante, y apareció una sección musical. (Sobre estas y otras manifestaciones culturales, v. la información que daba la revista —dirigida y sostenida por el entusiasmo del catedrático José Rogerio Sánchez— *La Segunda Enseñanza*, 1922, núms. 1 a 9, titulada en su segunda etapa *Revista de Segunda Enseñanza*, 1924-1927, núms. 10 a 36), y por fin *El Instituto*, 1928, núms. 1 a 4, publicaciones de bastante altura y apertura y de amplia colaboración, y que no fue posible continuar sosteniéndolas.

⁷ Se llamaba esa reunión «Centro de ampliación de Cultura», fundado por el director, don Manuel Zabala.



Don José Gavira.

cusiones en que a veces triunfaba el partido del ocio y otras se imponían los cumplidores y disciplinados; no había asambleas previas ni se pretendía «concienciar» al alumnado. Tampoco los profesores exhibían en clase sus ideas políticas o sociales, por lo menos directamente, salvo alguno no perteneciente al grupo que por aquí desfilará, quien en momentos de irritación soltaba un fragmento de mitin.

Más se podría hablar, pero creo que es preferible que de la lectura de este Diario se desprenda un cuadro de aquella vida escolar y a ratos también algo de la vida madrileña coetánea, reflejada en una de las generaciones jóvenes, a las que aguardarían momentos difíciles y dramáticos de nuestra Historia⁸.

RAMÓN EZQUERRA ABADÍA

⁸ Las memorias aquí insertas no ostentan en el original otro título que el de *Diario*, a secas. Gavira redactó años después algunos diarios fragmentarios de sus viajes por Alemania. Por aquel escueto título nos permitimos darle el que encabeza esta edición.

DIARIO

OCTUBRE

(1920)

Prefacio

3 - DOMINGO.—¡Principios de octubre! El mundillo estudiantil ha vuelto a agitarse, como todos los años; también me he agitado yo, como es consiguiente, y este año he querido inaugurar el curso acometiendo una empresa a la que no me he decidido hasta ahora. Es el caso que el año pasado tuve idea de reseñar casi a diario lo más notable de la vida estudiantil, pero no me atreví porque no me encontraba con la necesaria facilidad de pluma para trasladar al papel mis ideas e impresiones; me ponía ante el cuaderno y me quedaba con la pluma en suspenso por huir de mí las palabras adecuadas para reflejar mi pensamiento. Pero este año, teniendo en cuenta que iba a ser el último que curse del Bachillerato, me he decidido y ya es distinto: encuentro más fluidez en mi pluma, más riqueza de expresión, más capacidad, en fin. Y es que no en vano pasa un año, el acervo intelectual aumenta sin cesar. Y, de todos modos, no es mi intención al escribir estas páginas que sea admiración de las generaciones venideras; el motivo que mueve mi mano es el encontrar cierto desahogo al trasladar estas cosas de la mente al papel y que, corriendo los años, pueda, con su lectura, volver a «vivir» un año del Bachillerato en el querido y vetusto Instituto de San Isidro.

El Instituto

5 - MARTES.—Justo y lógico es que antes de ponerme a reseñar las andanzas de la juventud que aspira al título de bachiller, describa el lugar donde aquéllas se desarrollan. El Instituto donde acudo, el más antiguo y renombrado de los dos que posee la capital de España, tiene, en honor a la verdad, más de cárcel que de mansión de estudios. Fue en tiempos pasados un convento y, sabido esto, se justifica plenamente su distribución: largos y sombríos claustros, tortuosas escaleras con peldaños gastados por el paso de cien generaciones de estudiantes, muros ahumados y rezumantes de humedad, puertas tapiadas de antiguas celdas, pasadizos tenebrosos y, en todas direcciones, galerías cuyo extremo se pierde en la lejanía y en la oscuridad. Conserva sobre la puerta principal unos historiados adornos labrados en

la piedra y dentro dos regulares patios donde los frailes tomarían el sol. Y sin embargo, no puede darse contraste mayor entre los adustos cartujos que un tiempo habitaron este edificio y la grey que lo ocupa hoy¹. Bajo las mugrientas y ennegrecidas bóvedas se oye resonar, multiplicada por el eco, la chillería de los futuros bachilleres; las escaleras son subidas y bajadas mil veces al día entre un estrépito como el que produciría una batería en marcha, y, en fin, esta severa mansión, asiendo un día del silencio y del orden, se conmueve hoy bajo los excesos estudiantiles. Las clases ocupan el lugar donde estuvieron las antiguas celdas, estrechas, mal ventiladas, y la mayoría de ellas sin puerta de escape, así es que el catedrático ha de salir con los alumnos, achuchado y atropellado por éstos. Lo que fue capilla del convento puede hoy verse convertido en modesto paraninfo, conservando unas curiosas y muy bellas pinturas al fresco, pero a pesar del papel que desempeña hoy y entre los estudiantes se le llama comúnmente «la capilla»². Y como al habilitarse para Instituto este monumento arquitectónico hubo que hacer algunas obras, aunque pocas, a cada paso se pueden ver, en anacrónico concierto, paredes de reciente fábrica sosteniendo a muros viejos, casi milenarios.

Profesores y discípulos

6-MIERCOLES.—Acabaré hoy por fin estos preliminares dando algunas noticias acerca de mis condiscípulos de 6.º año y de los profesores. He de advertir primero que entre mis compañeros no puede haber la intimidación que suele existir, pongo por caso, en colegios y sitios análogos: la razón es sencilla: en primer lugar, no hay que olvidar lo que es un Instituto, sitio donde no se va más que a dar clase con breves intervalos que aprovechan los alumnos para echar un cigarro y, por lo tanto, no existe ese mayor espacio de obligado trato que engendra la amistad; hablo, desde luego, en sentido general, pues hay sus excepciones; pero, regularmente, entre los alumnos del Instituto no hay «amigos», sino «amigotes», o, más bien, y siguiendo las modernas corrientes societarias, somos «compañeros». En cuanto al carácter general de los bachilleres con respecto a los profesores, he de decir que me causó asombro cuando por primera vez lo consideré; revelan, aunque en descargo suyo diré que tal fenómeno va anejo a las multitudes, revelan, digo, un espíritu cobarde: servil sumisión con los profesores enérgicos; descarada y soez falta de respeto con los amables. Pero así, de una plumada, no puede darse a conocer por completo el carácter de «los hombres de mañana»; ello irá saliendo en el curso de este Diario. Respecto a los profesores, también hay de todo en la viña del Señor; empezaré por el más enérgico, que tiene a su cargo la cátedra de Química. Don Remigio³, que así se llama, es un hombre que tendrá de cincuenta a sesenta años, con la cabeza entrecana; pero, sin embargo, tiene un aspecto tan varonil, que no se le puede llamar anciano. Es pequeñito de cuerpo y viste siempre de negro, pulcra y aseadamente. En su clase entran los alumnos y salvo un ligero barullo que naturalmente se forma y que el profesor soporta con fruncido ceño, queda inmediatamente en silencio todo. Si algún curioso turista extranjero hubiera entonces visitado aquella clase hubiese llevado a su país la mejor impresión de la disciplina escolar española. La prueba de lo confiado que está en el respeto que inspira ha sido este hecho que ha constituido una novedad este año: asisten al Instituto, juntamente con nosotros, crecido número de «bachilleras» (ya les dedicaré,

¡ay!, más de cuatro párrafos); por miramiento hacia su sexo y por un respeto muy natural, los profesores de las diferentes cátedras colocan a las muchachas en bancos separados de los jóvenes y cerca generalmente del profesor. De esta manera lo venía haciendo el de Química que nos ocupa. Pero este año, sin duda a causa de las doctrinas feministas que corren el número de alumnas ha crecido considerablemente y los bancos que en clase de Química se destinaban a ellas han sido insuficientes. Así es que el primer día, después de exponer don Remigio las razones que apunto, concluyó así: «... por lo tanto, me veo obligado este año a que las señoritas ocupen entre los caballeros el puesto que indistintamente les asigne el número de matrícula.» Un murmullo de alborozo, novedad o sorpresa (vaya usted a saber) recorrió las filas de los «caballeros» y, ¿por qué no decirlo?, también de las muchachas. Pero la voz del profesor, adusta y seca como un latigazo, heló toda clase de comentarios: «¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Quien tenga que decir algo, que lo diga en alta voz.» (Esto es una muletilla suya.) Acto seguido fue leyendo la lista y cada señorita tomó asiento entre dos alumnos. Ninguno de éstos creo que se ha atrevido todavía ni a mirar qué compañera le ha tocado en suerte. ¿Se dirá que porque fue esto un rasgo que denota el carácter del severo don Remigio? Porque aún no he dado a conocer por completo a los alumnos ni a los restantes profesores, pero ya irá todo. El profesor de Historia Natural, don Gonzalo⁴, logra con sus alumnos una cosa bastante difícil, y demuestra con su proceder que no es necesaria la severidad para obtener una perfecta disciplina. En efecto, este modelo de catedráticos, querido por todo el que lo trata, hace que en su clase reine el orden sin apelar a antipáticas rigurosidades ni a lamentables actos de «manu militari»; muy al contrario, procura amenizar la clase con anécdotas y agudezas de buena ley, y no he visto todavía que se haya tenido que poner severo porque no ha habido necesidad de ello. No obstante, se deja comprender que si se viera obligado a mostrarse serio sería terrible. Representa tener unos cuarenta años, alto y delgado y completamente rasurado, a excepción de unos soberbios bigotes que parecen ser su mejor ornato. El tercer profesor, que tiene a su cargo la cátedra de Agricultura, es nuevo para el 6.º año, así es que poco he de decir de él: es el nuevo carácter a descifrar que me brinda el presente año; en lo poco que lo he visto no he podido más que observar su exterior, un hombre bastante anciano ya, algo encorvado, de cabeza toda cana y de voz cascada y temblorosa; domador poco a propósito para la jaula de fieras que tendrá a su cargo. Y por fin termino con el catedrático de Ética, don Silvano⁵, del cual hay bastante que decir. He ido dando cuenta de los profesores de mayor a menor energía, así es que a éste, que es el último, no hay por donde cogerlo. Reseñaremos una de sus clases para dar a conocer su apatía: apenas da el bedel la señal de que puede entrarse en clase, empiezan aquellos caballeretes por formar un semicírculo alrededor de la puerta y, armando un estrépito de mil diablos, se niegan a entrar alegando a grito pelado los motivos más inverosímiles; esto dura un cuarto de hora, el bedel enronquece, y mientras tanto, en el interior de la clase ve al profesor con la cara pegada a la mesa (pues es muy corto de vista), repasando impasiblemente listas y apuntes y como si el jaleazo que tiene a la puerta ocurriera en el Congo. Entran por fin los alumnos, pero ¡cómo entran!: patean las gradas de madera que suenan como cañonazos, cantan con toda la fuerza de sus pulmones, se llaman de un extremo a otro de la clase, una docena de ellos imita al burro, aquellos hacen el ganso, los de más allá saltan por los

bancos y, por fin, durante otro cuarto de hora cree uno enloquecer en aquel infierno (hay que apuntar aquí que los alumnos de 6.º oscilan entre quince y veinte años). El profesor continúa trasteando en los papeles y, sin levantar la cabeza, dice de cuando en cuando y con la mayor parsimonia: «Un poquito de silencio...»; y de improviso, sin que se haya calmado aquella babel, entra tranquilamente en la explicación del día. Pero su voz no se oye; quizá por cansancio calla al fin su auditorio un poco y él explica con más fogosidad, pero basta que dé un tono agudo de voz para que lo coreen burlonamente, basta que diga una palabra de sonido algo raro para que la repitan mil veces, y si dice algo que se acerque a un chiste lo rien estre-pitosamente; pero no sé si merece el nombre de risa el coro de voces, rugidos, patadas y gritos que se forma. En cuanto se va acercando la hora de salida ya le es imposible al desdichado don Silvano continuar la explicación; sus discípulos apelan a todos los medios para que dé por terminada la clase; todas sus observaciones las reciben gritando hasta desgañitarse: «¡La hora!». Al fin no tiene más remedio que darla por concluida y contempla la desordenada salida de sus amados discípulos con un encogimiento de hombros harto expresivo. Tal es esta clase, a la que asisto con verdadero asco. Sólo, aunque parezca paradoja, en medio de mis compañeros siento lástima del profesor, porque comprendo que pone todo su entusiasmo y voluntad en cumplir con su deber. Y precisamente la asignatura que explica es una de las que más me enamoran por no comprender teoremas, sistemas ni leyes, sino curiosas observaciones y preciosas «reglas de vivir», pero cualquiera echa «margaritas ante puercos». Y he aquí por lo que, teniendo derecho a portarse lo mismo con los dos, se muestran los estudiantes serviles y humildes con el profesor de Química y a éste son capaces de pegarle. Quizá, y no es por lo que a mí me toca, no habrá otro que oiga a don Silvano con tanto interés como yo, y al ver los esfuerzos que hace por que sus alumnos recojan sus enseñanzas, siento verdadera rabia contra aquella gentuza. Y quizá alguno creyera oportuno que yo u otro alumno con conciencia pusiérase en pie indignado y gritara con voz de trueno (pues de otro modo no sería oído): «¡Señores, sois mil veces canallas y miserables! Si hacéis esto, ¿para qué venís? ¡Idos a la calle y queden aquí los que deseen atender al profesor!». Si esto hiciera, una homérica carcajada coronaría mis palabras y lloverían sobre mí libros, mendrugos y castaños, y aún no faltaría quien me propinara un caritativo puntapié. Sólo en algunos casos he llegado a ver a este famoso profesor enfurecido, cuando los excesos llegan a su colmo, y entonces grita, manotea y jura y perjura que no volverá más a la cátedra. Recuerdo un día, en el pasado año, que atravesó, entre dos filas de alumnos, la galería que precede a la clase: Lo recibieron como siempre, dando acompasados golpes con los libros: uno dijo, muy bajo: «¡Que baile!»; la frase recorrió las filas, y antes que el profesor entrase en clase, un atronador «¡Que baile, que baile!» resonaba en la galería. Aquello era inaudito. Don Silvano se quedó repentinamente parado en mitad de su camino, pálido como un muerto, y por un momento creí que iba a levantar el crispado puño armado del bastón; pero comprendió que se degradaría castigando a aquella horda y se metió rápidamente en clase. Aquel día, sin embargo, no quise asistir a ella. ¿Por qué procederá así? Váyase a averiguar, cuestiones de carácter. Tiene entre los estudiantes fama de revolucionario y anarquista y muchos que vienen por primera vez, tantas cosas han oído de sus clases, que asisten a ella con el mismo interés que pagarían una entrada en el Circo de Parish. Tal es

el cuadro de alumnos y profesores y tan varios caracteres se encuentran en estos últimos. Comparo mentalmente la clase de Química con la de Ética y me admiro si pusiera en esta última chicos y chicas juntos... ¡Sabe Dios lo que ocurriría! Y entonces, ¿por qué el silencio conventual de la primera y el escándalo de motín en la segunda? Yo creo que todo depende del principio: don Remigio se hizo respetar desde el primer día y ya aunque alguien quisiera (cosa poco probable) llevar la clase a broma, no conseguiría que sus alumnos se sonrieran; don Silvano se dejó pisotear desde el primer día y ya, si quisiera imponerse, o no conseguiría o sería una empresa de titanes. No deja de haber, por último, entre estos bachilleres rebeldes algunos buenos chicos que, como yo, comparten su tiempo en estudiar y en predicar en desierto.

El Reformador

7-JUEVES.—Consigno, por ser la primera del curso, que he sido llamado en clase de Historia Natural; he disertado sobre la corteza terrestre, el fuego interno y otras zarandajas, y he conseguido la nota máxima; no empiezo mal. Ya dije ayer que la clase de Ética es la que más me agradaría si no fuera por el desorden que reina en ella. Me agrada, en primer lugar, por la índole de la asignatura, y en segundo, por el modo que tiene el profesor de dar la clase. En efecto, por no ser en esto igual a los demás, don Silvano no hace nunca, o sólo raras veces, preguntas a sus discípulos sobre la asignatura; se imita exclusivamente a explicar lección tras lección, confiando en que los alumnos recojan las explicaciones... ¡Ya, ya! Obedece esto, quizá, a una manía oratoria que en él he observado. Así es que resulta tan inútil comprar el texto que yo no lo he hecho. Pues bien, resuelto a apuntar aquí aquellas explicaciones que me choquen en cualquier clase, me figuro que siempre se referirán a la de Ética, pues en las otras raras ocasiones hay de escuchar algo extraño: nada nuevo ni sugestivo diría apuntando aquí las reacciones del azufre o la anatomía de un molusco. Es el caso que hoy, sin darme cuenta yo mismo, vino el famoso profesor, enzarzado en una peroración, a parar en los Mandamientos de la Ley de Dios; desde este momento redoblé mi atención, diciendo para mí: «Veremos qué tal desarrolla esto el furibundo ateo y renombrado escéptico.» «Porque, señores —exclamó, enarbolando un brazo, a la par que se le salían los puños y derribaba la campanilla—, ¿creéis que no tan sólo se observen, sino que se puedan observar los Mandamientos?» (momento de expectación en el auditorio, o sea, un verdadero triunfo). «¡No, señor!, y no me extraña que os asombréis, pues vivimos en un siglo de gazmoñería e hipocresía. Cojamos uno al azar: "No mentirás". ¿Creéis que se puede vivir sin mentir?» Aunque no hizo esta pregunta con ánimo de respuesta, se le contestó con gritos, rebuznos y coces. «¡De ninguna manera! ¿Es que un hombre, por santo que sea, si se ve preguntado por el padre de un chico próximo pariente de Picio sobre la belleza del vástago, va a contestarle «es una caricatura''?». Una tempestad de golpes y graznidos. «No, no hay que hacer esos extremos; es la verdad y nada más. Veamos otro. "No matarás"... y en las guerras mueren millones de hombres, y se dan cruces al que más mata, y mata el Estado en el cadalso mil veces.» Idem, mientras don Silvano se enjuga la frente sudorosa. «Y es más —continúa—, estos Mandamientos no son tales, quiero decir que los que conocemos hoy no son iguales a los que Moisés recibió en el Sinaí. Así, el primero que dice hoy: "Amarás a Dios

sobre todas las cosas», era así: "No representarás a Dios en imagen", y era porque los hebreos se daban mucho a la idolatría, cosa que Moisés quería evitar a toda costa. Pero ahora es el más gordo, el que dice "No desearás a la mujer de tu prójimo"... Escandalazo, viendo en perspectiva un tema delicado. «No hay que alborotarse, señores, que estos no son juegos ni cuentos chinos. Digo, pues, que ese mandamiento se toma hoy relacionándolo con el sexto, y no hay tal; en aquellos tiempos no se dio para evitar pecados deshonestos, sino en previsión de otro mandamiento: del que dice "No hurtarás". ¿Por qué? Muy sencillo: en aquellos tiempos no se consideraba a la mujer como persona, sino como cosa, como animal» Estrépito indescriptible; con gran trabajo logro oírle añadir: «Y aquel mandamiento decía así, como podía haber dicho "No desearás la camella, ni la burra de tu prójimo"...». El escándalo llegó a su apoteosis; los chicos aluden a las alumnas con toda clase de variaciones de la elocuencia asnal, éstas les tiran pelotillas de papel, y el pobre don Silvano se desgañita y rompe la campanilla, hasta que oportunamente dan la hora y me dirijo a casa, rumiando lo que saqué en claro de aquellas explicaciones. Desde luego que yo ni defiendo ni rechazo tales ideas, aunque me vea obligado a contestarle por ellas para aprobar; no hago más que apuntar aquí todo lo que me choque y extrañe.

El primer epíteto

8 - VIERNES.—El profesor de Agricultura, el anciano de quien dije que no conocía, parece, sin embargo, que conoce a sus discípulos, pues ya hoy, a los dos días de clase, nos ha llamado (con pesar digo «nos»..., pero yo estaba entre todos) con todas sus palabras «¡Canallas!». Me he enterado, además, que tiene esa asignatura a su cargo por muerte del verdadero catedrático, acaecida hace tres años. También me han dicho que el año pasado quiso pegarle en clase un zángano que le doblaba en estatura, por no dar por terminada la clase inmediatamente después de dada la hora. No me extraña, pues, la dura palabra que dijo, pues seguro estaba de que a nadie le picaría.

La «Fiesta de la Raza»

13 - MIÉRCOLES.—Ayer no hubo clase con motivo de celebrarse la llamada «Fiesta de la Raza». Hace pocos años brotó esa fiesta en el calendario escolar y, según creo, tiene por objeto conmemorar en el día 12 de octubre la fecha en que Colón arribó con sus carabelas a las costas de América. No sé por qué constituye una fiesta esencialmente estudiantil, puesto que el acto más principal consiste en una manifestación a la que asisten todos los estudiantes... «francos de servicio». Este año he formado parte de dicha manifestación por haber sido invitado el Instituto y porque viendo algo nuevo nada se pierde. Desde la Puerta del Sol hasta la Universidad, punto de donde tenía que partir la comitiva, hice el trayecto en tranvía; las calles adyacentes a la de San Bernardo, la castiza vía, se hallaban repletas de estudiantes que se dirigían a dicho punto. Numerosos estandartes, correspondientes a los infinitos centros de enseñanza que hay en Madrid, se hallaban agrupados a la puerta de la Universidad. Por el centro de la calle avanzaba trabajosamente una sección de jóvenes exploradores o «boy-scouts»; cada uno de ellos era portador de una bandera de las repúblicas hispanoamericanas y al frente del piquete marchaba la enseña roja y ama-

rilla. A las once menos cinco la aglomeración era imponente: el número de personas congregadas a la puerta del centro universitario pasaría de cinco mil. A las once en punto comenzó a organizarse con gran trabajo la manifestación; formando el frente de ésta abría paso una sección de la Guardia Municipal montada, con cascos de cegadores reflejos y penachos de revuelta crin; a continuación seguían innumerables estandartes, los exploradores y, rodeando a todo esto, miles de estudiantes. Ya que el estandarte del Instituto brillaba por su ausencia, me amparé bajo el de la Facultad de Farmacia, donde me encontré a un amigo. Al fin, aquella ingente masa se puso lentamente en movimiento bajo un cielo encapotado que dejaba caer una menuda lluvia. Todos los balcones lucían banderas y colgaduras. Noté que se habían tomado precauciones de orden público, quizá en exceso, aunque los estudiantes suelen ser el «coco» de las autoridades: en casi todas las calles que desembocaban a las que los manifestantes habían de recorrer se hallaban estacionadas ya fuerzas de policía de a caballo, hechas a dar cargas sangrientas en revueltas sociales, o ya de infantería. Por el momento, los estudiantes se limitaban a ir agarrados del brazo formando largas cadenas y a ir cantando a coro canciones que hacían ruborizar a los guardias de Seguridad. Yo marchaba al lado de un catedrático de Literatura que tuve el año pasado, persona respetable y de orden. Así desembocamos a la plaza de Santo Domingo, seguimos por Preciados y dimos en la Puerta del Sol; aquí se detuvo la manifestación breves instantes para dar lugar a que sacaran una fotografía desde lo alto de un coche; después continuamos por la carrera de San Jerónimo. Los estudiantes rompían en estrepitosos aplausos por cualquier motivo: bastaba que hubiera algún balcón con muchachas guapas, o cuando pasábamos ante un Consulado que ostentase la bandera de su país. Desfilamos ante el Congreso y desde uno de los leones de bronce un sacerdote sacó otra fotografía; el buen abate tuvo que aguantar una silba y más de un proyectil arrojadizo. La manifestación entró en el paseo del Prado. Yo iba casi a la delantera y al mirar para atrás no veía más que cabezas y más cabezas. Al final del citado paseo dieron los estudiantes una nota simpática: se oyó de improviso una nota de clarín y vimos que en una de las avenidas laterales se hallaban unas cuantas compañías de la Guardia Civil, dispuestas a partir; a otra orden del cornetín los guardias se echaron el fusil al hombro y rompieron la marcha. Los cinco mil y pico de estudiantes formaron una calle a ambos lados de las fuerzas y el ronco redoble de los tambores y los marciales sonos de las cornetas quedaron ahogados por una estruendosa ovación; los oficiales saludaron con la espada sonriendo y los veteranos desaparecieron. Seguimos nuestra ruta y al fin llegamos al sitio donde la manifestación tenía que disolverse, ante la estatua de Colón. Rodea a esta estatua un jardincito, primoroso como todos los que dispone el Ayuntamiento: bellos macizos de césped bordados de rosas y lirios, arbolitos enanos..., así era aquél. Llegaron las turbas de la generación que estudia y busca el progreso, rompieron la débil valla que rodea al jardín, corrieron dando cabriolas sobre las flores y ¡Cristo, cómo quedó aquello! Entretanto, banderas y estandartes fueron agrupándose al pie de la estatua, se siseó por mil bocas a un tiempo en demanda de silencio y un señor calvo y con lentes se situó entre las banderas: iba a pronunciar un discurso. Con gran trabajo y aguzando el oído pude oír algo, pero igual me hubiera dado no oír nada. Con voz campanuda y ampuloso estilo dijo aquel señor cosas repetidas ya mil veces en otras mil ocasiones semejantes: «... una nueva aurora nace... la hispana

tierra... juntas las banderas de la América española... preocupémonos de los hombres del mañana»... Total, nada entre dos platos. Nadie oía una palabra, pero todos aplaudían a rabiar en cuanto el orador hacía un descanso para respirar; entre tanto, unos cuantos jóvenes de los llamados de «buen humor» abrumaban a pullas a un obeso fotógrafo que había tenido la desgracia de dejarse el fondillo de los pantalones prendidos en un rosál. Hubo después del discurso los consabidos «vivas» a Fulano y a Zutano, y acto seguido empezó el desfile, marchándose cada cual por su lado. Se fueron primero los guardias municipales que nos habían servido de guión, perdiéndose el brillo de sus cascos entre los árboles; se retiraron los policías, los estandartes buscaron cada cual su centro, diseminándose, y por fin el último bedel enrolló cuidadosa y filosóficamente la bandera a él encomendada y con ella al hombro emprendió el camino. El jardincito volvió a su acostumbrada soledad, pero ¡en qué estado quedó, Dios mío!: las flores tronchadas, los rosales arrancados, los macizos deshechos y una capa de pétalos cubría la tierra... Aún me sonaba en los oídos uno de los vacíos párrafos del orador: «Vosotros, estudiantes españoles, que demostráis el noble deseo de marchar a la cabeza de la cultura...». Empecé el regreso a casa; delante de mí marchaban dos sesudos y graves señores, y uno de ellas decía acaloradamente: «A mí esto me indigna; estos actos deben llevarse con la mayor seriedad y no a broma y chacota como lo hacen esos caballeretes. Deben percatarse de la gran significación de esta fiesta.» «¡Bah, bah! —le dijo el otro riendo—. ¿Va usted a convencer a esos jóvenes de la seriedad e importancia de esto? Será predicar en desierto. La única realidad para ellos es que han pasado un rato de juerga... y basta.»

Un penado

14-JUEVES.—El año pasado era solamente a una, pero este año son dos las clases a las que asisto como si fuera atado. Es digna de ver la clase de Agricultura, que le da quince y raya a la de Etica. En ésta, al menos, hay un hombre relativamente joven y vigoroso que si quisiera sacudir su apatía y meter en caja a unos cuantos lo conseguiría; pero don Vicente, que así se llama el profesor de Agricultura⁶, es, como dije, un anciano canoso y balbuciente. Y véase por la muestra cómo respetan sus alumnos esa ancianidad: exasperado hoy porque el barullo de conversaciones no dejaba oír su voz, interrumpió la explicación y se puso a reprender con severidad a los más significados, pero las conversaciones aumentaron de diapasón; entonces montó en colera, pero como al pobre abuelo le falta la energía que tuvo en sus buenos tiempos, las palabras se le atropellaban, y de pronto se quedó rojo, balbuceando palabras inarticuladas, mientras el cuerpo le temblaba convulsivamente cual si fuera presa de una congestión. Los alumnos prorrumpieron en una burlona carcajada, y entre ésta se destacó una chillona voz en falsete que gritó: «¡Que te se cae la dentadura!». Yo creo que después de esto no tendría necesidad de hacer la aclaración que consideraba oportuna, y era que al decir que a estas clases iba como atado, más de cuatro quizá me juzgarían como uno de tantos jóvenes que abundan en la fauna académica: erudito, sabio, ordenadito y amante de la compañía de sesudos varones que filosofeen en latín. No, por Dios, nada de eso; más me gusta la mesilla del café que los bancos del aula, pero yo creo que para hacer lo que he referido preciso es que en lugar de corazón tenga uno un pisa-papeles. He oído decir que en las escuelas que existen en el interior

del Africa, mientras el maestro explica los alumnos no parpadean, y no es que teman al castigo, pues entonces habría hipocresía y tendríamos lo mismo; es que en sus escasas inteligencias comprenderán que la obra que por ellos hace el maestro con nada está bastante pagada, y al menos corresponden con lo que en sus fuerzas cabe, es decir, prestando atención. Pero las palabras «civilización» y «progreso» van resultando un sarcasmo.

Un motín y un arreglo

19 - MARTES.—Ayer ocurrieron dos hechos: uno no muy insólito, puesto que todos los días se repite con ligeras variantes; el otro, bastante inesperado. Fue el primero que al entrar en clase de Agricultura, a cargo del viejo don Vicente, encontramos los bancos húmedos, sin duda por haberlos fregado pocos momentos antes, y por esta futesa que apenas merece escribirse se armó un escándalo inenarrable, un verdadero motín. Protestaron con voces airadas de aquel «abuso», pues tenerles los bancos de aquel modo a unos alumnos que ponían toda su voluntad (!!) en venir a clase, era inconcebible. Y por tanto, increpaban de todos lados al profesor; éste por primera vez sintió miedo ante aquel levantamiento; uno gritó: «¡A la calle!». Por un momento creí que se referían a don Vicente, pero vi que todos se disponían a salir tumultuosamente; en este momento entró el bedel, llamado por el profesor para que le prestase ayuda, pero en vano, pues la algarada arreció; yo, que estaba cansado de estar en pie y en vista de que mi asiento estaba casi seco, puse el libro y me senté encima, pero en menos de un segundo me levantaron en vilo, después de dirigirme un aluvión de frases malsonantes. El profesor se llevó las manos a la cabeza y dirigiéndose al bedel, única persona que le era amiga por el momento, exclamó: «Señor, Señor: en mi vida he visto tales alumnos», y el cachazudo bedel, meneando la cabeza, dijo: «Verdad que tiene usted aquí una tribu...». En fin, para que la cosa se aplacara tuvo el pobre hombre que ir pasando un paño por cada banco, entre la chacota de los bachilleres. Al fin pudo empezar la clase, pero con gran desorden, como si los asistentes a ella no se hubieran resignado a perder tan hermosa ocasión de suspender la clase, verdadero móvil del jaleo. Por último, el otro suceso, tan inesperado como halagüeño, ocurrió en la clase de Etica. Todo lo que he dicho días atrás de don Silvano no lo tendré que repetir, Dios mediante. Entramos en clase con el acostumbrado barullo, y el profesor, con voz tonante cuyo efecto fue hacer enmudecer a todos, dijo: «¡Señores, he resuelto acabar de una vez con el desorden e indisciplina que suele reinar en esta clase! De aquí en adelante me vais a conocer, pues no toleraré la más mínima falta de orden; siempre me repugnó usar el látigo con mis alumnos, pero ya que me obligáis lo sacaré. Ya veréis cómo no me faltan procedimientos para conseguir que aquí se pueda dar clase. Por las buenas haré por ustedes tanto como por mis hijos, pero témanme por las malas.» Y esto con voz y expresión que no eran las suyas; todos se miraron unos a otros, en medio del mayor silencio, pero uno, pareciéndole mentira aquello, rióse a media voz, como diciendo: «¡Pero qué chistoso es don Silvano!». El profesor se dirigió a él y le dijo secamente: «Usted, haga el favor de acercarse»; se levantó el interpelado. «¿Yo?» «¡Sí, usted!» Se acercó, algo pálido, aunque aparentando cinismo. «¿Cuál es su nombre?» «José Guerra», contestó el agitador. Don Silvano, después de buscar el nombre en la lista y de hacerle una señal, añadió: «Puede usted ir gestionando el traslado de la matrícula

a otro Instituto, porque en mi clase no volverá a poner los pies ni yo lo examinaré.» Guerra intentó disculparse, angustiado, pero, «¡Fuera!», le gritó el profesor. Así que hubo salido al exterior, añadió el profesor dirigiéndose a todos: «Y ¡jojo al Cristo, que es de plata!, porque ya he dicho que estoy dispuesto a hacer que esta clase sea una clase modelo.» Durante toda la clase se pudo oír volar a una mosca. ¿A qué obedecerá este cambio tan repentino? A no estar bien seguro de que estas notas que voy redactando yacen quietas en mi cartapacio escolar, diríase que don Silvano ha leído los artículos que días atrás le dediqué. De todos modos, ya era hora de que esto sucediese, y ya entraré con más gusto en la clase de Ética.

Dos gemelos

24 - DOMINGO.—Uno de los compañeros de 6.º que más simpáticos me han sido y con los que he trabado mayor amistad son dos hermanos, pero me asalta la duda de si debo hablar de ellos en singular o en plural, pues se trata de dos gemelos tan perfectamente iguales que se pueden considerar como una sola persona. Tienen quince años, ojos azules y expresión siempre risueña, y aun puestos el uno al lado del otro, como ya he tenido ocasión de observarlos, es imposible hallar diferencia, ni la más mínima, entre ellos. Igual estatura, iguales facciones, iguales ademanes y tonos de voz y, en fin, hasta las mismas opiniones y modos de pensar tienen ambos, haciendo pensar en una maravillosa duplicidad de un mismo individuo; solamente para que lo sepan ellos, sus padres, les han puesto de nombre, al uno, Emiliano, al otro, Manuel. Añádase además que la madre tiene la singularidad de vestirlos idénticamente, llevando los dos una chaqueta sobre cuya solapa cae el cuello vuelto de la camiseta, dejando ver el desnudo pecho. Todo esto hace que con estos hermanos, a quien todos aprecian, se sufran frecuentes y graciosos equívocos; recuerdo, a propósito, que el pasado día 12, cuando se celebró la manifestación, fui en ella durante un rato acompañado de Emiliano, y al día siguiente, en el instituto, volví a hablarle de los incidentes de la fiesta, pero con gran sorpresa me cortó la palabra haciéndome saber que él era Manuel y que aquel día se había quedado en casa, no habiendo, por tanto, asistido al acto. Son, por otra parte, estos originales hermanos muy amables y cariñosos, por lo que me agrada su trato; siempre están dispuestos a servirme, detestan los escándalos en clase y son bastante aplicados. En clase de Química ha venido a colocarse entre los dos una señorita tan preciosa como coqueta, y refiriéndome a esto les dije hace pocos días: «Suerte habéis tenido, amigos.» A lo cual uno de ellos me dijo bruscamente y con ingenuidad: «Pues, ¿sabes lo que te digo?, que daría cualquier cosa porque nos la quitaran de encima; la tonta no hace más que mirarnos de reojo y no nos deja atender; te confieso que a las chicas las odio.» Tan espontánea confesión me llenó de sorpresa, y hasta creí que decían esto por decir, pero anteayer vi que don Remigio trasladaba a dicha señorita a un banco más adelante. ¿Cómo diablos habrá conseguido este traslado esta doble personalidad? Les he preguntado la carrera que pensaban seguir, y ambos, a una voz, me dijeron que para militares. Medio en serio, medio en broma, les hice esta observación: «Es extraño que ya que la naturaleza os ha hecho iguales físicamente os empeñéis en serlo también socialmente. Precisamente para que tuviérais cada uno una personalidad definida deberíais escoger carreras diferentes y que se dijera por ejemplo: «Emiliano, el abogado, y Manuel, el

ingeniero.» Porque, por otra parte, si ambos sois militares y uno muere en acción de guerra, ¿cómo se arreglará vuestra familia para saber quién es el muerto?» Ellos se rieron de la mejor gana.

Las amables compañeras

29 - VIERNES.—Ya que por ahora el curso no ofrece ningún hecho saliente que apuntar, voy a hablar de las muchachas que hacen juntamente con nosotros los estudios de 6.º año. Sumarán una veinte. Pocas cualidades buenas pueden contarse en ellas, y la más principal les desfavorece bastante: en todas hace terrible estrago la coquetería. Están comprendidas todas entre quince y dieciocho años, y aunque hay algunas verdaderamente guapas (pueden contarse con los dedos y aún sobra una mano), las demás tienen ellas la culpa de no serlo; tuercen la boca por hacerla chica, arrugan los párpados por mirar interesadamente, se aprietan el talle y se hacen otras mil herejías. Más de un espíritu medieval me ha hecho la observación de que, aunque fueran bellas, siempre serían detestables, por el hecho de estar haciendo estudios impropios de su sexo. No pienso yo, sin embargo, que el estarse preparando para «Bachilleras» les quite el sello peculiar que las hace siempre encantadoras; ahora que el hecho de que si acierta a pasar una modistilla por la puerta del Instituto sea saludada por una descarga de piropos y a las condiscípulas no se les diga: «Buenos ojos tienes», obedece a otra cosa, que quizá al fin de este artículo esté suficientemente explicado. No obstante, no deja de haber estudiantes que se parapetan en los pasillos para echarlas largas miradas melancólicas y enloquecedoras y, por desconocida causa, estos galanes coinciden con los individuos más gansos y deslavazados, advirtiéndolo que para enamorar a una chica tienen que reunirse cuatro... y ninguno lo hace. En esta sección de conquistadores, como en todo, hay sus especialidades; hay quien se arregla para hablar familiarmente con un grupo de tres o cuatro muchachas y mirar luego triunfalmente hacia los compañeros como diciendo: «Hélas aquí, a mis pies»; quien interpela a cualquiera de ellas, no por el apellido, sino por el nombre, y éste en diminutivo: «¿Qué hay, Anita? ¿Cómo va, Lolita?», pues es lógico que los demás exclamarán: «¡Qué atrocidad, la confianza que hay entre los dos!»; quien relata a troche y moche ante los compañeros las pequeñas aventurillas habidas con Fulana o Zutana, y que no están más que en la imaginación del narrante... ¡Dios mío, cuantas tonterías, infelicidades y ridiculeces se cometen en esta edad! Ignoro por qué no hay entre ellas y nosotros esa agradable amistad o camaradería que sería hartamente natural; todas ellas están acordes en unirse entre sí estrechamente y formar un mundo aparte, en aislarse de nosotros, y si un alumno con toda franqueza le tendiera la mano a una de ellas y le preguntara por la familia, se escandalizaría; hay excepciones, pero prefiero hablar de éstas más tarde y particularmente. Como dignas hijas de Eva, rivalizan todas en vestir llamativamente y con gran lujo, y el grupo de muchachas de cada clase es un montón de lazos, flores y colores vivos. Me ha llamado siempre la atención una consideración que voy a hacer: en general, todas las alumnas que aquí acuden pertenecen a familias acomodadas y aun de elevada posición, y, sin embargo, prefieren hacer sus estudios en el Instituto, donde, excepto los libros de texto, los gastos de enseñanza son nulos, siendo raro que no acudan a alguno de los mil aristocráticos colegios de moda que existen para señoritas, donde se enseña a rezar en francés y se obtiene una exquisita educación; quien conozca la vanidad de las familias

ricas en esto de gastarse el dinero comprenderá esta anomalía que hago notar. En cuanto toca al modo como se relacionan las bachilleras entre sí, no hay más que decir que practican el chismorreó a la alta escuela, que (en las clases que ello es dable) hablan entre sí, echándonos miradas maliciosas, pero todo lo que yo pueda decir sobre esto lo relata a la perfección los párrafos que voy a copiar. Es el caso que el año pasado en la clase de Historia Literaria leíamos como ejercicio práctico unos trozos clásicos castellanos, y al hacer un día el estudio del Arcipreste de Talavera, el profesor, mirando quizá con alguna intención a las muchachas, leyó parte de un capítulo en que el autor describe la condición de las mujeres. He aquí los párrafos más interesantes:

«La mujer ser mucho parlera, regla general es dello. Que no hay mujer »que no quisiese siempre hablar y ser escuchada. Y no es de su costumbre »dar lugar a que otro hable delante della, y si el día un año durase, nunca »se hartaría de hablar, y no se enojaría día ni noche.....»

»... Y si quisieres saber de mujeres nuevas, vete al horno, a las bodas, »a la Iglesia, que allí nunca verás sino hablar la una a la oreja de la otra, y »tomar las unas compañías con las malquerientes de las otras, y afeitarse »y arrear a porfía, aunque tuviesen que hacer malbarato de su cuerpo por »tener joyas, o ir las unas más arreadas que las otras, diciendo: pues mal »gozo vean en mí si el día que viene tu me pasas el pie delante.....»

»Pues ahora veamos a cuáles mirarán más y cuáles serán las más habla- »doras, quizá si precisan que no somos para plaza mejor que no ellas, aun- »que les pese y mal pese si somos en verdad, ¡huy amiga!, ¿no ves cómo »nos miran al desgaire? ¿Quiéres que le demos una corredura y una ladra- »dura? Riámonos la una con la otra y hablémonos así a la oreja mirando hacia »ellas, y veréis cómo se correrán, o antes que ellas se levanten pasemos pron- »to delante dellas, por los que mirasen a ellas, en pasando nosotras, hagan »primero a nosotras reverencia.....»

Pues bien, esto que para las mujeres de su edad lo escribió el buen Arcipreste hace cerca de cinco siglos, le encaja como anillo al dedo a mis simpáticas compañeras. El profesor que más duramente las trata es don Silvano, el de Ética; continuamente les está echando filípicas, y a menudo les dice: «Me explico que los alumnos, que vienen aquí a estudiar y a crearse un porvenir, metan algún jaleo, pero ustedes, señoritas mías, ya que por recreo venís, atended y callad.» Hay, no obstante, como en todo, algunas alumnas que quedan a salvo de los defectos que a la generalidad he atribuido; así, por ejemplo, me es en extremo agradable una que asiste desde el año pasado, de unos quince años, trigueña, simpática sin poseer gran belleza y con una expresión de rostro tan plácida e inmutable que es quizá lo que la hace atractiva: la he comparado con el rostro de la célebre «Gioconda». De muy pocas palabras, hace poca liga con sus compañeras y viste sencilla y elegantemente, tal es Mercedes, la única ordenada que se aparta de las «abscisas». Las que despuntan por lo traviesas abundan: una hay que es considerada por los estudiantes como prototipo de belleza; tiene unos ojos inquietos y vivarachos, pero en el lugar del cerebro debe de tener una jaula de grillos; varía de trajes de un modo asombroso: hasta ahora le llevo contados tantos como días de curso llevamos. Pone en juego una coquetería refinada, que desconcierta, y alrededor de ella giran los gansos del pelotón. Y hay otra cuya especialidad es la chismografía, y la de otra, los anónimos amatorios, y otra... pero, tente pluma. Bastantes más buenas piezas hay, pero

ya irán saliendo conforme las circunstancias lo pidan. En resumen, si tal cosa hubiera pensado alguien, supongo que ya estará despejada la falsa idea de que, mientras los alumnos alborotan en clase, ellas representaban el papel de mártires sumidas en santa indignación.

NOVIEMBRE

Un escándalo más

4 - JUEVES.—Hace días que se notaba que el severo don Remigio, el profesor de Química, se hallaba enfermo; se presentaba en clase con una bufanda liada al cuello, salía envuelto en un gabán y estaba más pálido que de costumbre. Hoy, al salir de clase de Historia Natural, corrió como la pólvora la grata nueva de que don Remigio no podía dar clases por hallarse algo peor y que se encargaría de ello el suplente. En cuanto lo supe presentí que íbamos a tener lo que se dice un «juerzago»; al nombrado suplente lo conocí el año pasado y es uno de tantos señores sin energía, ya porque no la tienen o porque la han perdido. El júbilo entre los estudiantes no es para descrito, ¡ahí es nada!, no se trataba solamente de escandalizar en un clase, sino que esta clase era la de Química, donde en tiempo normal se está como en misa; así es que el placer que sentían los estudiantes se podía comparar con el que sentiría un marrano al revolcarse en un armiño. En el cuarto de hora que precede a la entrada se hicieron entre los bachilleres los proyectos más diabólicos. Entraron por fin al galope, dando corvetas de carnero y con gran griterío; el suplente en cuestión, de cuyo nombre no me he enterado, es un señor ventrudo, canoso, con alguna calva y usa lentes. De pie tras la mesa contempló cachazudamente la desordenada entrada de aquel rebaño; unos se ponían en puestos que no eran los suyos, el propietario lo expulsaba a mamporro limpio, los más saltaban por los bancos y las chicas hacían lo suyo riendo como locas; pensando en ellas me pregunté si se mezclarían como de ordinario entre nosotros, más vi que se pusieron. El profesor suplente dijo al cabo por decir algo: «Cállense... un poco de silencio, señores.» Los estudiantes, muchos de los cuales veían a este señor por primera vez, se interpelaban en alta voz diciendo descaradamente: «¡Vaya una facha!», «¡Valiente tío!», todo esto en las mismas narices del aludido. Se sentó éste en fin y empezó a explicar la lección igual que si se la explicara a la pared, pues ni nadie le atendía ni se le oía. Cada palabra suya era saludada por una silba; sobre todo cuando se volvía de espaldas a la clase para escribir algo en la pizarra, el estruendo era inaguantable; uno cacareaba, otro ladraba, el de acá hacía el gato, el de allá rebuznaba..., aquello era una jauría. Por muy poca sangre que tuviera el buen suplente, comprendió que aquello no podía ser, y cortando de pronto la explicación dijo: «Ea, veo que son ustedes de cuidado, esto es vergonzoso; aquel a quien sorprenda haciendo una gansada lo borraré de la lista, y si no puedo averiguar concretamente quién es, borraré a los de las proximidades. Y conste —añadió recalcando las palabras— que las faltas de educación no las toleraré tampoco en las señoritas.» Hubo medio minuto de silencio, más pronto se elevaron varias voces chillonas: «¡Que te crees tú eso!», «¡Guau!», «¡Ay, qué miedo!». Continuó la clase otros diez minutos en medio de la borrasca, el suplente señaló al fondo de la clase y dijo: «A ver, caballeros, vengan para acá», se levantaron dos,

«¿Nosotros?», «Sí». Uno de ellos se acercó a la mesa, el otro volvió a sentarse tranquilamente; el profesor le repitió que se acercara, el otro continuó en su sitio riéndose; entonces cogió aquél la lista, trémulo de ira, y buscó un nombre hasta que el revoltoso, empujado por sus compañeros se acercó a la mesa, y juntamente con su camarada se sentó aparte en un banco. Otros minutos de explicación infructuosa, hasta que la cortó un nuevo incidente, éste más grave. En uno de los últimos bancos se sienta Mercedes, la simpática alumna de quien he dado alguna noticia, y he aquí que se levanta de pronto como movida por un resorte, y con palabras nerviosas, rápidas y convulsas, exclamó, al par que apretaba los puños: «Señor profesor, haga el favor de apartar de aquí a este individuo, porque es un estúpido», y al mismo tiempo señalaba a un jovenzuelo que había tras ella, de facciones truhanescas y alma desmedrada. Un clamoreo se levantó en la clase, lo que solemos llamar un «abucheo»: en son de hostilidad para la joven y de admiración para el barbián que se había propasado... con una chica. Inconscientemente sentí no haber estado al lado de aquel alumno para propinarle un coscorrón, a trueque de sufrir las consecuencias. El suplente, indignado, se dirigió a aquel majadero que se reía con la mayor beatitud y lo arrojó de clase; en esto oyó el profesor un ruido extraño tras sí, se volvió y vio que uno de los alumnos que poco antes había separado se entretenía en hacer saltar un surtidor del grifo que para experiencias químicas hay allí instalado. Con gran cólera exclamó el pobre profesor: «Pero, ¿además que no he querido expulsarlo continúa usted...?» una silba ensordecedora de los regocijados espectadores no lo dejó acabar; el suplente, fuera de sí, se abalanzó al botón del timbre y llamó, presentándose un bedel: «Haga el favor de poner a este individuo en la calle», dijo. El alumno, con gesto agresivo, quiso disculparse, pero lo hacía riéndose; el profesor se lo impidió repitiéndole la orden de marcharse; el rebelde se dirigió a él con ánimo de pegarle, aquél preparó los puños para repeler la agresión, y si el bedel no se interpone sacando al alumno a empujones hubiéramos presenciado una escena lamentable. Poco después dieron la hora, la que acogí con un suspiro de satisfacción. Los alumnos se dirigieron al suplente para suplicarle que perdonase a los dos expulsados, pero aquél, que parecía haber cobrado gran energía, cuando ya no hacía falta, les ordenó con fuertes voces que no se acercaran. «No quiero admitir ninguna súplica —dijo—. No quiero tratar con ustedes, porque me da asco. ¡Hombres raquíticos, hombres miserables! Sabed que tengo a mi cargo una clase nocturna de Física para obreros donde acuden trescientos de éstos, y mientras doy clase no despegan los labios. Y éstos son los hombres que cuando los veis en mítines o manifestaciones decís de ellos: «¡Qué brutos, que salvajes!» ¡Mil veces más educación que ustedes tienen, los «señoritos»! Y mientras el suplente decía esto, los alumnos le oían absortos y sonrientes, como si les estuviera contando una anécdota o la cosa no fuera con ellos. Pero en vista de su gestión infructuosa, se lanzaron fuera, buscaron a el que molestó a la joven, y levantándolo triunfalmente en pavés, atronaron las galerías con sus aclamaciones.

Represalias

10 - MIERCOLES.—El día que don Remigio colocó a las muchachas entre nosotros dijo con su terrible ceño: «El día que una señorita me dé una queja de alguno de ustedes, os acordaréis de mí.» Pues bien, al día siguiente de dar clase con el suplente, vino don Remigio repuesto de su enfermedad.

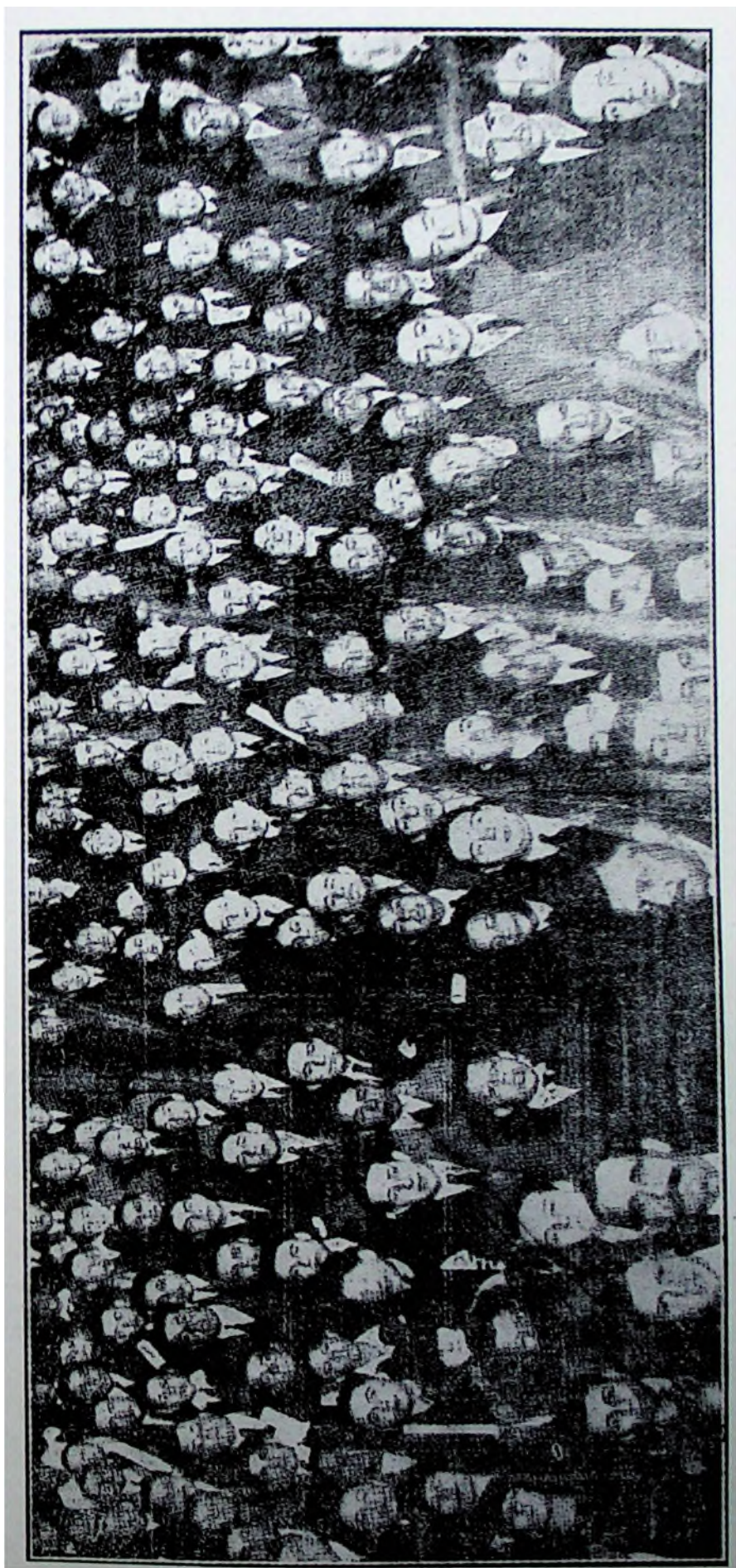
Afortunadamente, el suplente no le dijo nada del incidente entre Mercedes y su ofensor, pero no tuvo más remedio que decirle el modo con que nos habíamos portado con él. Echó pues a los alumnos una filípica en que los puso de cobardes, viles, que si él hubiera estado... etc.; en fin, como resumen nos hizo saber que quedábamos penados de la siguiente manera: primero, el día que por enfermedad suya o por otra causa no pudiese dar clase, no vendría el suplente, y la lección de aquel día se daría por explicada con todas sus consecuencias. (Esto, a pesar de lo que pensara el severo don Remigio, produjo en todos secreta complacencia.) Segundo, en adelante, cualquier castigo que pudiese sería doblemente riguroso que de ordinario, y, tercero, al final de curso daría «triple» número de suspensos que en los años anteriores. Aquí el espanto de los alumnos fue verdadero; no hay cosa que angustie más a un bachiller que amenazarlo con el pavoroso «cate». Y nada más dijo don Remigio. Si estos castigos los hubiera puesto otro profesor, ¡qué gritería se hubiese armado!, pero en tanto que el de Química nos hacía saber sus decisiones, todos le oían humildes y silenciosos. ¡Qué diferencia con el día anterior!

La idea de un periodista

11-JUEVES.—El día 9 publicó el periódico «La Voz» un artículo muy curioso acerca de los estudiantes del Instituto de San Isidro, y entre bromas y entre veras dice el periodista que lo firma bastantes verdades de nosotros. Dicho repórter interrogó a un bedel, y sus datos le sirvieron para confeccionar la reseña. Tiene ésta los siguientes títulos: «Aspectos de la vida madrileña.—La brega con los «chicos» del Instituto.—Revelaciones de un bedel, hombre de principios rígidos.» Dice en general algo de lo que yo he apuntado ya aquí: los frecuentes alborotos, la gran granujería andante de los estudiantes de los primeros cursos, y se ocupa largamente de las chicas, diciendo que coquetean de lo lindo, pero precisamente al hablar de ellas nos pone el repórter a nosotros los muchachos en muy buen puesto; dice que las chicas son más torpes y tardas en comprender, nosotros más listos y «vivos». El bedel que ha hecho las revelaciones se supo quién era, pues el mismo periódico da el nombre: es Tomás, el que está a las órdenes de don Remigio; quizás algún día hable más de él. Había que ver la algazara que reinaba en el Instituto el día que salió dicho número; todos tenían un ejemplar de «La Voz» en la mano, igual que las chicas; éstas se reían estrepitosamente entre párrafo y párrafo, pero en general no les hacía el artículo mucha gracia, pues no las ponía en muy buen lugar. Una de las preguntas que el periodista le hizo al bedel fue: «¿Qué asignatura es la que más detestan?», a lo que respondió Luis⁸: «El latín; no sé por qué odian tanto a la lengua materna»; luego se vio de nuevo preguntado: «¿Hay algún cate-drático que sea toreado por estos futuros bachilleres?» El hombre de principios rígidos guardó silencio y sonrió enigmáticamente.

Desenlace

13-SABADO.—En la clase de Agricultura han continuado los alborotos a la orden del día, y si nada he dicho días anteriores es porque aguardaba al desenlace de la situación, que era ya intolerable, y por fin hoy ha tenido lugar. Ya hacía varios días que venía el infeliz don Vicente diciendo que iba a gestionar su traslado, que haría que se formase el consejo de disci-



Los alumnos del Instituto de San Isidro durante el reparto de premios verificado en dicho centro docente.
(Abril de 1921. Es el curso a que se refiere el *Diario*.)

plina, que tuviesen compasión, etc..., y con estos golpes teatrales se iba sosteniendo con trabajo. El día 10, no pudiendo resistir más, dijo: «En el momento en que se produzca cualquier desorden doy la clase por terminada»; pero la perspectiva de acortar la clase hizo que los alumnos armaran un barullo formidable. Los defensores del orden se levantaron indignados, se increparon unos a otros con frases de taberna, las chicas palidecieron, y a todo esto el profesor se puso frenético, le temblaba todo el cuerpo, se le atropellaban las palabras y, por último, se le desprendió la dentadura postiza y se quedó medio ahogado, incidente que fue celebrado con alegres carcajadas. Sucedió lo que era lógico: se dio orden de que los alumnos desearan la clase y salimos media hora antes. Minutos después vi cruzar por las galerías al anciano profesor; iba en estado lamentable: descompuesto, encorvado más que de costumbre, con la blanca cabellera revuelta y el sombrero en la mano; vi que entró en la Dirección. «Algo ha de suceder», dije para mí. En efecto, al entrar luego en la clase que seguía, la de Historia Natural, el profesor don Gonzalo, antes de dar comienzo a las explicaciones, dijo: «El señor director me ruega diga a ustedes que a la salida de esta clase hagan el favor de presentarse en la Dirección los señores siguientes...», y a continuación leyó en una lista los nombres de siete u ocho de los más revoltosos en Agricultura. Al salir de clase se dirigieron, pues, los nombrados a la Dirección, siendo acompañados en manifestación de honor por muchos condiscípulos que, si no en hechos, simpatizaban en ideas con aquellos héroes. Salieron al poco rato y, por lo que pude averiguar, todo se redujo a sermoneo, a afearles su conducta, amenazas de pérdida de curso y otras vaciedades de igual género; la única determinación que yo hubiera tomado sería la de expulsarlos del Instituto, porque de seguro volverían a las andadas. No me equivoqué; al día siguiente, 11, apenas don Vicente acabó de pasar lista, los ocho denunciados el día anterior se levantaron y, puestos de común acuerdo, empezaron a protestar violentamente de la denuncia, pidiendo cuentas de aquel hecho al profesor. Aquello pasaba los límites de lo inaudito. El profesor, sin querer dar oídos a sus palabras, les intimó a que abandonaran el local, pero aquellos miserables, viéndose apoyados por la mayoría de la clase, que los aclamaba con gran vocerío, tuvieron la osadía de dirigirse hacia el infeliz viejo en ademán agresivo. Pude observar que la cara de don Vicente se desfiguró por el miedo, y temiéndolo todo de aquellos canallas, buscó desatentado el botón del timbre y llamó; se presentó el bedel y entonces aquellos caballeros abandonaron la clase. Un buen rato permaneció el anciano profesor con el arrugado rostro entre las manos balbuceando palabras ininteligibles. A mi juicio, aquella bochornosísima y repugnante escena no tenía más remedio que dar lugar a una decisión radical. Ayer, 12, apareció don Vicente a la hora de clase como de costumbre, pero no venía sólo, le acompañaba un señor absolutamente desconocido para todos, vestido de negro y de expresión severa. Entramos impacientes por saber qué ocurriría, y ello fue lo siguiente: el desconocido, que era otro profesor de Agricultura, dijo: «El señor Director ha ordenado que los alumnos a quienes yo nombre ahora tengan la bondad de pasar a dar clase aparte conmigo, hasta final de curso.» Al oír esto hubieran armado el acostumbrado jaleito, pero tenía tal expresión de firme energía la cara del nuevo profesor que guardaron el más absoluto silencio. Leyó una larga lista, la mitad justa de la clase, y entre los cuáles iban los más alborotadores. Yo me quedé con don Vicente y, ¡qué gratamente transcurrió la clase!, habíamos quedado bien pocos, el profesor tenía cara de satisfacción, con ligera sombra de dolor por el recuerdo de

los motivos que le habían movido a tomar aquella determinación, y estábamos como en familia. De modo que como este arreglo seguirá hasta fin de curso, creo que no tendré que apuntar aquí más desórdenes de ninguna clase. Así sea.

Disturbios

20 - SABADO.—Hace cuatro días que un catarro me retiene en cama y alejado de los claustros del Instituto. Por noticias indirectas me he enterado que en estos días ya han empezado los alborotos para hacer que concedan las vacaciones de Navidad, ¡y falta aún un mes! También llegó a mis oídos que hoy un grupo de estudiantes del Instituto se dirigió a la Universidad y destrozó a pedradas una magnífica puerta de cristales que hay en el vestíbulo; intervino la policía sable en mano y resultó un muchacho herido en la cabeza. Estoy deseando mejorar un poco para ver en qué estado de ánimo se hallan las turbas estudiantiles.

Una invasión de bárbaros

25 - JUEVES.—Completamente repuesto de la enfermedad que me hizo permanecer estos días anteriores en casa, regresé a mis académicos lares y obtuve datos explicatorios de los sucesos pasados. Resulta que si los del Instituto hicieron algo, el movimiento huelguista partió de la Universidad. Según supe, una pandilla de mozos pertenecientes a este último Centro tomaron por asalto el día 18 al Instituto, atropellando a los bedeles que le quisieron cortar el paso y recorriendo las galerías escandalizando; afortunadamente era la hora en que todos los cursos se hallaban dando clase. Siempre alborotando, se dirigieron hacia el aula en que estaban los de sexto año, en clase de Historia Natural, hicieron polvo una puertecilla que hay para interceptar el paso, maltrataron al bedel y pidieron a grito pelado que abandonaran los alumnos la clase. Al estrépito suspendió don Gonzalo la explicación, y este profesor que, como he dicho, cuando se da el caso tiene un carácter de acero, se presentó en la puerta y, dirigiéndose a los levantiscos, les preguntó cortésmente lo que deseaban, y los otros... se quedaron mudos, dieron media vuelta y se marcharon por donde habían venido. Esta invasión de bárbaros obedece a que los alumnos de la Universidad quieren anticipar la fecha de vacaciones, y que éstas empiecen el día 1.º del próximo diciembre; mientras que la reunión de catedráticos ha decretado que principien el día 15 de dicho mes; veremos quién se impone a quién. Lo cierto es que aquel asalto produjo cierto pánico entre bedeles y conserjes (entre los alumnos desde luego que no), pues desde entonces no dan paso al Instituto más que por un pequeño portillo, para dificultar cualquier otra invasión en masa como la reseñada.

Preludios de vacaciones

30 - MARTES.—Noviembre toca a su fin, y ya salimos a jaleo diario con motivo de las dichas vacaciones de Navidad. Estos estudiantes, desde que ven aproximarse los meses terminados en «embre», ya están pensando en vacaciones. Hasta ahora todo se reduce a formar corro ante la puerta de las aulas al tiempo de entrar y gritar a voz en cuello que no quieren clase, pero en cuanto entra el primero, todos le siguen como borregos.

DICIEMBRE

Revolución

3-VIERNES.—Como en mis últimas notas dije, los estudiantes iban entrando en clase cada vez con menos ganas, y se multiplicaban las algaradas para conseguir anticipar las vacaciones. Pues bien, hoy han realizado los estudiantes toda clase de esfuerzos desesperados, llegando a violentos extremos para conseguir su empeño. Desde que entré en el Instituto observé que estaban los ánimos excitados: formábanse grupos donde se juraba y perjuraba que nadie entraría en clase, y ¡guay del que entrara! Llegó el primer catedrático, don Vicente, y al dirigirse hacia el aula fue obsequiado con una silba estrepitosa; un bedel se le acercó y le habló rápidamente en voz baja; sin duda le enteró del estado de ánimo de sus discípulos, pero él se encogió de hombros y entró en clase. El bedel abrió la puerta de par en par y dio la sacramental voz de «¡Agricultura!», y entonces ¡aquí fue Troya!; se armó una de gritos que tuve que taparme los oídos. Cuatro «agricultores» de los más apasionados se colocaron en la puerta del aula con los puños cerrados dispuestos a no dejar pasar a nadie; yo estaba dispuesto a entrar, caso de que entrara alguien, pero no quería ser el primero.

El bedel, secundado por sus compañeros, se dirigió contra los coaccionadores de la libre asistencia, y entretanto, media docena de los más amigos del orden se escurrieron y entraron en clase, no sin que los demás pusieran el grito en el cielo. Cerraron violentamente las puertas los cabecillas de la huelga, y para evitar que otros también entraran se apartaron atropelladamente de aquel sitio. Era una masa de cerca de doscientos, por habérseles unido elementos de otros cursos, y yo me sentí arrollado, empujado y conducido en vilo, estando, cuando pude desembarazarme, lejos de la clase. No entré, por tanto, en Agricultura, pero no me arrepentí, puesto que el azar me colocó después de árbitro de aquella anarquía.

Siguió el grupo rebelde su obra, y a viva fuerza hizo volver a la calle a las chicas de nuestro curso que se dirigían a clase; las muchachas, aunque algo asustadas por la magnitud del conflicto, se encontraron agradablemente sorprendidas ante aquella orden; los bedeles intervinieron enérgicamente, los estudiantes insistieron, y al fin se adoptó el término medio de confinar a las jóvenes en un local que existe destinado a ellas. Este triunfo enorgulleció a los levantiscos y los dotó de un furor extraordinario; con rapidez fulminante corrió entre ellos la idea de desalojar las aulas en donde se estaba dando clase, y pusieron manos a la obra, empezando con la desdichadísima clase de Agricultura; los estudiantes, que formaban ya una masa respetable, abrieron de un golpe las puertas de local, se precipitaron dentro y sacaron de los pelos a los escasos desgraciados que se les ocurrió entrar, obligando a don Vicente a buscar refugio en las habitaciones interiores; después se dispersaron por los pisos superiores a continuar la misma operación.

Yo quedé abajo, y entonces comprendí el mal cariz que estaba tomando el asunto; el haber visto a varios catedráticos entrar en la dirección y a los bedeles correr de un lado para otro me hizo comprender que se estaban adoptando medidas severas; arriba se oía un coro tremendo de gritos y aullidos. Un grupo de bedeles subió a escape escaleras arriba, y poco después la masa de revoltosos, aumentada con los que habían sido obligados a abandonar las clases, bajaba lentamente las anchas escaleras empujada por los bedeles: el Director, en vista de la rebeldía de los estudiantes, había dado or-

den de despejar el Instituto. Nadie quedó excluido de esta orden de expulsión, excepto las alumnas que quedaron refugiadas en su prisión, no para dar clase, sino para librarlas de algún desaguisado. Yo fui cogido políticamente del brazo por un bedel e intimado a salir a la calle; amenazaban con llamar a la policía para que nos repartiera unos cuantos sablazos.

Por fin quedó limpio el Instituto, y sus alumnos formando una multitud enorme ante sus puertas y vociferando como poseídos; con nosotros se mezclaron algunos individuos extraños, vagos y obreros sin trabajo, gente peligrosa que ama las algaradas públicas. De esta manera nos hallábamos en medio de la calle, dando acometidas a la puerta del Instituto, que se hallaba defendido por el pleno de bedeles, cuando de pronto apareció, rodeado de dos o tres alumnos, el catedrático de Historia Natural, don Gonzalo. Algo he dicho de este catedrático, pero para dar a conocer la nobleza de su carácter y su rectitud, habría que escribir mucho. Mostraba el buen señor la estupefacción pintada en su semblante ante aquella situación que no esperaba, y con algún trabajo pudo llegar a la puerta, pidiendo explicaciones a un bedel. Yo, sin obedecer a determinado propósito, empecé a dar codazos y me coloqué al lado de don Gonzalo, quien decía entonces a los bedeles: «Bueno, pues que entre una comisión de ellos y veremos de arreglar la cuestión.» Rápido como el pensamiento atravesé el grupo de bedeles y me encontré dentro del Instituto dispuesto a formar parte de la comisión y evitar que se compusiera sólo de gente revoltosa, que son los más audaces. Don Gonzalo me miró y no le pareció mal; él mismo escogió a otros cuatro: en total cinco. «Heme aquí —me dije— formando parte de una comisión que va a resolver un grave conflicto entre los estudiantes y las autoridades académicas.» El profesor de Historia Natural nos indicó amablemente que lo siguiéramos, y entrando en la Dirección nos introdujo, no sin alguna emoción por nuestra parte, en un elegante gabinete cuyo piso estaba cubierto por una gruesa alfombra roja: estábamos en el «sancta sanctorum» del Instituto. Don Gonzalo nos rogó que le aguardáramos unos minutos mientras dejaba el sombrero y el gabán; nos quedamos solos y observé a mis compañeros de embajada: casi todos se hallaban temerosos del paso que iban a dar; dos se miraban con cómica expresión uno a otro, y otros dos miraban la tapicería por hacer algo. Era una comisión que se podía llamar «mixta», pues estaba formada por elementos de las dos opiniones; los revoltosos eran: un muchacho venido por primera vez este año, y que en clase de Agricultura se entretiene en hacer el gato; otro, alto como una torre, que suele capitanear todos los movimientos, buenos o malos, y el tercero, el que en clase de Química fue causa de que una chica se quejara, se llama Ortiz; el orden lo representaban Arizmendi, un muchacho simpático, estudioso y algo galanteador, y yo.

Reapareció el profesor y nos invitó a tomar asiento, añadiendo: «Ustedes me dirán a qué obedecen estos hechos que, a la verdad, me han dejado asombrado.» Como no habíamos tomado la precaución de ponernos de acuerdo sobre quién llevaría la voz cantante, después de vacilar un momento hicimos todos uso de la palabra a la vez; nos detuvimos turbados mientras el profesor se sonrió imperceptiblemente; al fin el compañero Arizmendi se lanzó y explicó brevemente a don Gonzalo el origen de los sucesos, acabando por decir que todo se reducía a que los estudiantes deseaban las vacaciones el día de hoy. Animados por el ejemplo y sin esperar a que el profesor diera su parecer, terciaron los otros alegando que por su buen comportamiento en lo que iba de curso (!!) consideraban muy justa la petición de sus compañeros.

Se atusó don Gonzalo su hermoso bigote y habló razonadamente diciendo que consideraba un abuso el pedir las vacaciones tan temprano, tanto más cuando ya se había acordado por el claustro de profesores el anticiparlas, y que empezarán el 7. Yo, que aún no había abierto la boca, apoyé entonces al profesor diciendo que ya que se nos había hecho la gracia de que empezaran el 7, cuando oficialmente se había ordenado que dieran comienzo el 15, era abusivo el pretender la huelga a partir de hoy. Las izquierdas de la comisión me echaron una mirada pulverizadora. En fin, los comisionados que al principio no sabían por dónde empezar fueron animándose y hablaban como papagayos; don Gonzalo asentía a unas opiniones y rechazaba otras. Hubo un momento en que pensé si aquel hombre no estaba haciendo un mal papel tratando con tanta ceremonia a unos personajes como nosotros y de un asunto que a ojos vistas le molestaba, pero comprendí también que estos asuntos habían derivado otros años en graves sucesos. Al fin se levantó el profesor al par que nosotros y dijo: «En resumidas cuentas, ustedes hagan lo posible por convencer a sus compañeros de que sigan asistiendo hasta el día 7; yo voy a consultar con el Director, y dentro de un cuarto de hora vengan ustedes mismos a buscarme otra vez y cambiaremos impresiones.»

Salió don Gonzalo en busca del Director y nosotros abandonamos el Instituto atravesando sus desiertas galerías. Fuera se oía un vocerío discordante. Apenas salimos a la calle y dirigimos a los revoltosos las primeras razones para convencerlos de que debían seguir asistiendo a clase, una lluvia de proyectiles de toda clase, acompañados de improperios imposibles de reproducir, nos saludó; un castañazo que recibí en la frente me hizo desistir de toda propaganda pacífica. Me retiré de la masa levantisca viendo cómo querían llegar a parar los tranvías. Transcurrieron unos veinte minutos y un bedel dijo desde la puerta: «¡Entre de nuevo la comisión!» Volvimos a entrar los de la vez anterior y nos hicieron saber que don Gonzalo no nos esperaba en la Dirección, sino en su clase; allí nos encaminamos y el profesor nos aguardaba en pie y apoyado en el borde de la mesa. «Vamos a hablar aquí —nos dijo— porque quiero que asistan a las negociaciones las alumnas, aunque sin voz ni voto.» Transmitió la orden al bedel y a poco entraron en el aula las compañeras de nuestro curso, curiosas y risueñas. ¡Qué negociaciones esta vez tan agradables! Al ver tan disminuido el grupo de sus compañeros, representados en nosotros, se permitieron algún poco de franqueza y libertad de palabra.

El catedrático nos dijo lo que había tratado con el Director: que hoy, desde luego, no habría clase, pero que se dejaran los alumnos de imprudencias y asistiesen hasta el día señalado porque, si fuese necesario, harían perder el curso a los más señalados revoltosos. Nosotros, por nuestra parte, le hicimos saber lo infructuoso de nuestras gestiones en pro de la asistencia a clase. Nos rogó don Gonzalo que hiciésemos saber a nuestros compañeros lo que les podría sobrevenir si persistían en su actitud, y así se lo prometimos. Una alumna, alta y rubia, que tenía a mi derecha, nos hizo saber «que lo que hacían los estudiantes era una canallería» y rogó dijéramos a los levantiscos «que se reprimieran en ciertas palabras del arroyo que ella había oído por la ventana, palabras ofensivas para los miembros de la comisión»; dije que sí, que lo haría. Otra muchacha, menudita, nerviosa y de mucha intención, me dijo, lanzándome una mirada un poco despreciativa: «Total, dos días más o menos de clase no valen la pena de gastar tanta saliva»; le dije que no se trataba de la asistencia material de los alumnos, sino del efecto moral que su falta representaba, pero sospecho

que de este párrafo se quedó ella «in albis». Mientras tanto, los comisionados representantes de la «izquierda» se esforzaban en convencer al profesor que a partir del día de hoy no debía haber clase; yo les endilgué una filípica para lograr lo contrario, acabando por prometer a don Gonzalo que haría lo posible por convencer a mis compañeros. Al acabar de hablar, la menudita y revoltosa dejó escapar entre dientes la palabra «cobarde», siendo siseada enérgicamente por sus compañeras.

Nos despedimos por fin del excelente catedrático, saliendo en compañía de las muchachas, y ya en la calle me aseguré para que vinieran al día siguiente una veintena. Poco a poco fueron despejándose los alrededores del Instituto; un nutrido grupo de estudiantes, capitaneado por uno de los comisionados rebeldes, marchó a la Escuela de Comercio a propagar la huelga escolar. Yo, viéndome solo, me dirigí a casa, pero apenas había girado sobre los talones di manos a boca con Mercedes, la muchacha de quien ya he hablado como la más discreta y simpática. Sonriendo de un modo encantador me dijo: «A ver si ayudado por sus compañeros logra usted que mañana no se produzcan estos escándalos y se asista a clase.» Yo... no acerté a decirle nada.

La tormenta, conjurada

4 - SABADO.—La parte sensata de los alumnos ha obtenido un triunfo en toda regla, pues los estudiantes han asistido hoy a todas las clases sin perturbar. Un pequeño lunar ha habido, y es que el profesor de Química, don Remigio, no ha venido y ha dado la clase el suplente, habiéndose producido, por la fuerza de la costumbre, tal alboroto, que hubo de suspenderse la clase a mitad de ella. Pero este incidente ha sido ajeno a los sucesos de ayer.

¡Felices Pascuas!

8 - MIERCOLES.—Ayer, por fin, dieron comienzo las vacaciones de Navidad tan algareramente pedidas; es decir, mes y pico de holganza, puesto que no se reanudará el curso hasta el 11 de enero. La Dirección puede estar satisfecha de la labor de los alumnos de orden, puesto que convencieron a los demás de asistir hasta ayer, 7. Por la prensa me he enterado que a los alumnos de la Escuela de Veterinaria, por haber dejado de asistir a clase desde el día 1.º, se les prolonga el curso y acabarán en junio en vez de en mayo.

Después de todo, yo no doy con el poderoso motivo que imponga estas extensas vacaciones, y más tratándose del Instituto, pues qué, ¿valen la pena estas ansiadas vacaciones para tres horas escasas de asistencia a clase?; aparte de la consideración de que teniendo clase hay que estudiar, yo pasaría muy a gusto sin las vacaciones. Y por otra parte, ¿se pasa tan bien el rato charlando con los camaradas!; no hay más que ver la alegría con que todos vuelven en enero a saludarse; sé de antiguos alumnos, ya bachilleres, que, no teniendo nada que hacer en el Instituto, vienen a las horas de clase porque convergen allí unos cuantos conocidos suyos y pasan el rato agradablemente; y sin embargo, ¿este ansia de perder de vista el Instituto en cuanto entra diciembre! Una salvedad he de hacer en lo que respecta a esto: algunos estudiantes (pocos, proporcionalmente al total de ellos) no tienen la familia en Madrid, sino que siendo sus padres labra-

dores acomodados residen en algún pueblo de la provincia y envían a sus hijos a estudiar a Madrid, donde habitan en míseras casas de huéspedes; con estos individuos estoy de acuerdo en desear las vacaciones porque para ellos representan la vuelta al hogar y el abrazar a sus padres, libres por algún tiempo de la tortura de la patrona.

Reflexiones parecidas nos hizo ayer don Gonzalo con ocasión de darnos las felices Pascuas con su amenidad y agrado tan naturales en él. «Locos de alegría —nos dijo— acogéis ahora los días de vacaciones, cosa natural, ya que a vuestra edad todo es motivo de alegría. Ya veréis, en cambio, cuando al terminar el grado os arrojéis al mundo para luchar por cosas más serias. Yo os aseguro que recordaréis esta época y estas aulas con lágrimas en los ojos, porque yo también lo he experimentado. A menudo recibo en esta clase a antiguos alumnos míos que ya son hombres de carrera, y muchos me han dicho: "Señor profesor, daría todo lo que me pidieran por poder volver a sentarme en esos bancos.» Y no crean ustedes que les falta razón al envidiar la época de estudiante; la vida de ustedes es la mejor que existe; los estudiantes siempre están alegres y ven todo de color de rosa. Aparte de estos pequeños trabajos de estudio —que cuando lo comparéis con los que paséis cuando mayores se ve que no vale la pena de llamarlo "trabajo"—, no os tenéis que preocupar más que de estudiar, comer y dormir, y los huecos llenarlos con diversiones. No deseen ustedes de que pasen los años rápidamente; cuando sean hombres verán qué amarga es la lucha por el pan, y en esa pelea no hay amigos, todos van a ganar el puesto que los rodee de comodidades, pasando por encima del compañero; entonces es cuando recordaréis esta época como el viajero del desierto recuerda el oasis donde descansó.»

«Sé que no os chocarán estas reflexiones porque esta época de Navidades es la que más se presta a ellas; parece que durante todo el año va uno delante sin parar, echando un vistazo rápido al presente y desorbitándose por desentrañar el porvenir, pero al llegar las Navidades todos se paran y vuelven la vista atrás con más o menos emoción; luego, hala, hala, a continuar hasta el año que viene. Yo al menos, que conservo afortunadamente muy buen recuerdo de mi niñez, en esta época pienso mucho en las Navidades pasadas cuando pequeño. Recuerdo que durante toda mi infancia no he tenido más que dos grandes, enormes deseos: poseer una máquina fotográfica y una bicicleta, y para ello no cesaba de pensar si me tocaba la lotería. Nunca me tocó; sin embargo y cuando, ya hombre, pude tener aquel dinero y satisfacer tal deseo, me había costado tantos sudores y angustias la adquisición de aquellos cuartos que consideré una locura invertirlos en aquellos chismes.»

Esto y algo más nos dijo el excelente don Gonzalo. Un hombre que así habla a sus alumnos, contándoles cosas íntimas y lográndolos tener embozados escuchándolo, horas y horas si fuese menester. Es único en el Instituto.

En fin, pasaremos este paréntesis de vacaciones lo menos aburrido posible. Yo he de asistir aún al Instituto mañana y pasado con otros cuantos compañeros para efectuar prácticas de Geología, que por su carácter extraoficial se pueden hacer en vacaciones. Y veré de llenar de algún modo el hueco que las vacaciones produzcan en las páginas de este Diario.

Prácticas

11 - SABADO.—Entre antes de ayer y ayer he terminado las dos clases de prácticas de Geología, y ya definitivamente, hasta dentro de un mes. Se han pasado agradablemente tales prácticas por haberlas dirigido don Gonzalo, que ya alentaba a uno, ya adiestraba a otro; también ha contribuido a hacerlas agradables el que hemos sido pocos y que cada alumno ha trabajado a medias con una compañera.

El Director

14 - MARTES.—Varias veces, desde que comenzó el curso, he nombrado incidentalmente a una persona tan importante y al par tan interesante como es el Director, el gobernador de la pequeña república instituteril, y el darlo a conocer me mueve a escribir estas palabras.

Es un hombre bastante anciano que, si no octogenario por la edad, por su aspecto lo parece: pequeñito, algo encorvado y de poblada barba blanquísima; aunque él tiene empeño en andar tieso y marcialmente, lo hace arrastrando ligeramente las piernas y apoyado en un bastón. Por sus achaques puede decirse que es director nominalmente, pues los días que no viene, que son muchos pues padece de reuma, hace sus veces el vicedirector, que es el ya conocido don Gonzalo. En el invierno y aun en muy entrado el verano va siempre envuelto en una gruesa bufanda y en un amplio gabán, siendo este temor al frío tan grande en él, que en su clase ordena siempre poner la estufa hecha un volcán, con lo que sus pobres alumnos sudan la pez y él, sin embargo, estando arrimado al fuego, no siente la menor sensación de calor. Casi todas las mañanas pasa solemnemente entre los alumnos que invaden los claustros, recibiendo con infantil orgullo sus saludos, a los que él contesta llevándose la temblona mano al sombrero.

Hace nada menos que cuarenta años que desempeña la Dirección y además tiene a su cargo las cátedras de Historia y Geografía. ¡Cuántas generaciones infantiles habrán pasado por los bancos de su clase! Tiene don Marcelo, que así se llama el director¹⁰, dos rasgos que lo caracterizan y que aparentemente se contradicen: uno es su mal genio, aunque sus cóleras son siempre inofensivas y más que todo cosa natural de los ancianos, y el otro rasgo lo constituyen sus jocosas salidas de tono y agudezas, de las que él se precia mucho.

Por su mal genio, los alumnos de los primeros años, enredadores y traviosos, le temen como al diablo, y apenas lo divisan en el extremo de un pasillo huyen a la desbandada. Cuando se enfada de veras es verdaderamente terrible don Marcelo, y los demás catedráticos, que lo aprecian mucho, se guardan muy bien de contradecirle o molestarlo con algo porque, puesto en el trance de echar una de sus famosas filípicas, no respeta a nadie y yo creo que se la echaría al mismo rey. A pesar de lo padecido y decrepito que está, cuando se enoja saca una voz tonante y vigorosa que parece mentira salga de aquel cuerpecillo débil.

En cuanto a sus graciosas salidas es una celebridad, pero el caso es que tiene una habilidad al decirlas que muchas veces causan más mal efecto que una frase agria o una reprimenda, y, lo que es peor, que como suele prodigarlas en los exámenes, a veces dejan al examinando tan turbado que le es imposible salir adelante; menos mal que, para contrarrestar este efecto, suele ser muy benigno en las notas. El año pasado, durante los exáme-

nes de Historia, pude apreciar algunas de estas características del famoso don Marcelo; actuaba él como presidente del Tribunal, entre el auxiliar y el secretario; el local estaba atestado y junto a la puerta se apiñaban los padres y allegados de los examinandos. Llamó el secretario a uno de éstos, que por su azoramiento y palidez se comprendía que iba «limpio», e inmediatamente se acercó a la mesa un señor que indudablemente era el padre del chico y que seguramente intentaba recomendarlo. ¡Dios mío!, no he visto nunca persona tan sulfurada como se puso don Marcelo entonces. «¿Qué escándalo es éste? —exclamó, con los bracillos en alto—. ¿Es usted o el chico quien se va a examinar? ¡Aquí no hace usted falta y está estorbando, con que salga usted a la calle!» Todo esto y algo más le dijo a grito pelado y puesto en pie. El pobre señor se quedó paralizado y con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, como un recluta; dio de pronto media vuelta y salió azorado y confuso. El chico quedó temblando como hoja de árbol y el Director volvió a sentarse como si nada hubiera pasado y empezó a interrogar a la víctima sobre Historia. A las primeras preguntas se vio cómo estaba de flojo el muchacho, y una de las preguntas que don Marcelo le hizo fue: «¿Dónde estaba situada la Media?» El alumno se embrolló y no acertaba, y entonces el director le dijo: «La "media" está situada entre la pierna y el zapato»; pero dijo esto con tanta seriedad y con semblante tan adusto, que el chico, aturrullado, empezó a balbucir aquella chistosa respuesta. Sin embargo, a este alumno lo aprobó.

Algunos alumnos y bedeles que conocen al Director me han dicho que para ganarse sus simpatías no hay más que contestar a alguna de sus agudezas o chistes con otro chiste, pero todavía no he visto quien se haya atrevido a ello. A las muchachas, como les pasa a la mayoría de los viejos, las trata bastante ásperamente, dirigiéndolas con frecuencia intencionalmente indirectas. Los bedeles, no sólo por el respeto de su cargo, sino temiendo sus fáciles y terribles cóleras, se multiplican por servirle, hablándole gorra en mano y a tres pasos de distancia.

Y estos son los rasgos más salientes de don Marcelo, pero nada más que los superficiales; en su interior guarda un inmenso cariño hacia sus alumnos y para su querido Instituto; el día que, cumpliendo una ley inexorable, haya que separarle del cargo, tengo para mí que lo matarán, como lámpara que se apaga por falta de espíritu. Cuando hace unos días entramos formando comisión a entrevistarnos con don Gonzalo para la cuestión de las vacaciones, uno de los comisionados se quejó al catedrático de Historia Natural del rigor de don Marcelo por las medidas tomadas contra los revoltosos, y don Gonzalo nos dijo: «No diría usted eso si lo conociera mejor; no pueden figurarse lo que don Marcelo quiere a ustedes y lo orgulloso que está de los alumnos de "su" Instituto. Como él está ahora enfermo y yo estoy encargado provisionalmente de la Dirección, el otro día fui a visitarlo y me preguntó: "¿Qué, ¿cómo va aquello?" Le dije que inmejorablemente. No pueden ustedes imaginarse lo contento que se puso; empezó a hablarme de ustedes y si a la media hora no me despido no acaba nunca. ¡Y cómo le brillaban los ojos y se rejuvenecía alabando vuestras cualidades!»

Y sin embargo, el buen don Marcelo nunca revela en su trato ordinario este cariño por sus alumnos; tiene el prurito de adoptar siempre un continente serio, esforzándose por erguir su cuerpecillo y por mantener el entrecejo fruncido, y lo mismo habrá hecho con las numerosas generaciones de estudiantes que sus ojos habrán visto pasar. Es muy simpático, sí, el

anciano don Marcelo, y ya me parece una enormidad de tiempo la semana que hace que no lo veo cruzar con paso lento los claustros, saludando temblorosamente con fingida seriedad.

La primera de «sexto»

20 - LUNES.—El día que hablé en conjunto de las muchachas que acuden a nuestro curso alegrando nuestras tareas estudiantiles, no lo hice de la más interesante de ellas, con motivo de hacerlo particularmente. Es una joven que es «veterana» en el Instituto, pues en él empezó el Bachillerato, y tiene la cualidad de haber sacado y seguir sacándose en todas las asignaturas la nota máxima con matrícula de honor, haciendo exámenes que asombran al Tribunal y al auditorio; tanto más raro cuanto las muchachas no suelen despuntar por estudiosas. En todas las clases ha sido la primera de alumnas y alumnos, y actualmente en todas las de sexto curso lo es. Cuenta por notas inmejorables las veces que los profesores la preguntan y nunca he visto que en alguna ocasión haya dudado en las respuestas.

Pero al lado de tan hermosa inteligencia, ¡qué lastimoso espectáculo presenta su físico, Dios mío! Raquel, que así se llama, es de baja estatura y de extremada delgadez; debe tener de dieciocho a diecinueve años de edad, pero su rostro tiene una expresión de viejecilla que la hace aparentar unos treinta años. En verano suele permitirse ir con vestidos ligeros y vaporosos, pero en invierno parece que el frío la acobarda extraordinariamente y va envuelta en un grueso gabán que conforta a su desmedrado cuerpo. Y en la calle, en las galerías o en la clase siempre se la ve en la misma postura: con la mano izquierda ciñéndose fuertemente el cuello del gabán a la garganta y con la derecha apretando un pañolito contra los labios para ahogar los golpes de tos que la acometen. En clase, sobre todo, sufre horriblemente esforzándose en no toser, sobre todo en aquellas en que el profesor impone un absoluto silencio. A principios de este curso, el catedrático de Química, don Remigio, hizo en clase unos experimentos de combustión del azufre y la clase se llenó de vapores sofocantes; tres o cuatro alumnos empezaron a toser, pero casi a la fuerza, por darse el gusto de turbar el silencio en recinto tan sagrado con fundado motivo, pero a la pobre Raquel ¡qué acceso tan violento de tos le acometió! Se destrozaba por ahogarla, pero no podía. Don Remigio, sin perder la acritud de siempre y con su semblante frío como el mármol, dijo: «El que le moleste la tos, que se vaya de clase»; lo dijo, quizá, con intención amable, pero no sé qué tiene este profesor que sus palabras dan siempre la impresión de latigazos. Los graciosos callaron como por ensalmo, pero seguía resonando la desgarradora tos de Raquel; de pronto se levantó con los ojos llenos de lágrimas y con el pañuelo apretado contra los labios y manchado de sangre, señaló con un ademán la puerta de la clase sin decir palabra y ante el asentimiento de don Remigio abandonó la clase para no perturbarla con su maldita tos. ¡Y ella, que sigue todas las manipulaciones de clase con un interés que nadie pone! Sentí una violenta compasión hacia la pobre muchacha, tan estudiosa como de exigua naturaleza.

Todos los profesores la aprecian bastante, en especial don Gonzalo y don Silvano, que no se distingue por su demasiada simpatía para las alumnas. Todos los profesores ponen su confianza en ella, y para empresas difíciles relacionadas con el elemento femenino, y aun a veces con el masculino, la escogen como consejera y directora. Su modestia es tal, que a veces

ha merecido por ello reprimendas de los catedráticos, sobre todo de don Gonzalo, que la quiere como a una hija. Don Silvano, cuando le pregunta le dice al final y con frecuencia: «Señorita, cuídese usted.» Habla siempre con un hilo de voz, parecida a la de un niño pequeño, y en clase de Agricultura no ha faltado quien le diga cuando la han llamado para explicar la lección: «¡Más alto, rica, que no oímos!»; este que no oía estaba pendiente de la explicación jugando a las cartas sobre el banco con el compañero.

Otro lado interesante y desgraciadamente triste tiene esta alumna: todos los días a la una y media, hora de salida, le espera en la galería un señor, que es su padre, pero ¡qué hombre!, no sé si llamarle siquiera «hombre». Es un señor que lo mismo representa setenta años que veinte, tiene una pierna extremadamente corta, la otra muy larga y sarmentosa, los brazos pequeñísimos, el tronco atrofiado y doblado lastimosamente, no conservando perfecta más que la cabeza, con unos ojos muy vivos; anda con ayuda de unas muletas, si andar se puede llamar a ir arrastrándose como una alimaña. No sé cómo se habrá quedado así, pero hay que suponer que lo haya arrollado en su juventud un tranvía o algo por el estilo. Apenas sale su hija, se apoya con dificultad en sus muletas y le ayuda a abotonarse el gabán con cuidado, emprendiendo ambos con lentitud el camino a casa; con dificultad se sabría quién cuida más por el otro¹¹.

Tal es Raquel, la primera de «sexto», muchacha que quizá esté arruinando su naturaleza a expensas de la brillantez de su inteligencia. Sus compañeros la admiran y respetan por su saber, es decir, por las dotes que pueden adornar a un muchacho, pero yo creo que ella debe sufrir no poco al ver que en esta admiración no entra un ápice en lo que como mujer posee; los moscones y tenorios del Instituto nunca se les ha ocurrido considerar que es una joven de dieciocho años.

Poco antes de empezar las actuales vacaciones estaba un poco decaída, quizá por los terribles fríos que estamos pasando; unos días antes de abandonar el Instituto la vi en la sala en que hicimos las prácticas de Historia Natural; como allí tuvimos una excelente estufa, don Gonzalo la obligó a despojarse del gabán, quedando con una blusilla de seda; encorvada atentamente sobre un microscopio, la blusa se le ciñó a la espalda. ¡Cómo se le señalaba a la pobre la espina dorsal! Unas semanas antes estaba dejando de asistir con frecuencia, y al nombrarla en lista una compañera dijo: «Está enferma...» ¿Regresará la pobre niña al Instituto finalizadas las vacaciones...?

El huérfano de militar

26-DOMINGO.—Han pasado las fiestas de Navidad, causa y motivo de estas vacaciones, dejando como siempre un grato recuerdo. Durante ellas se dedican recuerdos a los seres que se fueron para no volver, nos alegramos con los que aún viven y pedimos con un brindis que Dios les conserve la vida por numerosas Navidades. Pensando en esto me ha venido a la memoria el recuerdo de un simpático amigo mío del Instituto, al cual estas Navidades el recuerdo de su padre muerto habrán dejado una estela de tristeza.

Trabé amistad con él hace un mes y ha sido un amigo esperado y «presentido», por la razón de que al empezar el curso y hacerse la distribución de puestos en clase, en todas ellas me tocó a la derecha un hueco corres-

pondiente a un alumno oficial puesto en lista y no presente. Así pasaron cerca de dos meses y tres veces al día, después de mi nombre, sonaba el de «Juan Palacios» sin ser contestado por nadie. Ya me había acostumbrado a tal nombre y tenía excitada mi curiosidad por conocer a su propietario, cuando al empezar un día la clase de Historia Natural vi a un muchacho que hablaba con don Gonzalo y éste le señaló el puesto vacío a mi derecha. Era un muchacho algo menor que yo, de color sano, aunque más bien delgado, y con una expresión en los ojos como de susto; llevaba un gabán de cuadritos blancos y negros y una gorra del mismo color. Al acabar la clase se acogió a mí por ser el más cercano, como le pasa a todo el que entra en una entidad extraña por vez primera. Le dije cómo tenía ya ganas de conocerlo y quedamos amigos. Me explicó cómo no había podido venir desde principio de curso por haber residido hasta entonces en Santander y no haber encontrado pronto casa en Madrid. Con una inconsciencia algo brutal le dije que su padre debía de haberse entrevistado con los profesores para evitar que lo hubieran llamado inútilmente. Entonces Palacios frunció dolorosamente el entrecejo y me dijo con voz apagada: «Mi padre hace un año que murió de enfermedad adquirida en Marruecos; era capitán de Artillería y por su muerte hemos tenido que venirnos mi madre y yo a Madrid.» Esta desgracia de mi nuevo amigo hizo que me aficionara más a él, y cuando le dije que mi padre también era militar se alegró bastante. El quiere demostrarme su amistad ofreciéndome cigarros, pero como no me gusta el tabaco se los rechazo; a veces tanto insiste que, porque no lo tome a desaire, me los guardo, y cuando lo veo falto de tabaco lo saco del apuro volviéndoselos a dar.

Es un buen chico por todos sentidos y, como he podido observar en muchos hijos de militares, tiene una extremada caballerosidad; es el primero en interponerse entre dos que riñen, en ponerse del lado del débil y en indignarse de cualquier injusticia. Es además respetuoso y disciplinado como un soldado por haber estado dos años en el Colegio de Infantería, donde hacían vida de reclutas con profesorado militar. Esta circunstancia me lo dio a conocer en primer lugar por contestar a la llamada en lista con la voz de «¡Presente!» en lugar de «¡Servidor!», como decimos todos, y en segundo por un gracioso incidente en clase de Etica: fue a pedirle una explicación a don Silvano y dijo: «Mi capitán...». Ante las risas de los alumnos rectificó confuso.

Vive fuera de Madrid, en una barriada distante siete u ocho kilómetros, y como si viniese en tranvía tendría que gastarse diariamente cerca de una peseta y su madre no debe estar muy sobrada de dinero, hace el sacrificio de ir y venir andando, para lo cual tiene que salir de casa hora y media antes de empezar las clases. Se comprende que su madre realiza un verdadero sacrificio porque su hijo, que es único, acabe el Bachillerato, para lo cual no le faltan más que dos asignaturas. Piensa examinarse en enero, mes en que hay exámenes extraordinarios para los que se hallen en tales circunstancias. Hablando de esto me dijo varios días antes de vacaciones: «Lo malo es que vamos a separarnos pronto, queda tan poco para enero...; es lástima.» «Sí, es lástima», repetí. «Voy a ver si convengo a mi madre —me dijo con decisión— a que me deje examinar en junio, porque a decirte verdad tengo muy mal preparadas las asignaturas para enero.» Le animé a que así lo hiciera, pero añadió: «Todo iría muy bien si no me corriera prisa el acabar el Bachillerato para poder empezar a hacer algo de provecho.» Comprendí la razón que llevaba y me callé.

Hace unos días le tocaron en la Lotería tres duros, y fue de ver el esfuerzo que hizo para meterme en el bolsillo un par de pesetas, que de ninguna manera acepté.

Es un nuevo amigo éste que quiero conservar porque es de noble corazón y a quien la muerte de su padre en edad en la que ha podido darse cuenta de la desgracia le ha dado un tono de bondadosa y resignada melancolía. También he notado que es un admirador sin condiciones de las chicas —pocas— que tienen buen físico, en nuestro curso.

ENERO

(1921)

Los devotos del humo

1-SABADO.—El redactor del diario «La Voz» que hace unos meses sostuvo una pintoresca entrevista con un bedel del Instituto, le preguntó qué es lo que a los estudiantes les gustaba más, refiriéndose a las asignaturas, y el informador le contestó: «¡Oh!, lo que más les gusta es fumar.»

Es la verdad, en efecto: la pasión más grande de los futuros bachilleres es dar unas chupadas a un cigarro, cosa que unas veces me hace reír y otras me crispa los nervios, según las circunstancias. Si lo hicieran solamente los alumnos de quinto y sexto podría pasar, puesto que los hay ya que son mozalbetes regulares; pero es el caso que los alumnos de primero y segundo año, que son muchachitos que oscilan entre los ocho y diez años, apenas salen de clase se ponen la colilleja en la boca. Creo que hace unos años la Dirección se propuso cortar esta manía, es decir, que si se quería fumar lo hicieran en la calle, pero no dentro del Instituto y sus claustros; pero, por lo visto, no logró absolutamente nada, y este año, aunque a escondidas, he visto yo fumar hasta dentro de algunas clases.

Mientras esperan de una clase a otra en las galerías, los alumnos se dedican a dos cosas primarias: a rondar a las compañeras y a pedirse mutuamente cigarrillos. Pero esta busca de tabaco se hace de un modo tremendo; a manera de caza furiosa. ¡Desgraciado de aquel a quien se le haya visto una cajetilla con más de dos cigarros!, por lo cual muchos suelen llevar un bolsillo repleto y una petaca vacía, y al sufrir una petición de cigarros sacan la petaca y la enseñan con desesperado y elocuente gesto. Pero al pobre que ha tenido la poca precaución de mostrar cigarros, más le vale irse del Instituto hasta que se le acaben; le acosan de mil modos, con súplicas, con amenazas, proponiendo trueques o ventas, recordándole pasados y discutibles favores, y, por fin, si el afortunado poseedor del tabaco es débil, los pedigüeños echan por el camino más corto, que es el de desvalijar violentamente al dichoso y repartirse el botín.

¿A qué se debe este afán de dar chupadas a un hediondo cigarro? Para mí, que me gusta encontrar el porqué de las cosas, me parece descubierto el secreto. Estoy de acuerdo que el que se acostumbra a fumar, aunque parezca imposible, acaba por encontrar en el cigarro un placer no superable; pero también es necesario reconocer que, sin excepción, para todo aquel que no ha cogido en su vida un cigarro en la mano, la primera vez

que da una chupada le sabe a demonios encendidos, y esto no se puede discutir porque no hay más que ir preguntando a los fumadores empedernidos. Luego he aquí que el fumar tiene un vicio de origen, que es el no incitar «de por sí» en los principios a seguir con la costumbre, cosa que no sucedería con el que tuviera el vicio de chupar caramelos o con el que, por desgracia, lo tuviera de emborracharse, porque ambas cosas, al menos, saben bien. Que después de estar una temporada fumando guste el tabaco es una cosa que ya he dicho que me explico, por aquello que «el hombre es un animal de costumbres». Queda, por tanto, explicarse el poderoso motivo que impulse a un chiquilicuatro a seguir chupando un cigarro desoyendo las enérgicas protestas de su paladar y frecuentísimamente de su naturaleza; pues bien, el motivo, al menos aquí, en el Instituto, son las muchachas.

En efecto, es cosa que mueve a risa el afán que tienen los estudiantes, desde el primer curso al sexto, de dárseles de hombre hecho y derecho, y muy principalmente delante de la bella y cara mitad del género humano. ¿Y cómo se adquiere la cualidad y carta de naturaleza de hombre, con todas sus prerrogativas? Muy sencillo: dándole airoas chupadas a un cigarro; no hay otro recurso. Mil veces he observado cómo se conduce el afortunado chico —de los ocho a los veinte años— que logra atrapar un cigarro: se acerca a un cofrade y le pide su cigarro para dar fuego al suyo (esta manera de encender es la más usada, primero por parecer de más hombría y segundo por la natural escasez de cerillas y demás artefactos fumatorios); ya encendido, da una larga chupada, sin poder reprimir un gesto de dolor, como si le barrenasen las entrañas (porque el tabaco que usan por aquí mataría con sus emanaciones a un elefante), y aquella boca, que quizá hace corto tiempo que abandonó el biberón, lanza espesas nubes de humo. Pero a las primeras chupadas procura ponerse frente al aula donde las chicas aguardan el turno de clases, y si están paseando, mejor. ¡Ahí es nada que Luisita vea a Manolito, a quien creía un despreciable chiquillejo, dar chupadas con la soltura de un carabinero! Y aún está expuesta a que, en castigo de su ligero juicio, reciba una bocanada de humo en pleno rostro. Esto es, pues, lo que más contribuye a propagar el vicio de fumar.

Dada la voz de entrar a clase, el fumador guarda el cigarro a medio consumir entre dos hojas de la declinación latina, a esperar otro descanso. Entre los más pequeños, el fumar un cigarro sólo un individuo es caso más raro; lo más frecuente es que se formen sociedades en comandita para usufructuar un pitillo, y puestos en círculo chupan por turno, al modo como los comanches fuman el *calumet* de paz.

Es pues el Evangelio de estos devotos del humo que para obtener el «marchamo» de hombre, hay que tener un cigarro entre los labios... ¡infelices! ¡Y cómo ha producido el tabaco sus estragos en algunos desgraciados! El más digno de lástima es un chico apellidado Gaitán, a quien trato algo; tiene unos diecisiete años, delgadísimo y con dos vivas rosetas en las mejillas; debió nacer con el cigarro en la boca, y ahora no se le cae de la boca; el desdichado se suicida a ciencia cierta, respira con trabajo y hasta se le ha detenido el crecimiento, pero ¡qué importa morir, si los demás admiran a aquel fantasma viviente sostener con trabajo el cigarro en los labios!

Amigos que me aprecian me han ofrecido con frecuencia cigarros; unas veces los rehuso, y otras los tomo, y cuando quiero captarme las simpatías de alguien o lograr un favor le regalo un par de ellos, rasgo de generosidad

sublime. Y el caso es que quizá mis queridas condiscípulas me miren un poco de arriba abajo por no lanzar airovas bocanadas de humo. ¡Qué se le va a hacer!

Los bedeles

7-VIERNES.—Del personal del Instituto, quienes más conviven, luchan y bregan con nosotros son los bedeles, personajes dignos de toda consideración. Los catedráticos al fin y al cabo no están con nosotros más que una hora diaria, pero los bedeles son los encargados de poner en orden la república estudiantil por los pasillos, que son el campo de sus desmanes. Son en el Instituto bastantes, pero hablaré de los que están adscritos a nuestro curso, ya para el servicio de las clases, ya al servicio de un catedrático, a modo de ayudante de órdenes. Su uniforme oficial lo constituyen un pantalón y chaqueta azules con galones dorados, y una gorra asimismo galonada; sobre el cuello llevan las iniciales I. S. Pero el uniforme completo lo llevan muy pocas veces, nada más que en los actos de solemnidad, y comúnmente visten un traje cualquiera con sólo la condición de llevar la gorra de uniforme.

El jefe de todos ellos es el llamado Conserje, señor al que no conocemos mucho porque evita su familiaridad con los estudiantes; sólo he de decir que tiene un tipo de verdadero hombre de mando: de unos sesenta años, aunque tieso y gallardo, grandes bigotes y barba blanca y mirada imperativa; tiene un no sé qué en su porte que le da aspecto, no ya de jefe de bedeles, sino de general de división. Su especial cometido es el de atender al Director cuando viene.

Entre los de nuestro curso hay uno bastante simpático; le llamamos familiarmente Pepe, es un muchachillo de unos veinte años, completamente afeitado y de cara aniñada. Es amigo de bromear con los estudiantes, lo que le ha perdido, pues no podrá nunca tener sobre ellos una pizca de autoridad; su lado flaco está en las alumnas talluditas; las acompaña finamente hasta la puerta de clase, caso de que vengan tarde, y no desaprovecha ocasión de largarles algunos piropos y galanteos; pero todo con la mayor mesura porque ello le podría costar el destino, ¡bueno es el Conserje-General!

Pepe está al servicio de las clases de Agricultura y Etica, pero junto con otro compañero, Lázaro, cuyas características son la antítesis de su alegre compañero: es un hombrón robusto, alto y de macizas formas, tipo ideal de granadero napoleónico; manos musculosas y velludas, pies enormes, bigotes rojos y caídos a lo chino y ojos siempre semicerrados cual si temiese a la luz. Es hombre de poquísimas palabras, que no contesta más que por monosílabos y que pasea siempre a grandes zancadas. Un hombre de estas condiciones no se presta a que sea muy popular entre los alumnos, pero lo es por las siguientes circunstancias: las clases de Agricultura y Etica eran, como se sabe, las más desordenadas y escandalosas; pues bien, en las numerosas ocasiones en que los respectivos catedráticos se han visto en la necesidad de expulsar a un alumno levantisca, han acudido siempre al bueno de Lázaro; si hubieran llamado a Pepe, la algazara quizá hubiera aumentado al ver a aquel medio chiquillo en la necesidad de ponerse enérgico para ejecutar la difícil ejecución. Pero Lázaro venía, oía sin pestañear la orden del profesor y sin decir palabra avanzaba hacia el delincuente trincándolo por un brazo con su manaza velluda, de esta manera salía del aula a grandes pasos arrastrando tras sí a su prisionero. Los catedráticos lo aprecian

bastante, sobre todo don Vicente, el anciano profesor de Agricultura quien debe estarle agradecido por haber sido para él más de una vez ángel protector.

En la clase de Historia Natural tenemos otro tipo interesante, Plácido, que es, además de bedel adscrito a la clase que he dicho, el «hombre de confianza» de don Gonzalo, al que ayuda en las prácticas de gabinete y le saca los bichos disecados necesarios para la explicación. Es un hombre bajito y rechoncho, manos gordezuelas, cara ancha y redonda como luna llena de abultados mofletes, boca grande y nariz roma; sus dos principales rasgos son una mirada llena de bondad y una perpetua sonrisa que nunca, nunca le he visto perder, ni en las ocasiones en que los alumnos, abusando de su bondad, se le han subido por los hombros.

Los caracteres físicos revelan ya los morales, y en efecto, su bondad es inagotable; cuando quiere reprimir algún alboroto lo hace benévola y con paternales consejos. Fijándose en su mirada bovina, su pachorra y su gordor, un alumno egiptólogo y agudo lo ha bautizado con el mote de «Buey Apis», y así ha quedado bautizado para *in eternum*. Perpetuamente lleva una bata blanca puesta que contribuye a acortar más su exigua estatura. Solamente he visto en el buen Plácido una cosa en que, sin dejar su bondad, se pone enérgico: en evitar todo contacto y correspondencia entre los dos sexos estudiantiles. ¡Cosa más rara!; sin duda cree a pie juntillas que existe un artículo en el reglamento del Instituto que prohíba severamente el acceso de ellos y ellas. No bien ve a un estudiante dirigir la palabra a una compañera, aunque sea desde lejos, se acerca a él amigablemente diciéndole: «Vamos, vamos, vaya usted a pasear», por lo cual hace que a pesar de su bondad sea malquisto por ambos interlocutores a la vez. Quédame por decir de Plácido que es el único bedel que, en caso de faltar don Gonzalo, el catedrático a cuyas órdenes está, sería capaz de explicar con lucimiento la clase; tan compenetrado está con dicha asignatura con la que hace cerca de veinte años que tiene relación.

Tomás es otro de los bedeles que pertenecen a la categoría de «ayudantes de campo», y él lo es de don Remigio, el catedrático de Química. Es uno de los casos más raros que he visto de identificación de caracteres entre amo y criado; Tomás tiene el mismo carácter adusto, seco y cortante de don Remigio, por lo cual no lo pueden ver los estudiantes, que si respetuosos con el catedrático por su cargo, a Tomás procuran hacerle las mayores perre-rías. Es lo peor que se da unos grandes aires de superioridad como si él fuese el titular de la asignatura. Es delgado y alto, pero musculoso, de cara avellanada y de mirar insolente. Por mal de nuestros pecados este fue el bedel que facilitó a un redactor de *La Voz* unas informaciones acerca de nosotros, y como no son muy cordiales sus relaciones con los alumnos recargó bastante las tintas negras.

A don Remigio no le gusta que cuando esté dando la clase haya nadie en la galería que da acceso al aula, y su perro fiel, Tomás, cumple el encargo expulsando a puntapié limpio al que encuentra en la zona peligrosa. Sin embargo los más atrevidos se vengán dejándole caer desde lo alto de las escaleras libros, pelotas de papel u otros proyectiles arrojados, y él, cuando no tiene al agresor a mano para castigarlo *manu militari* lo asusta diciéndole que le va a hacer perder el curso (¡un bedel!).

Esta es la galería de bedeles de nuestro curso; me ha faltado para completarlo dar a conocer un cargo nuevo que ha habido que crear hace dos o tres años en vista del creciente influjo del elemento femenino, y es el de

«bedela», que cuida de todas las chicas sin distinción de cursos y procura tenerlas encerradas en una sala de descanso y evitar que devaneen por los pasillos. Es esposa de un bedel, y la buena señora parece muy ufana de su cargo, siendo capaz de sacarle los ojos al osado que entrara en el gineceo.

Como se quiera llevar a un bedel a conversación algo más seria, lo primero que tiene uno que oír es la eterna canción del exiguo sueldo que tienen. No sé si será verdad o la rutina de quejarse siempre; cuando cogen un periódico buscan con afán la sesión de Cortes por si se ha hablado de una probable subida de sueldos a los empleados del Estado. Y esto se nota en el hecho de que, al irse a dar las vacaciones casi todos los bedeles de nuestro curso suplicaron de un modo más o menos encubierto le diésemos un pequeño aguinaldo para ayudarles a pasar las Pascuas¹².

Vuelta a clase

11 - MARTES.—Acabaron por fin las largas vacaciones y esta mañana ha vuelto la turba estudiantil a invadir las galerías del Instituto. De este tiempo de holganza han sacado casi todos: un gran aburrimiento, un olvido completo de todo lo que hasta aquí llevábamos estudiado, y una pereza mental muy grande, costando gran trabajo aprender una docena de líneas. ¡Con qué alegría nos hemos vuelto a ver! ¡Quién se acordaba de las pasadas luchas en pro de las vacaciones!; ya, hasta los definitivos exámenes. Cuando entré en el Instituto reinaba un barullo indescriptible, todos se saludaban, todos se comunicaban sus sucesos en las vacaciones y... todos se pedían pitillos unos a otros. Me topé con mi excelente amigo Juan Palacios, el huérfano, y mientras me estrechaba la mano me dijo sonriendo: «Al fin hasta mayo juntos.» «¿Pues qué?», inquirí. «He convencido a mi madre de que no debo ni puedo examinarme en este mes; tres meses de estudio de una asignatura no bastan, y luego estas vacaciones...» Sentí sincera alegría, y acto seguido nos pusimos a pasear por las galerías enfrascándonos en animada conversación. Me habló de haberse dedicado a leer diversas obras literarias durante estos días, pues uno de los más preciados bienes que su padre le dejó consistía en una biblioteca con diversas obras clásicas, y ni cortos ni perezosos nos dedicamos a criticar y comentar diversas obras célebres, dando la casualidad que estaba leyendo, al tiempo que yo, la célebre obra de Sienkiewicz *Quo vadis?*, y hablamos de los caracteres admirables de Ligia, Vinicio, Petronio, el hercúleo Ursus, etc. Me expuso un pensamiento sobre la lectura que encuentro acertado. «¿No es verdad —me dijo— que cuando uno es pequeño, y en general, la gente inculta, no toma de las grandes obras que lee más que la acción "en bruto"? Es decir, que no sigue más que las peripecias de los personajes, tomando partido por alguno de ellos a quienes califica de "buenos" en contraposición de los "malos".» Y sin embargo, cuando se es mayor y se tiene más cultura se lee de otra manera, porque en el campo de la obra literaria aparece un personaje que para el vulgo no tiene importancia, y es el autor de la obra, con quien se identifica uno llegando a adelantarse a sus pensamientos.»

Volviendo a este día, nuevo «segundo» día «primero» de curso, he de decir que han vuelto todos. Ha vuelto la delicada Raquel, más cuidadosamente arropada; volvió Margarita, la compañera más coqueta, la de los vestidos a la «última», armando un estrépito de risas con sus condiscípulas; volvieron sus adoradores, dejando escapar ahogados suspiros y espirales de

de humo, y volvieron por último, los agitadores de profesión, prometiéndose hacer en no mucho plazo una «sonada». El «Buey Apis» sigue firme en su puesto, y el director, don Marcelo, pasó ante mí dando furibundos bastonazos y tan tieso.

Don Vicente y don Gonzalo tuvieron para nosotros palabras de bienvenida y halagüeñas esperanzas, sobre todo el último conociendo con su sana experiencia que ninguno habríamos estudiado una palabra de su asignatura durante las vacaciones tuvo la atención de no preguntarnos nada, entreteniéndonos en enseñarnos una colección de postales de lejanos países y contándonos los viajes que ha efectuado por Europa, siempre con charla amena y bromeando para ponerse a nuestro nivel.

Sin embargo don Remigio nos contempló desde su sitio una vez que hubimos entrado en el mayor silencio; nos tuvo cinco minutos en un silencio sepulcral sin pestañear y sin que un solo músculo de su cara revelara alguna alegría por volvernos a ver, y pausadamente, como si la clase se hubiese interrumpido el día anterior, empezó cual otro fray Luis de León: «Decíamos ayer...» Son caracteres.

Consecuencias de un cambio

15 - SABADO.—Insensiblemente y sin darme cuenta me voy aficionando bastante a las explicaciones de don Silvano, el profesor de Etica, quizá por el singular modo que tiene de dar su clase, sin preguntar jamás y dándole un carácter de conferencia y aun a veces de mitin. Ya tuve el pesar de consignar al principio de curso el desastroso modo como tenía de dar las clases, imperando una anarquía que rayaba en lo inaudito, pero de pronto, y como ya dije, se puso enérgico y ha logrado que se esté en silencio. Sensible es que sea esto sólo lo que haya logrado, que ya es bastante, porque lo que es que sus alumnos atiendan a sus explicaciones, de ningún modo; los alumnos no escandalizan, pero uno lía un cigarro para cuando salga, otro dibuja sobre el libro la silueta de la alumna de su predilección, estotro examina la máquina de un reloj, y sólo de higos a brevas se le ocurre a alguno comentar lo dicho por el catedrático. He observado que a veces, para lograr sacar a la clase del marasmo en que se halla suele soltar cualquier estridencia, no fonética, sino de ideas, especie de golpes teatrales con los que consigue que todos levanten la cabeza y atiendan un cuarto de minuto. Por ejemplo, una de sus manías es presentar a la Religión bajo un aspecto nuevo, original o insospechado, apelando para todo al Evangelio. «A los padres —dice de pronto al tratar de algo relacionado con este punto— no se les debe prestar tanta obediencia como cree la gente ignorante.» Expectación y algunos murmullos. «No hay que extrañarse —agrega—; en el Evangelio está: "Aquel que ame a sus padres más que a Mí, no es digno de Mí".» Otra vez por ejemplo: «... porque el anarquista no es lo que cree el vulgo, un sujeto de muchas barbas con una bomba en la mano; nada de eso, es un ser con ideas propias y razonadas, y no tengo más que deciros que quizá el primer anarquista fue Jesucristo.» Extrañeza de todos los que ignoraban que Jesús hubiese volado con dinamita la casa de Pilatos. «No, no son cuentos, en el Evangelio está. ¿Os parece que la acción de arrojar a los mercaderes del templo a correazos fue obra de paz?» Y así mil cosas más, todo ello destinado sin duda alguna a picar un poco la curiosidad de sus entretenidos discípulos. Se conoce que es un señor que desea dar a conocer algunas teorías socialistas poco difundidas.

das, si bien conoce que nosotros somos oyentes poco adecuados para ello; algunas veces lo he visto verdaderamente exaltado vociferando párrafos doctrinarios, sin que a la clase no le llamara la atención más que sus gesticulaciones.

Una de las grandes preocupaciones de don Silvano, según creo haber dicho ya, son las muchachas; es el profesor que con menos gusto ve que asistan a clase, y aunque permita que los alumnos levanten un poco la voz, el que dos muchachas conversen en clase lo pone fuera de sí y les lanza violentas filípicas.

A pesar de todo, don Silvano dice cosas bastante atrayentes siempre que no le dé por las salidas de tono. Hoy habló de la «Propaganda y contagio social», y todo lo que dijo se puede resumir en este ejemplo gráfico que él puso: «En un corro de individuos que estén conversando, a uno se le ocurre de pronto decir una barbaridad de mal gusto, otro dice otra mayor, otro sale con una aún más notable y en el corro por fin no impera más que la pornografía y la obscenidad; basta que uno de los conversadores se ponga serio de pronto y desvíe hacia otra parte la conversación para que los demás le sigan y varíe la decoración por completo. Si los habitantes del globo se dividieran en mil partes, novecientas noventa y nueve de ellas imitan ciegamente lo que la parte restante haga. Seamos pues nosotros de esta parte; si obramos bien o mal seamos, al menos, iniciadores. No hay que ser como las ovejas de una rebaño: allí por donde la primera ha saltado, saltan las demás neciamente.»

La idea de don Carlos

19 - MIERCOLES.—Un catedrático perteneciente a cuarto curso ha lanzado entre los estudiantes de sexto principalmente una original idea que en unos ha producido entusiasmo y en otros, los más, sabrosas pullas. Presentaré primero al catedrático, y luego daré a conocer su proyecto. Don Carlos se llama el catedrático citado y desempeña la cátedra de Preceptiva Literaria e Historia de la Literatura¹³; es uno de los profesores más cultos con los que cuenta el Instituto, amable y entusiasta como pocos de su asignatura, sobre la que ha escrito bastantes tratados y antologías. Más de la mitad de su entusiasmo la guarda íntegra para Cervantes y su gran obra, el *Quijote*, autor y obra que constituyen su obsesión, su manía; con ser tan amable creo lo haría montar en cólera quien hablase mal o ligeramente del Príncipe de los Ingenios, nombre que pronuncia inclinándose; el principal libro de texto de sus dos clases es el *Quijote*, y ¡desgraciado del que confesara no haber leído esta obra! Por rara casualidad se parece don Carlos en el físico a Cervantes, a juzgar por los retratos que del gran escritor nos quedan: en efecto, el catedrático que me ocupa es de estatura regular pero seco y enjuto de carnes, nariz aguileña y largos y puntiagudos bigotes; su edad es más de cincuenta años.

Pues bien, don Carlos, que también admira la literatura griega, se ha entrevistado con algunos alumnos y alumnas de nuestro curso y les ha hecho saber que se propone que representemos en un teatrillo instalado en la «Capilla» nada menos que ¡*Las Aves*, de Aristófanes! Bien pronto la idea, como pasa entre gente joven, ha llenado de entusiasmo a ellos y a ellas aunque entre éstas hubo quien hizo un mohín de disgusto al conocer el proyecto. Verdad es que el propósito de representar a estas alturas una comedia griega antigua tiene en sí algo de cómico, contrastando esto con la seriedad y solem-

nidad con que don Carlos quiere revestir al acto. Así ha pasado que casi todos los alumnos más bromistas y alegres han apoyado la idea con furor al par que los que participan de las ideas de don Carlos se muestran indiferentes porque con elementos tan superficiales auguran un fracaso. Así uno de los que han formado la comisión organizadora hablaba hoy de ir a proponer a don Carlos que, para destruir el efecto de tal antigualla, después de la comedia aristofanesca una señorita se remangase el «peplos» y se marcasse un fandango. Y el muy caribe lo hará, sintiéndolo yo por don Carlos, quien, a mi juicio, tiene formado un concepto equivocado de los honorables alumnos del sexto y último curso.

Yo creo que todo va a quedar en agua de borrajas por la inexplicable ligereza de los alumnos de ambos sexos, pues es lástima que disponiendo de jóvenes entusiastas y alumnas encantadoras no se hagan cosas de verdadero valor.

Un incidente

22 - SABADO.—Hoy ha tenido lugar un incidente desagradable por todos los conceptos entre el joven bedel de Agricultura, Pepe, y un compañero de sexto a quien también he dado a conocer con motivo de una expulsión que sufrió de la clase de Etica, llamado Guerra. Guerra es un muchacho andaluz, natural de Cádiz, y por hacer honor a su tierra es devoto de los toros, de las «juergas» y de la bulla; por el mismo motivo es impenitente tenorio y se las da de gracioso, no dejando a veces de desternillar de risa sus ocurrencias. Con no ser del todo antipático tiene el defecto de convertir en sesiones de circo muchas de las clases que se prestan a ello, verbigracia la de Agricultura, para lo cual recurre a varios golpes de efecto: no entra con todos a clase sino que aguarda que haya empezado, y al entrar simula que ha tropezado y va dando cabriolas hasta su sitio; otras veces, ya en su sitio, se quita de golpe el gabán con la chaqueta y se queda en mangas de camisa, fingiendo gran turbación al advertirlo; al oír su nombre en lista contesta: «¡Servilleta!» A todas estas cosas el viejo don Vicente contesta mirándole con aire fatigado y menea la cabeza. Es un chico, en fin, que aunque no es malo, a los malos les sirve de masa inerte para sus algaradas.

Pues bien, Guerra se hallaba esta mañana conversando conmigo en la planta baja cuando acertó a pasar una alumna de quinto año, joven que por haber acudido tarde al Bachillerto es crecida y guapa. Sin poder reprimirse mi compañero cortó el paso a la alumna y le dirigió uno de esos requiebros largos y apasionados, en que son maestros los andaluces; la joven bajó los ojos ruborizada y torció a la derecha para continuar su camino, pero Guerra volvió a interponerse y siguió entonando una letanía al físico de la muchacha, continuando esta escaramuza durante unos segundos, escapando ella al fin. El andaluz se sintió entonces cogido por un brazo, se volvió y se encontró con el bedel Pepe, pálido y temblando de ira. «¡No vuelva usted más a molestar a una alumna! —balbució—. ¡No vuelva usted nunca a hacer de esa manera!» «Lo haré siempre que me convenga», dijo el otro con su cachaza andaluza. «En la calle hará usted lo que quiera —exclamó el bedel que se exaltaba por momentos— pero aquí se guardará muy bien; lo digo y basta.» «En primer lugar sería necesario ver si he molestado a la chica, para lo cual podíamos preguntárselo —dijo el gaditano— y en segundo yo soy dueño de piropear a quien me dé la gana.» «¡Hágalo y perderá usted las muelas!» «¿Quién, yo?»

Me hallaba presente a tan desagradable escena y al ver que preparaban los puños me disponía a intervenir, cuando del grupo de alumnos que habían acudido atraídos por las voces, salieron voces de zozobra: «¡Que viene el Director!» Los contendientes y el grupo fingieron indiferencia y don Marcelo pasó solemne. Esto evitó que el incidente tomase un aspecto violento. Cuando el Director entró en su despacho el bedel gritó al alumno: «¡Lo veremos!» «Cuando quieras», contestó Guerra.

Todos coinciden en opinar que el bedel tomó con demasiado celo la defensa de la alumna, y como el gaditano dijo con su experiencia tenoríesca, haría falta saber si la joven quedó muy molestada.

Acontecimiento

27-JUEVES.—El día 1 del mes próximo los reyes de Bélgica llegarán a Madrid para visitar a nuestros monarcas, y este acontecimiento tiene gran importancia para la grey estudiantil por varios motivos. Vienen los monarcas extranjeros con una especie de misión o embajada de los estudiantes belgas, y para ello aquí se organiza una recepción que el rey belga da a los estudiantes españoles. En resumidas cuentas, tres o cuatro días de vacaciones, y como después da la casualidad que entra el Carnaval, pues... cerca de una semana; somos maestros en el arte de enlazar vacaciones.

Ha habido pues, estos días en el Instituto, los pequeños jaleos que suele haber en estas ocasiones, pues ante diez o doce días de asueto en perspectiva, ¿qué significan los pocos días que quedan hasta acabar este mes?... ¡A empezar hoy! Al acabar las clases esta mañana salió un bedel al vestibulo provisto de una larga escalera y con un cartelón rojo en la mano; apoyó la escalera en la pared y subió, ganándose una ovación cerrada de los muchos estudiantes que se habían congregado a contemplar la operación, pero él empezó a clavar concienzudamente la proclama en la pared. Cuando quedó puesta empezaron todos a leerla a gritos con un barullo formidable; tras la sacramental invocación de «¡Compañeros!» el aviso venía a decir que el día 1 por la tarde estuviesen los estudiantes todos en la Universidad, agrupados todos bajo su respectivo estandarte, con objeto de saludar a los reyes de Bélgica. Firmaba un comité estudiantil formado por algunos primates universitarios. Se dispersó la masa estudiantil haciendo comentarios sobre las fiestas en perspectiva y mirando el almanaque por si después de Carnaval hay alguna otra fiesta «enlazable».

Un pensador curioso e incógnito

30-DOMINGO.—Hace un par de días, paseando por una de las galerías del Instituto, hallé en un rincón en el suelo un pequeño cuaderno de notas, de hule negro; hice gestiones para dar con el dueño y no lo encontré, echándomelo al bolsillo sin darle importancia. Pero hojeándolo hoy he visto que está todo él lleno de párrafos escritos a lápiz en su mayoría, encerrando pensamientos, observaciones y poesías tan curiosas que ello me ha aumentado el deseo de dar con su autor, no tan sólo para devolverle su cuaderno, sino por trabar conocimiento con él; si el estilo revela al hombre, dicho estudiante debe ser un ente raro.

Con la misma curiosidad que don Quijote leyó allá en Sierra Morena el

cuaderno del loco Cardenio, leí yo éste, y vi que en la primera hoja había escrito lo siguiente:

«La mujer normalmente conformada, moral y materialmente sana de espíritu y de cuerpo, no puede ser total y absolutamente casta: forzosamente ha de sentir una simpatía acaso poco calificada hacia el hombre, tanto más imposible de excusar cuanto más obediente a la inmutable y maravillosa ley de atracción de los sexos, acaso la obra más humanamente divina del Creador.»

No sé si este párrafo será original o copiado por el dueño del cuaderno de alguna parte, aunque estoy por creer lo primero a juzgar por los muchos adverbios en «ente» con que viciosamente empieza. El fondo del pensamiento no deja de tener miga, y a mi juicio es una variante de un pensamiento de Rousseau que dice poco más o menos: «Existe una mal comprendida inclinación de la mujer hacia el hombre que no es precisamente el amor, sino la franca y desinteresada amistad que puede haber entre dos hombres o entre dos mujeres.» Es esta cuestión una cosa en la que alguna vez he pensado, diciéndome: ¿Por qué entre dos individuos de contrario sexo, cultos y discretos no pueden establecerse relaciones de «pura» amistad, como existen, según dice Rousseau, entre dos hombres o dos mujeres? Quizá estoy por creer que pueden existir, pero que la maledicencia pública no puede comprender tales relaciones y siempre supone entre dos individuos de edad adecuada relaciones amorosas. Así parece que lo comprenden, por otra parte, el desconocido escritor del cuadernito y Rousseau, ya que el primero dice que la mujer puede sentir esa simpatía «acaso mal calificada», y el filósofo ginebrino también dice que existe, pero «mal comprendida». Ahora que lo que dice mal a mi juicio, el ignorado escritor es que por eso la mujer no puede ser «total y absolutamente casta». Pues qué, ¿caso de existir esas puras relaciones de amistad entra en ellas algo de sexualidad o de sensualidad?, entonces tampoco son castas nunca las relaciones entre dos amigos, o dos amigas. Me asalta la sospecha, sin embargo, de que este ideal de relación entre hombre y mujer que yo creo puede existir, existe hace ya tiempo, y es lo que se llama «amor platónico» en su más alto grado. Pero en fin, no deja de ser molesto, tomando ya como campo experimental el mismo Instituto, que si a un estudiante se le ocurriera pasear tres días consecutivos con una muchacha, los demás compañeros y compañeras guñen el ojo y se digan: «Esos se han "arreglado"». Y lo que pasa casi siempre es que el estudiante que he puesto de ejemplo, al ver el estado de la opinión pública se apresure a arreglar las cosas dándole la razón, o sea, declarándose a la muchacha.

Pero sigamos leyendo. Viene después este pareado epigramático: «¡Oh, insignes paradojas de la vida, —la esposa más molesta es la querida!» Sigue después esta filosofía rimada que demuestra ser el autor de ella un hombre de resignación:

«Hay quien plañe su mal con ayes vanos
a mí me es todo igual:
¿Que no puedo fumar puros habanos?
¡Los fumo de a real!

El haberle inspirado el cigarro los anteriores versos me ratifica en la idea de que el autor debe ser un bachiller.

Continúa después este «cajón de sastre» literario con un poema grandilocuente en versos alejandrinos en el que rememora «el temple bizarro de

aquellos capitanes, que cruzaron el mundo del brazo de la gloria», y en donde hay mucha hojarasca y pocas o ninguna idea. Encuentro después esta aguda observación, hecha volviendo a caer otra vez en el tema del tabaco:

«Ocurre con el matrimonio lo que con el alcohol y el tabaco; todos están contentos en que es una salvajada casarse y en lo pernicioso del alcohol y de la nicotina. Todo el mundo abomina de estas tres cosas nefastas, y sin embargo, cada vez se casa más gente, y cada día hay más clientela en las tabernas y estancos.»

Síguese una composición en que el filósofo se nos muestra como furibundo anarquista y antimilitarista, diciendo así el primer terceto:

«Servicio de la Patria y del Estado
le llaman al vestirse de soldado:
esclavitud moderna diría yo...»

Es una poesía verdaderamente explosiva... y disparatada, ya que la idea que encierra es ésta: «Sirvamos a la Patria y al Estado como buenos ciudadanos, pero al rey que lo sirva su madre o sus criados.» Es decir, que este revolucionario incipiente ha tomado al pie de la letra la frase popular de «servir al Rey», y contra esto truena en su poesía.

Siguen unos cuantos pensamientos confusos y de difícil interpretación, no sólo por el sentido, sino que por estar escritos a lápiz y con mala letra parecen jeroglíficos egipcios. «Si un hambriento (?) —dice uno— durase más que cien abogados, cuando un abogado tiene hambre se llama Maquiavelo.» Dice otro: «Un ministro que quiere visitar las minas de Asturias manda enganchar el *break* de Obras Públicas a la estación del Mediodía», pensamiento de sátira política según se ve.

Se leen después muestras de versos completamente modernistas, empezando unos así: «Tiene negros con hondas...», al llegar aquí cualquiera creería que se trata de alguien que tiene una porción de negros armados de hondas, pero la clave la da el mismo verso que sigue: «... ojeras pasionales — los ojos fulgurantes..., etc.», de modo que los «negros» se refiere a los «ojos» y las «hondas» a las «ojeras»; dudo que en toda la literatura latina haya un ejemplo de hipérbaton tan violento.

Hay por fin esta agudeza histórica: «Las juntas de defensa que empezaron en cosas de soldados, han acabado en cuestión de porteras.»

Hasta aquí llegaba en sus apuntes el autor de ellos cuando perdió su precioso cuadernito y vino a parar a mis pecadoras manos. A mí no ha dejado de causarme enorme extrañeza el contenido de él; por el sitio en que lo he encontrado no puede haberlo perdido más que un estudiante compañero mío, y ¿es posible que haya un bachiller que ya no sea capaz sólo de fumar y gritar en los alborotos, sino de apuntar observaciones y filosofías, disparatadas o no, pero de propia minerva? Si existe reconozco que ha de ser un caso raro. Busquémosle.

Una reunión en «petit comité»

31 - LUNES.—Don Marcelo el Director citó a una veintena de alumnos de sexto para tratar del modo con que habríamos de proceder en la manifestación solemne de mañana en honor de los soberanos belgas. Esta tarde fuimos a la cita, encontrando a don Marcelo de un humor excelente; nos hizo

entrar en su despacho y formamos círculo alrededor de él silenciosamente. Después de informarnos de los rasgos principales de la fiesta nos dijo: «Y ahora bien, el estandarte del Instituto de San Isidro que hace unos cuantos años no sale de aquí, saldrá mañana encomendado a vosotros; de aquí saldrá con honra, ¿lo devolveréis con honra?»; esto lo dijo, no en serio, sino con un cómico y melodramático acento, aunque le contestamos que sí con la mayor seriedad. Llamó entonces al conserje y le dijo: «A ver, el estandarte.» Descorrió aquél con solemnidad no exenta de emoción una cortina adosada a la pared y apareció la enseña: un trozo cuadrado de raso verde en cuyo centro campea el antiguo escudo de la Villa de Madrid, consistente en un oso apoyado en un madroño, encima una corona y alrededor la leyenda «Instituto de San Isidro». Todo ello sobre un mástil de madera y adornado con dos largos cordones de seda. Yo veía al estandarte por vez primera.

«Ajaja —dijo don Marcelo revolviendo su cuerpecillo en la poltrona—. Mirarlo, todo seda pura, sin mezcla, perfectamente bordado con oro bueno, vedlo ahí. ¿Sabemos hacer las cosas con rumbo?» Luego continuó: «Bueno, mañana os volvéis a reunir aquí a la una y cuarto, porque mañana no habrá clase, ¿me habéis oído *sotto voce*?» No pudimos reprimir la carcajada al oír tan trascendental «nueva» dicha con aire de traidor de tragedia. «Os reunís y os hago entrega del estandarte —prosiguió— y ordenadamente os dirigís a la Universidad; allí una comisión de ustedes sube y le dice al rector: "Señor rector, los alumnos del Instituto de San Isidro, cuya representación traemos, venimos a sumarnos al homenaje que se le tributa a los soberanos belgas, y por lo tanto nos ponemos bajo vuestra protectora égida." ¿Eh? ¿Qué tal el parrafito?» Dijimos que bien, pero no sé porqué muchos se miraron con cara de extrañeza y socarronería repitiendo por lo bajo la palabra «égida», y al notarlo don Marcelo dijo: «Bueno, si lo de "égida" se os atraviesa no lo digáis, porque si a lo mejor os pregunta el significado de la palabreja y no lo sabéis... no, no la digáis». «Procederé ahora —continuó— a tomar el nombre de los que os hacéis cargo del estandarte porque vosotros responderéis de él.» Sacó un lápiz y papel y empezó a apuntar nombres, menudeando las bromas a propósito de algún apellido raro o del aspecto del individuo. No he visto nunca a don Marcelo de tan buen humor.

«Pues bien —dijo para terminar— quedáis encargados para mañana del estandarte; ya sabéis que si lo arrastráis, arrastráis con él la honra del Instituto y la vuestra. Yo enviaré con ustedes dos bedeles, no para que os vigilen, pues confío en vosotros, sino por si hacen falta para algo.» Lo acompañamos hasta la puerta, subió a un coche y se alejó.

FEBRERO

¡Viva Bélgica!

2 - MIERCOLES.—A la una y cuarto llegué al Instituto donde ya había tres compañeros, y después de aguardar media hora nos reunimos unos quince individuos. Como el tiempo apremiaba no quisimos esperar más y se sacó el estandarte, pero ¡sí que fue bueno! Cuando se trató de quién habría de llevarlo todos se excusaron bonitamente y la gloriosa insignia se vio abandonada. Por fin después de muchas disputas y gritos un forzado estudiante

se decidió a ser portador de la enseña, dando la sensible coincidencia de que tal individuo es el más informal y enredador que hay. Salimos a la calle después de habérse nos agregado dos bedeles, y al mozo del pendón le dio por correr tanto que tuvimos que seguirlo jadeando y con la lengua fuera. Con varia fortuna hicimos la travesía hasta la Universidad e hicimos entrega del estandarte en Secretaría, dirigiéndonos luego al Paraninfo. No había entrado nunca en este sitio, que es donde se celebran los actos escolares más solemnes, y vi que consistía en un inmenso salón, alfombrado y con el techo decorado con frescos donde figuraba una galería de retratos de hombres de ciencia antiguos.

Con gran sorpresa vimos que en el salón había un centenar escaso de personas, a pesar de la profusión de proclamas repartidas el día anterior invitando al acto. Esperamos allí una larga hora y entretanto fueron viniendo otras entidades estudiantiles con sus respectivas enseñas: Escuela de Comercio, Facultad de Farmacia, Normal de Maestros, etc. Los estandartes eran colocados a ambos lados de la presidencia, en donde había, además, una bandera española y otra belga. Una porción de jóvenes con lacito rojo en la solapa ponían orden confusamente y pedían silencio con gran estrépito; necesario es tener bastante espíritu de sacrificio para desempeñar tales cargos, porque los susodichos jóvenes sufrían una porción de pullas e impertinencias de los bromistas estudiantes.

Entretanto se llenaba el salón de muchachos, notándose la más absoluta falta del elemento femenino, detalle muy elocuente, pues ello significa el desorden y falta de seriedad con que estas manifestaciones siempre se celebran, en donde no quieren las alumnas verse atropelladas ni hacer un mal papel. Hubo un movimiento en la multitud y empezó a organizarse la comitiva; al fin todos nos hallamos en la calle, y apenas se vieron en ella todos los manifestantes se dieron a correr como endemoniados; al ver el giro que tomaba aquello me retiré a una acera dispuesto a seguir de lejos a mi insignia y pronto vi cómo la mayoría de los alumnos del Instituto hicieron lo mismo. Así es que el estandarte nuestro quedó rodeado de una turba de chiquillos gritadores y conducido por un zángano que saltaba y daba vueltas. Sin incidente de mayor cuantía seguimos el itinerario marcado y entramos en la plaza de la Armería de Palacio. Miré tras de mí y vi que al fin del recorrido nos habíamos reunido una enorme masa; todos se empeñaban en estar cerca del balcón por donde decía que iban a asomarse los Reyes y para ello se apretaban contra el muro de Palacio; y es el caso que por el lado opuesto una sección de soldados con la bayoneta calada rechazaba a los manifestantes apartándolos del muro. Nunca he sentido sensación más terrible que en las pocas ocasiones en que me he encontrado rodeado por todas partes de miles de personas, haciendo toda presión y desarrollando una fuerza espantosa; a pesar de estar uno incrustado en cuerpos humanos se siente perdido en un océano; el pecho, aplastado, pierde la respiración, y falto de propio movimiento hay que abandonarse a los de la masa que lo lleva en vilo de una a otra parte. Por haberme puesto en la cabeza de la multitud me encontré entonces en tal caso, y a duras penas pude salir a un sitio libre y donde corriese el aire, encontrándome con los hermanos gemelos, Manuel y Emiliano. Allí permaneció la manifestación cerca de media hora ante los balcones, aplaudiendo de cuando en cuando y sin motivo, por hacer algo. Al fin alguien gritó: «¡El balcón se ha abierto!» Se hizo un silencio sepulcral y todos los ojos se elevaron: en la balaustrada apareció un hombre alto y delgado, de escaso bigote y

ancha frente; vestía un uniforme militar color ceniza y ostentaba multitud de condecoraciones: era el rey Alberto de Bélgica; a su derecha se puso una dama bastante bella y sencillamente ataviada, la reina. Retumbó un salva de aplausos y grandes clamores, saludando el rey repetidas veces y militarmente y la reina con graciosas inclinaciones. Al cabo de cinco minutos de incesantes aplausos se retiraron los reyes y en su lugar apareció en el balcón un caballero vestido de negro, uno de los personajes que presidían la manifestación sin duda alguna; sacando el cuerpo casi todo por la balaustrada gritó con voz ronca y aguardentosa: «¡Viva Bélgica!» «¡Vivaaa!», gritaron los estudiantes. Se retiró el del balcón, pero los estudiantes, ebrios de entusiasmo patriótico, pedían que saliesen nuestros reyes, pero no salieron.

Se puso en marcha el primer estandarte, siguiéronle los demás y la masa de gente salió a la calle. Allí se fueron dispersando los diversos grupos y nosotros decidimos marchar directamente al Instituto para entregar la enseña. Nuestro porta-estandarte, entusiasmado por las diversas emociones sufridas, galopaba y daba corvetas como un caballo encabritado, y a su impulso el estandarte se zarandeaba lastimosamente, las borlas daban grandes vaivenes y todo él ondeaba como un lábaro de guerra; por influjo quizá del oso que llevaba bordado, el que iba llevándolo también lo imitaba felizmente.

A las tres y media llegamos al Instituto e hicimos entrega del estandarte, con honra, ya que no vino con la seda por el suelo y arrastrando por el palo, y yo me fui a casa. Comparando esta manifestación con la que se celebró en octubre no puede negarse que ha tenido mucha menos concurrencia, a pesar de la gran propaganda que se ha hecho. Los señores que presidían nuestra manifestación parece que han hecho entrega al rey belga de un mensaje de salutación de los estudiantes españoles a los de su país. Nada les dirá un frío y protocolario documento a cuyo pie vaya la firma de uno o dos primates. Por eso desde aquí, con la familiaridad que da la Escuela, que no tiene fronteras, les digo yo: ¡Salud, compañeros belgas!

Un pobre diablo

7-LUNES.—¿Acertaré a dar con las tintas necesarias para dibujar a este tipo con el colorido que su original carácter requiere? Se trata de un muchacho compañero de curso quien puede servir de demostración práctica de que el arte tomado con exceso puede llegar a alterar las facultades mentales, y es para mí indudable que Enrique Galván, el joven en cuestión, está perturbado. Tendrá unos dieciocho años y pertenece a una familia de posición muy desahogada, opulenta; hará unos seis años, según confesión propia, que empezó a asistir en calidad de «alabardero» al teatro Real, donde ha admirado a los más célebres cantantes que han pisado dicha escena. Desde entonces no ha dejado de asistir una sola noche que haya función, y hoy, ¡Cristo divino!, en qué lastimoso estado se encuentra. Cayendo como Don Quijote, aunque en otro orden de cosas, en la locura de imitar a sus admirados artistas, se cree un cantante de primer orden y de continuo atruena los pasillos con unos «dos» de pecho formidables. Va eternamente cubierto con un guardapolvos claro, se cubre la cabeza con un sombrero estrafalario, especie de birrete con alas que se encasqueta hasta los ojos, y una de las cosas por la que muestra más celo es por conservar las botas

fulgurantes e inmaculadas. Suele llevar siempre el guardapolvos entreabierto, el sombrero sobre la oreja, los brazos colgantes y la expresión lánguida y cansina de un bohemio de ópera.

Todas las mañanas llega al Instituto luego de haberse dado alguna clase y cuando están las galerías llenas de estudiantes; avanza entre ellos con paso lento y romántico y detiene a uno agarrándolo por la solapa: «¿Viste anoche a Pepini, o a "la" Balconi?», le pregunta. Ante la negativa del preguntado, que no ha pensado nunca en gastarse unas pesetas para oír unos gritos artísticos, Galván hace un gesto de infinita conmiseración y se retira dos pasos de su interlocutor. En seguida, y sin fijarse donde está ni en nada de este mundo, empieza a emitir una nota débil que va elevando a medida que abre los brazos en cruz, continúa luego con una melopea que no es español ni italiano, sino una serie de gritos inarticulados y notas estruendosas, y acaba con un formidable berrido, fijos los ojos en el vacío. Aplaudiva estrepitosamente el auditorio, sobre todo la bachillería infantil que suele rodearlo, y él, sombrero en mano y la sonrisa en los labios saluda y sigue adelante dispuesto a repetir el espectáculo dos pasos más allá.

Podría fácilmente confundirse a este desdichado con un guasón como hay muchos, pero todo el que lo ha visto dar una sesión de canto con tal seriedad y a veces con lágrimas en los ojos, cuando la emoción de la partitura lo ha requerido; terminar tan seriamente y no hablar, ni pensar, ni hacer, ni razonar nada como no sea en relación con su «melomanía», acaba por convencer de que es un loco pacífico. Me admira que haya podido sacar a flote los cinco cursos anteriores, pero quizá sería por estar entonces más cabal de juicio y por haber mediado la no poca influencia de su padre; en cuanto al presente curso, es seguro que no aprueba ninguna asignatura; nunca entra en clase, aunque ningún día deja de venir al Instituto en busca de su público. Jamás lo he visto con un libro bajo el brazo y cuando los demás entran en una clase, él se sienta en un banco de la solitaria galería y espera la salida.

A principios de curso recuerdo que originó un pintoresco incidente en clase de Historia Natural, con don Gonzalo. Estando éste en mitad de su explicación, el amigo Galván empezó a musitar débilmente la romanza de *El Barbero de Sevilla*, pero poco a poco, con la inconsciencia propia de un chiflado, fue elevando la voz. Don Gonzalo, dolorosamente sorprendido porque en su clase nadie osa interrumpirlo con faltas de orden, se fijó en él y le ordenó que saliese de clase. Galván recogió su inverosímil sombrero con aire digno y bajó lánguidamente las gradas, abriendo la puerta de clase; pero antes de desaparecer se volvió hacia el profesor con el brazo izquierdo extendido, un pie tras otro, la cabeza alta, los ojos en blanco y la boca entreabierta; permaneció así unos segundos y salió de clase con un elegante giro. Don Gonzalo acabó por enterarse de las chifladuras de su alumno.

Hace un par de semanas, estando yo sentado en un banco con otros, nos preguntó inopinadamente: «¿Han visto ustedes la *Muerte de Iseo*?» Como contestáramos negativamente, hizo su característico gesto y retrocedió un paso. Y allí hubo que verlo, aunque parezca difícil, actuando a la vez de director de orquesta y de cantante; alzó los brazos y los bajó bruscamente, imitando el sonido de bombo y platillos, y luego se entregó a una serie de movimientos frenéticos, dando sonos que imitaban a todos los instrumentos musicales; sus brazos parecían una devanadera, retorció el cuer-

po cual si estuviese bajo los efectos de una convulsión, el sombrero se le fue a la coronilla y el guardapolvos le flotaba en todas direcciones. Acabó y le obsequiamos con una ovación cerrada, y él se sentó congestionado y lagrimeando, pero satisfecho de habernos dado a conocer la *Muerte de Iseo*.

Todo su espíritu está empapado de teatralidad, y no se le dirige una vez la palabra, aunque no sea más que para preguntarle por la familia, que no se ponga la mano en el pecho, se quite de un tirón el sombrero y salga por los cerros de Ubeda llamando al preguntante «traidor», «villano» y otras cosas; por esta razón se han guardado siempre los revoltosos de mezclarlo en levantamientos institutiles, ya que todo lo estropeaba tomando la cosa por lo trágico-teatral, declamando trozos de la *Conjuración de Venecia*. Conoce con pelos y señales la vida y milagros de todos los cantantes y artistas de escena de España y el extranjero.

Como, según se puede observar, la locura que le invade va «in crescendo», no es muy aventurado asegurar que el pobre Enrique Galván acabará en un manicomio ¹⁴.

Dificultades que se zanja

11-VIERNES.—¡Loado sea Dios!, parece que se van obviando los inconvenientes que se presentaban para representar las funciones teatrales que patrocinó don Carlos, el profesor de Literatura; ya la cosa está en vías de hecho. Se ha formado para organizar tales actos una Junta, compuesta de: presidente, don Carlos; secretario, un alumno apellidado Núñez, alto, delgado y con lentes de oro que cabalgan sobre una nariz envidiable, y otro de los individuos de la Junta es Arizmendi, buen chico que ya di a conocer.

Dos eran los principales obstáculos que para la realización de la empresa se presentaban: lo inadecuado de la pieza griega que en un principio quiso don Carlos representar y la especie de resistencia que mostraron las chicas a salir a escena. Para dilucidar lo primero hubo una reunión donde se promovió animado debate: había quien se inclinaba a que se representase *Las aves* o *Lisistrata*; pero otros, observando que si se representaban había de ser con numerosos cortes, opinaban por una zarzuela actual. Como no se llegaba a un acuerdo, don Carlos, opinando que todos los extremos son viciosos, propuso que, remontándose de unas cuantas zancadas a varios siglos más, se representara alguna pieza de los padres del teatro español. Lope de Rueda, por ejemplo. No fue mal acogida la proposición, aunque seguramente don Carlos no quedaría muy satisfecho, pues había abrigado la idea de dar a conocer el teatro griego en toda su naturalidad, tal como se representaba en tiempos de Pericles, y hasta para ello había pensado en un teatro al aire libre, pero a su sensatez no se le ocultarían los inconvenientes que esto presenta hoy día. Así, pues, quedó acordado el representar el paso de *Las aceitunas*, de Lope de Rueda, aunque quedando en acordar la representación de alguna pieza más, dado lo corto de tal «paso».

Quedaba el segundo y más peliagudo asunto, que era encontrar a media docena de muchachas sin prejuicios tontos y de buena voluntad para formar la parte más importante del cuadro artístico. La Junta dispuso una embajada para convencer a las chicas y destacó a uno de sus miembros, el narigudo Núñez, y a otro que no era miembro pero que tiene una envidiable frescura y labia para negociar con el elemento femenino, llamado

Ortiz. Tan buena maña se dieron, que a poco trajeron la promesa formal de varias artistas en ciernes para trabajar, sobre todo cuando les notificaron el cambio de programa y que ya no habían de decir «¡Por Júpiter!» y rasgarse la toga.

Acto seguido, la Junta se reunió bajo la dirección de don Carlos y se acordó que la representación fuese hacia Pascua de Resurrección; además, dijo don Carlos, honrando siempre la memoria de su admirado Cervantes, que después del «paso» de Lope de Rueda se representaría una comedia de este autor, cuyo título no recuerdo. El «barba» —Núñez, el narigudo— no cabe en sí de júbilo porque en *Las aceitunas* se verá en el duro trance de abrazar a la que simula ser su hija, personificada en la loca Margarita, la de los múltiples trajes; aún espero que todo va a venir abajo.

Y ya todo arreglado, han empezado activamente los ensayos y trabajos para el acto; hoy una galería se hallaba llena de tablones, lienzos pintados y demás bártulos escénicos, mientras unos carpinteros despojaban de tapices a la soberbia clase llamada la «Capilla» para levantar el escenario. La Junta, entre tanto, prepara los libretos y hoy me ha sorprendido una muestra de sus actividades: el vocal y actor Arizmendi se me acercó y me dijo: «¿Oye, sabes tú música?» «Algo», le dije, sin saber a qué venía aquello. «Entonces puedes prestar a la Junta organizadora un buen servicio.» «¿Por qué?» «Porque se trata de poner música a los romances de *Las aceitunas*.» No quise reírme para no dar al traste con la seriedad de mi interlocutor, pero no deja de ser una idea peregrina el recitar los romances del buen Lope como si fueran *couplets*. Dije que mis conocimientos no llegaban a tanto, pero, sin embargo, deseando ser útil con algo a la empresa entre manos, me ofrecí como apuntador o, en último caso, para tirar del telón.

«El ideal» *

15-MARTES.—«El ideal es la causa del progreso, es lo que impulsa a la Humanidad a elevarse y dignificarse, punto donde converge la finalidad de los actos humanos; es, en fin, un motor, un algo más allá perfecto y acabado.» ¡Ay del hombre, del pueblo, de la sociedad sin ideal! ¿Hay algo más triste, más desesperado que un hombre que no aspire a nada en el día de mañana? Obrará como un cuerpo sin vida, inerte; se hastiará de sí mismo y, falto del foco hacia donde avanzar, se hará molesto para sus prójimos y aborrecerá la vida.

Es por otra parte el ideal de absoluta necesidad para el mundo: si el hombre no entreviese siempre algo más perfecto, la marcha de la Humanidad se detendría; los desastrosos efectos de una falta de ideal han causado siempre las grandes crisis históricas: decadencia de Roma, ruina del imperio godo..., y algo de ello se nota en los tiempos actuales, exteriorizado por una lastimosa versatilidad de ideas y aspiraciones, un gran deseo de aturdimiento buscado por el individuo y un egoísmo feroz. La primera consecuencia hace que no haya fijación de ideas y convierte a los hombres en niños; si se le pregunta, efectivamente, a un niño lo que será, por la mañana dirá que cura, por la tarde militar y a la noche querrá ser maestro; se ha de notar además, entre paréntesis, que además de esa versatilidad caracteriza a los niños el «ultra», es decir, que si quiere ser cura que

* Por excepción y como ejemplo se inserta aquí uno de los resúmenes de las clases de Ética, suprimidos los demás.

rrá ser «obispo», y si militar, deseará ser «general». Pues bien, los hombres, niños grandes, se hayan poseídos de una volubilidad desesperante: cada uno será lo que salga, pero casi nadie tiene voluntad para seguir un derrotero fijo. ¿No es palpable que existe también un ansia de alocamiento como para no darse cuenta de dónde se está ni dónde se vive, señal de que esta vida es muy dolorosa? He aquí que hasta en un establecimiento docente cuesta a los alumnos gran trabajo permanecer quietos en clase durante una hora escasa; luego, jaleo, gritos, bulla, manoteo, el vértigo. Hay una cosa en donde se nota más este fenómeno y es en el teatro: éste ha evolucionado de tal modo para ponerse al nivel del gusto actual, que las piezas que hoy privan son las de jaleo, bulla, enredo, burdas astracanas y sobre todo risa, mucha risa; el público sale atontado de tanto reír y cuando pone el pie en la calle cae «en la dolorosa realidad del vivir». ¿Por qué «dolorosa»? ¿Qué decir de aquel teatro de hace años en que se «sufría agradablemente», pero para elevación moral, para recibir lecciones de cómo el hombre soluciona diversos problemas de la vida?

Otro de los lamentables efectos es la falta de caridad, el egoísmo que se enseorea de todas las clases sociales. A nadie le importa el prójimo y cada uno va a lo suyo, cosa que se echa de ver en muchas conversaciones: «No sabe usted, aquí, en el piso de arriba ha muerto un pobre padre de familia dejando seis hijos...» «Vaya, por Dios..., pero, como le decía, resulta que la ganancia líquida de cada cien pesetas son cincuenta, ¿estamos?» «Sí..., y figúrese que el mayor de los hijos está tísico.» «Verdaderamente hay cosas... ¿Y qué cree usted que será mejor, dar ese dinero de una vez o a plazos?» O en otro caso: «¿Quiere usted venir a ver a un pobre hombre a quien cortó ayer la pierna un tranvía?» «¡Pobrecito!... Pero, mire, yo soy muy nervioso y ciertas cosas no las resisto. Tome estas diez pesetas y déselas de mi parte...» ¡Egoísmo, egoísmo!

Todo hombre debe alimentar un ideal, y este ideal puede revestir infinitas formas, sea de perfección espiritual, ya de llegar a alcanzar determinado puesto o bien de dominar determinada materia. Pero que este ideal sea como motor que impulse y regule sus actos, que sea como imán que lo lleve a la perfección, y cuando la alcance podrá decir que ha cumplido su misión sobre la tierra.

Reanudación de lástimas

18-VIERNES.—Hace algún tiempo, cuando basándome en una división que se hizo de los alumnos de la clase de Agricultura dije que por fin reinaría en ella la tranquilidad, creí de cierto que el anciano don Vicente dejaría de sufrir, pero ¡cuán lastimosamente me engañé! A pesar de ser dos docenas escasas los alumnos que quedaron en su clase, no hace mucho tiempo empezaron de nuevo los escándalos y desvergüenzas a la orden del día. Este anciano profesor parece que está predestinado a morir a manos de los sayones de sus discípulos. Por estar ahora la atmósfera estudiantil caldeada por próximos acontecimientos, los espíritus están inquietos y perturbadores, y apenas entramos en clase de Agricultura y comienza don Vicente a pasar lista, se oyen de todos los rincones de la clase una serie de lastimeros maullidos, como si hubiese penetrado por las ventanas una legión de felinos; los hay de todos los diapasones y modalidades: tiernos vagidos de gato recién nacido, aullidos de gato rabioso. El profesor empieza diariamente a oír esta melopea con expresión resignada y cuando el coro que se forma reviste caracteres de intolerable apela a un recurso con

el que ningún resultado obtiene: conforme está explicando se para repentinamente, baja la cabeza mirando al tablero de la mesa y apoya los puños en las sienes, permaneciendo así un rato presa de un temblor convulsivo y con expresión tan desesperada que dan ganas de irse a la mesa y llorar con él. Sus alumnos callan un momento, pues la primera impresión de estas repentinas expresiones es penosa, pero en seguida y rompiendo el silencio hay quien dice una cuchufleta que vuelve a poner a la masa en estado de seguir la broma.

Cuando ve que ni con esto puede, el desgraciado don Vicente se proporciona unos desahogos dolorosos que le son muy característicos: extiende los brazos con los puños cerrados hacia nosotros y dice con los dientes apretados y silbando las palabras con verdaderos ataques de ira: «¡Ca... na...llas! ¡Gen...tu...za! ¿Qué adelantáis con hacerme sufrir de esta manera? ¿Qué gusto sacáis con ello? ¿Qué necesidad hay de que cada día tengamos un disgusto de éstos? Yo no comprendo por qué se portan ustedes conmigo de esta manera... ¿Y sois vosotros los que mañana ocuparéis un puesto en la sociedad? ¡Desgraciada sociedad si se compone de hombres de vuestra clase! ¡Dios mío, he de conservar durante toda mi vida el recuerdo de este curso! ¡Qué largo se me está haciendo!», y así otras cosas por el estilo. Cuando estas cosas dice, su voz toma inflexiones extrañas e impresionantes, frases entrecortadas por hipidos convulsivos y tartamudeos coléricos; al mismo tiempo se mesa los cuatro cabellos canos que le quedan, estruja la lista y como le tiemblan tanto los brazos, los puños postizos y los gemelos le repiquetean en las esqueléticas manos con un cascabeleo grotesco, cosa que divierte mucho a su auditorio. Y el sarcasmo mayor está en que cuando dirige a sus alumnos las terribles filípicas que he citado, éstos le interrumpen con una salva de aplausos y gritos de «¡Bravo! ¡Muy bien!»

Esto a diario y con pequeñas variaciones. Todo esto sin contar los numerosos incidentes personales con alumnos a los que expulsa de clase y se niegan en redondo a salir porque si no pierden un rato de diversión. Frecuentemente dice don Vicente en sus accesos de cólera: «¡No sé en qué consiste, pero todo el mundo se atreve contra mí!», y no le falta razón, pues hace unas semanas tuvo que expulsar de clase nada menos que ¡a una alumna!, primer caso que se habrá dado de este género. Bien es verdad que se trató de la célebre Margarita, la compañera que en travesuras le da ciento y raya al alumno más pintado. Esta compañera, que en la clase de Agricultura se quedó en el grupo de don Vicente, aquel día le dio por hacer muecas a las amigas de enfrente y por cuchichear con las de al lado y mirar al profesor riéndose. Este, al fin, comprendió que se estaba burlando de él y haciendo un esfuerzo le dijo: «Señorita, si ha venido usted con afán de divertirse, le ruego que continúe la risa en los pasillos.» Margarita sonrió con suma frescura y salió de clase dando un portazo.

¡Desdichado anciano! Jamás lo he visto, no ya sonreír, pero, ni abandonar la tétrica y sombría expresión de su arrugado rostro; cuando sale de clase atraviesa los pasillos con la cabeza baja y casi corriendo, deseando verse en la calle. Don Silvano, como hombre en la plenitud de sus energías que es, consiguió dar un nuevo giro a su clase, pero el profesor de Agricultura no lo conseguirá nunca; su única esperanza es que se cubra la cátedra de Agricultura con un titular y vuelva él a desempeñar la auxiliaría de Matemáticas en uno de los primeros cursos. Yo creo que debe ser casado y con hijos mayores, pero si los tiene, ¿cómo no vienen a clase

y abofetean a todos o los asesinan? * Por lo que a mí toca, yo lo haría. Su única venganza es que al que comete una falta de orden (o sea, casi toda la clase todos los días) le pone en la lista, al lado del nombre, esta notación: «Canalla», y hay uno que se ufana de contar cincuenta y tantos canallas. El profesor dice que estas notas influirán al final de curso, pero ni con esa amenaza, que casi siempre produce buen efecto, le hacen el menor caso a este verdadero mártir de la Enseñanza.

El «debut» en el «Centro Literario»

23-MIERCOLES.—Existe en el Instituto una entidad que lleva el nombre de «Centro Literario» y que no deja de tener importancia cultural; el motivo de hablar hoy de ella y no haberlo hecho antes es porque el sábado último tuvo lugar en él mi afortunado «debut» como poeta, y en justo homenaje quiero describir el Centro y una de sus sesiones, sirviendo para ello aquella en que tomé parte.

Su constitución y modo de funcionar es la siguiente: la Directiva está formada por un presidente honorario, que es don Marcelo, el Director, y el cual casi nunca acude a las sesiones; un presidente efectivo que asiste a los actos y que es don Carlos, el catedrático de Literatura, fundador y organizador de la entidad que me ocupa; un secretario, que ¿quién puede ser si no es otro que Núñez, el de las olímpicas narices?; un vicepresidente, cargo que el día en que yo asistí al Centro por vez primera estaba vacante y había que ser elegido, y dos o tres vocales.

Tiene por objeto este Centro el dar a conocer, mediante lecturas que se celebran todos los sábados, las producciones literarias de los alumnos de quinto y sexto año, y al par leer algunas poesías clásicas y selectas; todo el que quiere dar a conocer una producción suya la entrega durante toda la semana al secretario Núñez, y todos los sábados por la mañana aparece en el tablón de anuncios un historiado y artístico cartel que dice, poco más o menos: «Hoy sábado, a las cuatro de la tarde, celebrará este Centro sesión ordinaria, dándose lectura por sus autores a los trabajos siguientes...», e inserta a continuación la lista de títulos y nombres de sus autores.

Unos cuantos amigos, especialmente Palacios, que saben tengo el vicio de escribir versos, me animaron a hacer mi presentación en el «Centro Literario», a lo que me negué por pereza de escribir nada, más que todo; pero tuve el alto honor de que Núñez me instara a leer algún trabajo y accediendo a ello escribí en dos días una composición humorística en treinta quintillas, en donde relataba las desgracias de un infeliz estudiante enamorado de una modistilla; como el estilo estaba en primera persona, la titulé *Recuerdos*, y además, por galantería, la dediqué a las compañeras de sexto. Entregué el trabajo el día 14 pasado, y ¡cuál no sería mi desgracia que al llegar el sábado había adquirido un constipado y, como consecuencia, una ronquera que daba a mi voz inflexiones de cánticos de pollo!, y el caso es que es costumbre en el Centro el que los trabajos sean leídos por sus autores. Tuve una grave conferencia con Núñez para ver si podía dejarse mi trabajo para otra sesión, pero él me aconsejó que buscara quien

* En el original hay aquí una apostilla de un hermano de Gavira que dice: «Antes de llegar aquí, eso mismo pensaba yo. ¿No se lamentaría en su casa?»

se prestara a leerla por mí, y antes diría el motivo de no hacerlo yo. Me conformé y tras dos o tres consultas di con Ortiz, que tiene una voz potente, y dándole un pitillo le recomendé que no me estropeará el «debut»; él sonrió con aire de superioridad y se limitó a preguntarme si era prosa o verso.

El programa para el sábado 19 rezaba así: «1.º Se dará lectura de los acuerdos tomados en la sesión anterior. 2.º Se procederá, previa votación, a la elección de cargo de vicepresidente. 3.º Se dará lectura a los trabajos siguientes...», y se insertaban éstos, entre los que figuraba el mío. Entre los trabajos figuraba la *Canción del pirata*, de Espronceda, leída por un alumno; la elección de estas poesías clásicas las hace siempre don Carlos. La reunión se celebra siempre en el aula de Historia, amplia y de muy buenas condiciones, con una gradería en forma de hemiciclo. En el centro de la mesa se sentó don Carlos, teniendo a la derecha al secretario y a la izquierda un puesto vacío para el futuro «vice». Me divertí más de lo que creía porque es gracioso que en cuanto se reúnen una docena de muchachos en «sesión» procuren imitar y parodiar a una sesión de Cortes, con sus empeñadas y ardorosas discusiones por fútiles motivos, y en donde siempre lo más grave no es el asunto o materia a tratar, sino el formalismo y transgresiones de Reglamento.

El secretario empezó a leer con voz atropellada y gangosa unos párrafos que no entendí, ni él tampoco. Al terminar fue ovacionado por el numeroso público que, como he dicho, no pudo coger una palabra, formado por alumnos de quinto y sexto año y entre los que había numerosas muchachas. Agitó Núñez la campanilla y dijo: «Hay que proceder a la elección de vicepresidente, pero como ya se ha hecho en otros casos, supongo que entre ustedes se habrá elegido un candidato, de modo que puede el que lo desee señalar el propuesto.» El muchacho que se sentaba a mi derecha se levantó y dijo gravemente: «Pido la palabra.» «Concedida», dijo Núñez, asegurándose los lentes. «Protesto enérgicamente —dijo el que pidió hablar— de la forma en que se efectúan estas elecciones. ¿No se anuncia siempre en estos casos que se procederá a elegir tal o cual cargo "previa votación"? Siendo así hay que votar y no recurrir a estos subterfugios de suponer hecha la votación, porque esto no conduce más que a que ocupen puestos en la Directiva cuatro "paniaguados".» Una estruendosa ovación acogió las palabras del protestante, primero porque no dejaba de llevar razón y segundo porque entreveían una acalorada discusión. Núñez, respondiendo por toda la Directiva, dijo a su interlocutor: «No deja de ser razonable lo que usted (yo creí que iba a decir «su señoría», como en el Congreso) ha dicho, pero ya comprenderá que nuestra intención al proceder de ese modo es evitar trabajos, y además, si al levantarse alguien para señalar candidato hay quien se oponga, se procede entonces a la votación.» «No quedo conforme —exclamó el orador—, y para evitar cuestiones que se lean los artículos del Reglamento que a esto se refieren.» Gran número de voces: «¿Pero hay Reglamento?» «¡Que se lea!» «¡Yo es la primera vez que oigo hablar de él!» El digno Núñez a su adversario: «Poco adelantaremos leyendo el Reglamento porque no hay artículos que se refieran a esto.» El otro, espantado y llevándose las manos a la cabeza: «Entonces, ¿qué artículos tiene ese Reglamento?» Un grandullón pide la palabra y reclama silencio con grandes aspavientos, todos creemos que va a resolver la cuestión: «Es que el Reglamento no contiene más que los artículos de "primera necesidad"» —dice—. Un tumulto de voces le obliga

a sentarse, lloviendo sobre él los epítetos. Mi vecino de la izquierda, mirando al de la derecha que había sido el protestante y al presidente, dijo, después de haber pedido la palabra: «¿Hay algún inconveniente en que el cargo vacante lo ocupe un individuo del sexo femenino?»; el secretario le contesta que ninguno, ya que uno de los fines del Centro es fomentar el feminismo. «En ese caso —dijo el que había preguntado— creo que no desempeñaría mal el cargo de vicepresidente la señorita Pardo», y señaló a una jovencita de quinto año, guapa en extremo, que se puso como una amapola. La mayoría de la concurrencia aplaudió, aprobando la idea. «Esto no es espontáneo» —me dijo al oído el que tenía a la derecha, que había protestado antes—; la niña tenía preparado el terreno y éste (por el de mi izquierda) está muy interesado por ella.» Viendo Núñez que casi todos estaban conformes con el nombramiento, invitó a la elegida a sentarse a su lado, y la muchacha subió, ruborosa y en dos saltitos, como un gorrión, entre atronadores aplausos. Antes de sentarse, dirigiéndose al promotor de su elección díjole con voz argentina: «¡Un millón de gracias!», tocándome a mí alguna parte del millón porque estaba a su lado. Con esto terminaron las discusiones, siendo de advertir que don Carlos no toma parte nunca en ellas, dejando que lleve la voz cantante el secretario, pero he notado que goza extraordinariamente con los escarceos de los alumnos, siempre que no lleguen a mayores.

Agitó Núñez de nuevo la campanilla, diciendo que se iba a leer la poesía titulada *Recuerdos*, advirtiéndole que el autor (y me apuntó con el dedo) no la leería en persona por hallarse afónico. Subió Ortiz a la plataforma, empuñó las cuartillas y empezó la lectura; yo, no sabiendo donde mirar, me interesé mucho en un mapa de Europa que había en la pared. Al terminar el lector, una salva de aplausos premió mis modestos versos, y a la verdad, para ser la primera vez que daba a conocer una composición en público no quedé desanimado, pues estuve cerca de un minuto en pie y saludando. Siguiéron luego otros trabajos leídos por sus autores, unos tan sentimentales que nos ponían en trance de soltar las lágrimas, otros humorísticos y desternillantes.

Para terminar anunció don Carlos que se iba a dar lectura de la *Canción del pirata*, de Espronceda; subió a la plataforma un muchacho de buena voz y manoteando mucho empezó con aquello de «Viento en popa a toda vela...». Hacia la mitad de la lectura estaba cuando se le ocurrió entrar a un bedel taconeando mucho y empezó a hablar al oído al catedrático; la concurrencia empezó a sisear con gran jaleo y el lector se quedó con las manos en el aire y con «el capitán colgado en el palo de su propio navío»; al fin se fue el inoportuno bedel y se pudo terminar la composición.

Se levantó la sesión y salieron los alumnos; don Carlos me dijo que mis versos eran buenos y que siguiera presentando trabajos. Nos fuimos al fin todos y sólo quedaron el catedrático de Literatura y diez o doce chicos y chicas, que son los actores en agraz que, bajo la dirección de don Carlos, están ensayando las proyectadas funciones teatrales.

El hombre de la máquina.—Notas

28 - LUNES.—He aquí que acaba de hacer su «tournée» por el Instituto un personaje que, como las golondrinas, no deja de venir ningún año: se trata de un fotógrafo que se dedica a sacar grupos de años para vender

luego la fotografía reproducida tantas veces como alumnos comprende el grupo, pues él sabe que casi nadie se resigna a no enseñar a sus familiares el grupo de su año donde campea su figura más o menos airoosamente. Vino hará una semana y previo un breve conciliábulo con el director se puso a ejercer sus funciones; todos los días, después de terminar las clases, reunía en un ángulo del patio a un curso, por riguroso orden, y disparaba la máquina, no sin sudar pez para lograr que los chicos guardaran durante dos segundos una postura algo artística. Una vez sacada la fotografía se iban exponiendo clavadas en el tablón de anuncios con un persuasivo cartelito debajo: «Precio del ejemplar: 2 pesetas.—Los encargos, en Secretaría.»

La mañana que se exponía uno de los grupos por vez primera era imposible dar un paso por el vestíbulo donde está el tablón de anuncios; todos los individuos del curso retratado se apretujaban para ver el cartón, gritando y dándose pisotones, y todos afanándose por mostrar a los compañeros su «vera efigie». Todos los grupos ofrecen una absoluta igualdad, excepto la edad de los que lo componen: por medio de bancos todos están dispuestos en forma de pirámide; primero se han colocado, bien sentaditas, el elemento femenino del curso, en primera fila, todas generalmente bastante mal sacadas por su empeño en adoptar posturas y rasgos que las hicieran «interesantes». Tampoco deja de ser interesante observar la expresión de los chicos: más de la mitad en los seis grupos han sacado unas admirables facciones de idiotez: bocas abiertas, ojos espantados y labios colgantes; la mayoría de los que no han sacado tal visaje son los que se pueden llamar «excéntricos»: unos fingen estudiar en un libro abierto con gran atención... y probablemente es la primera vez que lo hacen, otros están en actitud declamatoria, otros en postura de bailarines. En los dos últimos años la mayoría está con un cigarro en la boca o en las manos, y lo gracioso es que muchos que fuman sólo de «ocultis» y fuera del domicilio paterno se encuentran en un aprieto para llevar el retrato a su casa y que lo vean con el ominoso tabaco. Galván, el melómano, se halla en lo alto de la pirámide, con una mano en el pecho y la otra en alto; los gemelos Emiliano y Manuel, juntos, que parecen una imagen duplicada, y Raquel en medio de sus compañeras, todas riendo y enseñando los dientes.

Notas.—Pepe, el bedel joven que teníamos en Agricultura, ha abandonado el Instituto, trasladándose a otro centro. Es una lástima, porque era alegre y servicial, pero parece que desde la disputa que sostuvo con el bachiller Guerra estaba violento y muchas veces a punto de volverla a reproducir.

Tomándolo en serio, mi amigo Arizmendi, miembro de la Junta pro fiesta teatral, me propuso el hablarle a don Carlos para que yo desempeñase el cargo de apuntador. Alarmado entonces, he declinado tal honor, alegando que aún estoy enfermo de la garganta, y entonces desistió. Porque, la verdad, más me seduce el ver las cosas como espectador y no pasarme tres horas bajo un caparazón de madera, sudando, dando voces y no viendo más que los pies de los actores, a más de que si acaso me equivocaba podía caer sobre mí la tremenda responsabilidad de un fracaso teatral.

Mi amigo Juan Palacios, el huérfano de militar, me ha confesado una cuita que lo acongoja hace días y, la verdad, no es para menos. Se ha enamorado perdidamente de una chica de quinto año, la que no sabe aún

cómo se llama. Me llevó el otro día a la salida de clase de Física y me la enseñó, de unos diecisiete años, morena, gruescota y de ojos picarescos. Hasta hace unos días sus gestiones para interesar a la bella se han reducido a eso, a esperarla a la salida de clase, seguirla por los claustros y ver cómo se metía en el inexpugnable «gineceo», y luego ver cómo salía de allí y se metía en clase. Pero el día que me hizo estas confesiones acababa de correr una atrevida aventura: después de la última clase salió tras ella a la calle a respetable distancia, llegaron hasta la Puerta del Sol, en donde tomó un tranvía, vehículo que tomó él también y que lo condujo hasta la calle de Serrano; allí se apeó en vista de que lo hizo su cara ilusión y vio cómo se metió en una calle afluyente, y por fin en un portal de la tal calle, no sin que, ¡oh, inefable goce!, al meterse en él no se volviera y le hiciese un guiño burlón; tomó nota cuidadosa de la calle y número y regresó al polo opuesto de Madrid, llegando a su casa dos horas más tarde que lo acostumbrado, pero con el corazón henchido de esperanza. Lo único que pensaba con rabia es que su cortedad hubiera llegado al punto de cometer la incorrección de no pagarle el tranvía. Y he comprobado, en efecto, que el dulce tormento de mi amigo se da cuenta de la cortés persecución que sufre, pues cuando sale de clase explora con disimulo los alrededores para ver que él está allí, y cuando se halla lejos vuelve el rostro y le hace un gesto de pillete. El quiere abordarla un día en la calle y yo le he dicho que se ande con pies de plomo, pues el primer desengaño debe ser el más doloroso de todos.

MARZO

Un apóstol como hay pocos

4 - VIERNES.—Cursa el sexto año un muchacho de mi edad, llamado Nicolás Telleo, delgado y pálido, miope y con una constante sonrisa infantil; lleva un gabán algo raído con cuello de terciopelo. Usa lentes por su defecto visual y tiene gestos que lo caracterizan mucho: cada vez que interpela a uno lo agarra por las solapas del gabán y así lo tiene hasta que termina, o bien, mientras habla o lo hace él, se ocupa cuidadosamente en quitar a su interlocutor cualquier hilacha o motita que pueda tener en el traje, o por último se quita los lentes y arrancando una hoja de un librito de papel de fumar que lleva, aunque no fuma, limpia reposadamente los cristales hasta desgastarlos de tanto frote. Por esta especie de humildad nativa en él y por procurar hacer siempre el favor que se le pida, Telleo es simpático.

Pues este excelente muchacho ha tomado estos días sobre sus hombros una tarea abrumadora y que ha demostrado cómo en un cuerpo de tan débil apariencia y en unos modales tan apocados, posee una voluntad tenaz y férrea. Nuestro Telleo ha ido estos días al encuentro de todos los alumnos del Instituto, empezando por nuestro curso, y agarrándole blandamente por las solapas le ha espetado este discursito: «Acaba de fundarse aquí, en Madrid, una Asociación de estudiantes, cuyo fin es la unión y protección del elemento escolar, y como lo primero que se necesita es que haya masa, o sea socios, vengo a que te apuntes en la Asociación»¹⁵. «¡Hombre!

—decía el interpelado si era de carácter bondadoso—, eso así tan de pronto... Pero vamos a ver, ¿qué fines tiene eso?» Telleo, como si leyera en la americana del otro un imaginario programa decía: «Como te he dicho, la unión de todos los estudiantes para su defensa, petición de mejoras materiales y morales, fundación de un círculo de estudiantes, creación de una biblioteca...» «Muy bien, pero tendrá una serie de obligaciones...» «Ninguna —se apresuraba a decir el propagandista—, como no sea el acudir aunque sea una vez al año a las juntas generales.» «Pero, en fin —acababa por decir el otro agarrándose al más sólido argumento— vendrán las cuotas, y ya sabes que uno anda siempre sin blanca...» «Te equivocas —decía triunfalmente Telleo echando por tierra esta última objeción—, no hay que pagar absolutamente nada, y si al cabo del tiempo se señala alguna cuota, será pequeñísima.» Al fin capitulaba el futuro socio. «Si es así, tú me dirás dónde tengo que ir a apuntarme», decía con el sano acuerdo de no ir donde le dijera. «No tienes que molestarte —exclamaba Telleo sonriendo beatíficamente y sacando del bolsillo una hojita impresa y un lápiz—. Dime cómo te llamas y tu domicilio.» Y terminaba por dar a firmar la inscripción al nuevo socio. He presentado el caso de que abordara a un individuo de buen corazón y sentido, pero más de las tres cuartas partes de los alumnos ¡cuántas vejaciones, burlas y brutalidades le han hecho objeto!; desde el que lo apartaba de un empujón cuando empezaba a hablarle de la futura sociedad como si le hablase en chino, hasta el que le ha esparcido las hojas por el suelo y le ha roto las ya llenas. Por eso digo que el apóstol que me ocupa guarda en su interior una paciencia y una voluntad que nunca lo hubiera sospechado, porque por mí he de decir que ni con dinero encima me hubiera encargado de tal propaganda. Y la idea no puede ser más buena pues al parecer se trata de querer fundar una sociedad estudiantil patrocinada por gente influyente y cuyo programa nos ha dado ya Telleo, pero la mayoría de mis compañeros no entienden este lenguaje de mejoras de clase y Telleo, que ha sido nombrado por la comisión organizadora delegado en el Instituto, está realizando una labor inmensa. Nutridas pandillas de estudiantes lo han oído en corro con burlesca seriedad, y de improviso lo han arrebatado en hombros y lo han llevado hasta la calle, volviéndose con gran tranquilidad, otros han exigido que recitara el programa subido en un banco y en tono declamatorio, y a todo se ha prestado él siempre sonriente y gustoso con tal de llenar una hoja más.

¿Qué más ha hecho este admirable apóstol? Con toda su proverbial timidez y apocamiento, gorra en mano se ha introducido entre los grupos de alumnas, atreviéndose a romper la estúpida distancia que siempre ha separado a los dos sexos, y les ha hecho saber cómo también pueden entrar señoritas en la Asociación y cuáles son sus ventajas. Ahora que, como por una parte la «bedela» y por otra el «Buey Apis» avanzaron ceñudos para expulsar a aquel atrevido, Telleo, haciendo un gran sacrificio sacó un único Reglamento que tiene como oro en paño y junto con unas hojas de inscripción se lo entregó a Raquel, rogándola que le ayudara en su propaganda en el sexo femenino, todo esto haciendo esfuerzos por no agarrarla las solapas del gabán.

Y a pesar de todos estos obstáculos, insuperables para otro que no fuera él, esta mañana al salir del Instituto lo vi en un rincón contando y recontando hojas y me dijo jubiloso: «¡Ya tengo ciento dos asociados...! ¡Esto marcha!»

Duelo nacional

9 - MIERCOLES.—Anoche cayó asesinado a tiros el Presidente del Consejo de Ministros ¹⁶. Nada puedo yo hablar sobre este hecho, pero sí dar a conocer su reflejo en el Instituto. Esta mañana se hallaban todos los estudiantes presa de una excitación indescriptible, una especie de fluido eléctrico flotaba en el ambiente. Casi todos tenían un periódico en la mano y muchos formaban corro alrededor de un lector central. Poco a poco se fue exteriorizando una idea que todos tenían *in mente*, y la cual se expresó en voz alta en cuanto se vio avanzar al primer catedrático: no debía de haber clases en señal de duelo. Rápidamente surgieron los *leaders* de siempre, seis u ocho se agruparon, deliberaron brevemente y se dispersaron dispuestos a evitar la entrada en clases. Lázaro, el bedel de Agricultura palmoteaba ya enérgicamente llamando a clase, pero los alumnos se dispusieron a realizar la maniobra de suspensión de clases, cuyo mecanismo es muy sencillo: formaron corro alrededor de la puerta abierta, alborotando y silbando, se organizó en seguida la consabida comisión para hablar al catedrático, comisión que lo primero que hace es mirarse unos a otros y luego hablar todos juntos, exponiendo al profesor que con motivo del abominable atentado que ha llenado de luto, etc., etc., no debía haber clase... que era lo que se quería demostrar. Don Vicente, sabiendo que si se oponía a lo pedido, iban a hacerle pasar las negras, accedió, y los estudiantes salieron dando cabriolas «en señal de duelo». Con la misma facilidad se obtuvo la suspensión de clases en los demás catedráticos, y dicho sea en verdad éstos no hicieron mucha resistencia porque la nerviosidad y estado de ánimo de este día les hubieran restado la tranquilidad necesaria para explicar, y prefirieron lanzarse en busca de noticias y detalles.

Pero lo más gracioso en los bachilleres es que, siempre que se obtiene una suspensión de clases por cualquier motivo, parece que lo hacen para abandonar el Instituto cuanto antes y correr a la calle, y sin embargo sucede todo lo contrario, que invaden las galerías formando corros y grupos y no hay quien les haga salir, teniendo siempre en estos casos que expulsarlos los bedeles violentamente; esto a mi juicio tiene mucha significación, pues indica que a pesar de los constantes deseos de huelga el Instituto tiene sobre los estudiantes cierto poder de atracción, de imán, y éstos se encuentran mejor que en ninguna parte bajo sus vetustos techos. Esto sucedió hoy en que al fin fuimos conminados a salir. Y este ha sido el motivo de no haber clase hoy. ¿Cuál será el de la próxima huelga?

Un acto estudiantil y una sorpresa

12 - SABADO.—Telledo, el impertérrito propagandista de cuyos trabajos hablé ha poco, terminó felizmente la recluta de socios para la Asociación de Estudiantes, pues los pocos bachilleres que no han querido apuntarse los considera «insociables» (y lleva razón). Ni que decir tiene que yo fui uno de los primeros que caí en sus listas, y hasta le ayudé algo en la propaganda entre mis amigos.

Por vía de recompensa ayer se dedicó a repartir entre los socios, con cara de pascuas, una hoja impresa en donde se anunciaba un solemne acto en la «Capilla», en donde hablarían tres señores de la Junta organizadora de la Asociación, y con la asistencia de don Marcelo que resumiría los discursos.

El acto a que he aludido se ha celebrado esta tarde a las cuatro y media; una hora antes se hallaban los claustros llenos de muchachos, más de la mitad caras extrañas, bachilleres de los que cursan sus estudios en colegios y academias particulares y que también habían sido convocados al acto. En cuanto se abrieron las puertas del amplio salón, se llenó por completo; en el suntuoso estrado se hallaba presidiendo don Marcelo y a sus lados varios catedráticos, entre ellos don Carlos y don Remigio; a la izquierda y junto a una mesita cubierta con paño rojo se hallaban los tres anunciados oradores. Las alumnas entraron en pelotón en número de unas cincuenta, y se colocaron en un lugar preferente al lado de los oradores. ¡Y qué importancia se daba Telleo, brujuleando de un lado para otro con su cara angelical y como diciendo con orgullo: «¿Creíais que la Asociación de que os hablaba era cosa de juego?»

Don Marcelo leyó en una hoja el nombre del primer orador, y éste ocupó la tribuna entre una salva de aplausos. Era un joven de unos dieciocho o veinte años, y al parecer novato en las lides oratorias pues en la primera docena de palabras se equivocó cinco o seis veces y estaba sumamente azorado; poco a poco fue adquiriendo aplomo y hasta llegó a exaltarse cantando las glorias de la enseñanza católica. Desde luego, y como he observado en todos los oradores que abren marcha, «él, pobrísimas ideas iba a exponer, sobre todo si lo comparaban con los raudales de elocuencia de que harían gala los oradores que lo seguirían en el uso de la palabra». Acabó y ocupó su puesto otro individuo. Era éste alto y anguloso, mayor que el anterior pues representaba unos veinticinco años. Fue en justicia el que mejor habló de los tres, y frecuentemente fue interrumpido por calurosos aplausos. Entró más en materia y explicó el fin y organización de la «Asociación de Estudiantes»: habría una Junta Central que residiría en Madrid, y otras, formadas por alumnos en cada Instituto de España. Se extendió luego el orador en poner patentes las ventajas de asociarse y acabó con elevados párrafos.

Ocupó su puesto otro joven, muy pulcro y remilgado. Cualquiera ha podido observar cuantísimas variedades existen en la fauna oratoria, y éste a las primeras palabras pudo verse que pertenece a la especialidad semi-jocosa; son de los que hablan en un estilo ligero, hacen digresiones anecdóticas y aprovechan la menor ocasión para colocar un pequeño chiste. Con una suma galantería desde el principio de su discurso se dirigió a las muchachas y aludió continuamente a ellas; el tema de su discurso versó sobre la influencia de la mujer en la enseñanza.

En cuanto acabó, un señor grueso seguido de un muchacho que transportaba unos bártulos se acercó al director solicitando permiso para sacar una fotografía. Se colocó en un ángulo de la mesa presidencial y cerilla en mano, pues se trataba de un retrato de los llamados al «magnesio», requirió la atención del concurso: se verificó la explosión, y una nube de humo blanco se proyectó con violencia hacia el techo. En seguida se levantó el anciano don Marcelo para hacer el resumen, en medio de una atronadora salva de aplausos. Empezó con una de sus características salidas de tono: «Voy a apresurarme a hablar —dijo— antes que el humo de la fotografía baje porque si no empezaré a toser y no diré nada.» Se expresó luego en términos entusiastas, sin requilorios ni hojarasca oratoria, con un ardor que hacía temblar su vocecilla infantil. Como temió, la nube de humo bajó poco a poco y su figurilla escuálida se fue esfumando. Terminó diciendo: «Y si alguien, viéndome viejo y entusiasta me dice, como dijeron a aquel

labrador, ¿para qué siembras, si a poco morirás?, le responderé, ¡moriré, pero dejo la semilla para asegurar la generación que me sucede!» Una cariñosa y nutrida ovación ahogó sus últimas palabras, y él permaneció firme y arrogante en medio de una nube de humo que nimbaba su blanca cabeza.

Todos creíamos terminado el acto, pero el orador que habló en segundo lugar se acercó a la tribuna y dio lectura al Reglamento de la Asociación, y al final dijo: «El que esté conforme con él, que se levante.» Toda la concurrencia se puso en pie en masa. «Bien —dijo entonces el orador—. Los catedráticos, para evitar votaciones enojosas han señalado ya a los alumnos que formarán la Junta de este Instituto, y son los siguientes señores: Presidente, Nicolás Telleo; secretario», y... ¡aprieta!, sonó mi nombre con sus dos apellidos; lleno de confusión al verme blanco de tantas miradas, me dirigí con la vista a Telleo, único que me podía haber propuesto, y él me miró con su cara de monjita beatífica. No presté atención a los otros cargos.

Salimos todos, terminado el acto, y todos me estrecharon la mano dándome la enhorabuena. Yo me dirigí medio en broma, medio en serio, a Telleo para pedirle explicaciones, pero él como si no oyera mis palabras, me dijo gravemente: «Mañana te proporcionaré datos para que formes las listas de asociados... ¡Hay que trabajar mucho!»

Cosas

16 - MIERCOLES.—Al entrar en el Instituto me han llamado la atención una pareja de minúsculos estudiantes —el mayor tendría ocho años—, de primero, naturalmente, que apoyados en una pilastra y lápiz en mano resolvían sesudamente sobre el papel hondos problemas matemáticos, discutiendo con calor. He estado un rato observándolos porque no deja de ser extraño que en una edad como esa, en que el cuerpo pide jaleo, juego y movimiento se entreguen con placer dos pequeñuelos en cuestiones tan abstrusas. Pero sin ir más lejos, días atrás, otros dos estudiantes de segundo, de poca más edad que los mencionados paseaban por una solitaria galería cuestionando acerca si eran acertadas o no las teorías matemáticas de Kant. ¡Elocuente mentís a la ligereza y frivolidad de nuestros tiempos! Y es que indudablemente, los primitivos y sabios jesuitas que antaño habitaron este caserón, dejaron flotando en sus claustros un espíritu de reflexión. La vista de los muros negruzcos y sombríos parece, por otra parte, mitigar toda manifestación jubilosa, y por eso sin duda los bachilleres para alborotar y divertirse a todo vapor se reúnen todos en el patio, de extensión inmensa y piso asfaltado, donde el sol y la luz entran a torrentes.

Allí todas las mañanas y antes de que empiecen las primeras clases se congregan en edificante compañerismo criaturas de seis años¹⁷, que están tomando las primeras papillas de la Ciencia, con veteranos de veinte abríles, que ansían terminar el año para obtener el esperado título. Hasta que no entra en el Instituto el primer catedrático no abandonan la extensa pista e invariablemente siempre se entregan al mismo deporte, el «fútbol». Como casi nunca disponen de pelota, balón o cosa parecida echan mano a cualquier cosa, comúnmente a un pañuelo hecho un lío, y otras veces a una bolita microscópica de yeso que proporciona un pequeño. Se juega sin ninguna regla de arte, todos en un confuso pelotón procuran alcanzar con un puntapié a la pelota, y como ésta suele ser tan pequeña a menudo se pierde, mas no por eso se interrumpe el juego: con un entusiasmo digno

de mejor causa todos continúan saltando como poseídos y propinándose puntapiés en las espinillas, siempre con la espera de que aparezca la pelota. En el momento en que el bedel asoma dando palmadas, todos se precipitan en tropel hacia la puerta y llenan las galerías, en las que, por el violento contraste de su lobreguez con la viva luz del patio, todos se atropellan ciegos como topos. Lázaro, el bedel de Agricultura, es el encargado de cerrar el patio en cuanto empieza la primera clase, lo que hace con una llave de tamaño apropiado a él, y el patio ya no se abre hasta el día siguiente.

Pocas veces me he quedado fuera de clase cuando éstas han empezado, pero el efecto que se nota sorprende. Momentos antes de que el último alumno entre en clase, centenares de muchachos subían y bajaban las escaleras con estrépito formidable, el ambiente estaba lleno de voces, gritos y ruidos, todo era animación y movimiento. Pero repentinamente se verifica una radical transformación; las galerías, desiertas, permiten extender la vista de un extremo a otro; todo es quietud, paz y silencio, y el edificio vuelve a recobrar su aspecto monacal, a pesar de seguir encerrando en su ámbito los centenares de alumnos; el rayo de luz que entra por una alta claraboya y que hace brillar en el aire miríadas de partículas luminosas, va a iluminar en su extremo un grupito de bedeles que con inconsciente voz baja comentan las novedades políticas y si van o no a elevarles el sueldo.

Esta tranquilidad es turbada a veces por el ruido de la puerta de una clase que se abre con violencia y que da paso a un alumno que sonríe con expresión cínica y burlesca. Se para un instante, enciende un cigarro, arroja desdeñosamente la cerilla y continúa hacia la calle, no sin recibir alguna pulla de tamaños de bedeles; se trata de un expulsado de clase por alguna fechoría académica.

Ante la ojeada que un bedel echa a su reloj, el grupo de ellos se dispersa y cada uno se dirige al aula de su demarcación, entreabren la puerta (¡qué ruidito más agradable para los de dentro el que hace la llave del bedel buscando la cerradura!) y asomando la cabeza lanzan la voz sacramental: «La hora». Las clases empiezan a vomitar estudiantes y la bulla y la animación renacen.

Los que más acostumbran a desertar de clases son los que pertenecen al último año, y entre ellos, aunque parezca raro, son las muchachas las que más dejan de asistir. Hay sobre todo un grupo de cuatro o cinco, cuyo jefe es Margarita, que casi un día sí y otro no, en lugar de entrar en clase se dirigen a la biblioteca¹⁸ que hay en el Instituto, y se entretienen en leer novelas, no de las más morales.

En fin, el día de hoy lo hubiera terminado con un recuerdo favorable a los pequeños estudiantes, acordándome de los dos filósofos en agraz con que me encontré al entrar, pero al bajar las escaleras para salir sentí que una cosa se me atravesaba en los pies: era un renacuajo como de un palmo de alto y de piernecillas de alambre, el cual limpiándose las narices con la manga suplicó: «Oye, dame un cigarro.»

Víctima de las musas

22. MARTES.—Haciendo pesquisas para encontrar al autor de los apuntes del curioso cuadernillo que di a conocer, he trabado alguna amistad con un compañero a quien no conocía más que superficialmente, y el que al principio

creí que era mi hombre, pero pronto me convencí de que no. Pero con todo resulta un tipo interesante y digno de formar pareja con Galván el melómano. ¡Cuántos curiosos y variados caracteres existen en el pequeño mundillo del sexto de bachillerato!

Se llama este nuevo perturbado Lizárraga, y su tema es la locura por la poesía, no en su forma pasiva, o sea de lectura, sino en la activa o de producción, y ¡válgame Dios a qué «cosas» llama poesías! Su manía contribuyó a despertársela, según confesión propia, don Carlos el catedrático de Literatura, en los ejercicios prácticos que ordenaba hacer y desde el día en que con excelente fortuna escribió en cuartetas el patético momento en que un ciego perdió a su perro. Yo ya sabía que entre los compañeros se le conocía por el mote de «el poeta», pero hasta ahora no he conocido a fondo esta máquina de hacer versos. Los hace, tira tras tira, en clase, en los descansos, en la calle, y con ellos llena las cubiertas de los libros y los cuadernos de apuntes de clase. Por mal de mis pecados, al sacarle yo la conversación de la poesía para el objeto que al principio dije, me espetó una porción de composiciones y se ha empeñado en que yo sea su mentor y crítico literario, y como yo, respetuoso con las manías y opiniones ajenas, no me he reído de él, ha tomado esto por admiración hacia su facilidad poética.

Y parece mentira que llegue a tanto su necesidad de no fijarse en lo disparatado de sus asuntos y en el abominable prosaísmo y vulgaridad de sus «renglones cortos», pues si al menos hiciera algo de mérito y fuese alabado y animado por alguna persona, se comprendería que persistiera en tal chifladura. Es un enemigo declarado de la prosa, y quitando los asuntos espeluznantemente dramáticos, que son los que más les gustan, todas sus demás composiciones versan sobre motivos sentimentales, pero de un sentimentalismo manido y arcaico, repetido ya millones de veces: los pobres golfos acurrucados una noche de invierno en el hueco de una puerta, los «pobres huérfanos sin padre» (así puso en una composición), los soldados que regresan a su aldea, etc. Le tiran bastante los romances, y no hace mucho hizo uno de unos treinta versos en donde variaba tres veces de rima; se lo presentó al catedrático de Literatura, y este señor que lo trata compasivamente le hizo ver sus errores. Otra de sus características es tener una horrible ortografía, y por ello me ha dado algunos versos suyos para que los corrija en este sentido, en donde he podido admirar una porción de «ermosos hojos».

Con la cuartilla en una mano y llevándose con la otra el lápiz a la boca me ha asaltado frecuentemente con preguntas de este tenor: «Oye, dime una palabra terminada en «anco» y que exprese un hombre que no tiene dinero.» «Dime, ¿los sonetos pueden ser de ocho sílabas?» «¿Sabes alguna palabra que «pegue» con «difícil»?» O bien me sorprende un día con una misteriosa noticia: «Te voy a traer el principio de una leyenda que estoy componiendo en octavas reales, y de las que llevo ya cincuenta y tres. Se trata de un conde a quien roban a su hija y el cual la compra más tarde como esclava en Constantinopla; se va a casar con ella cuando la madre, que pasaba por criada del conde...», ¡el caos!

¿Qué placer sacará este pobre Lizárraga con escribir tales esperpentos, robando a veces horas al sueño? Don Carlos le dijo un día que le endosó una composición, y sin poderse contener: «¿Pero usted cree que poesía es el arte de agrupar renglones cortos uno tras otros?» Yo creo que «el poeta» lo cree así.

Desde luego es un abonado fijo en el «Centro Literario» para leer todos los sábados sus producciones, pero tal lectura no la escucha más que él ya que apenas empieza a recitar resuena una ovación cerrada que no termina hasta que Lizárraga se inclina, termina la lectura; es un cortés medio de evitarse la intoxicación por su literatura.

Ultimamente me dijo: «Me he enterado que el «Centro Literario» ha convocado un concurso poético, y el premio me lo llevo yo.» Le pregunté el motivo y añadió alborozado y con misterio: «Porque he descubierto en una librería un diccionario que tiene juntas todas las palabras que «pegan», y ya ves, como eso es precisamente lo más difícil de la poesía...» Estuve por decirle que lo más difícil en poesía es ser poeta.

En vista de estos ejemplares de muchachos extraviados por una manía me he preguntado: ¿Es que no tienen, como la mayoría de las personas, ese especial sentido que denota cuándo se hace el ridículo? ¿O es que es verdad que el sentido común es «el menos común de los sentidos»? ¿No tienen un momento de lucidez y decirse «Basta ya de disparatar»? Y el caso es que cualquier censura o consejo en contra de sus actos, para ello no es caridad, sino envidia.

La «Junta» labora

28 - LUNES.—Hemos disfrutado del centésimo período de vacaciones, esta vez con ocasión de las fiestas de Semana Santa. Al acudir de nuevo al Instituto quien primero me salió al paso fue Telleo, el digno presidente de la «Asociación de Estudiantes del Instituto de San Isidro». Me dijo que el motivo de haberme propuesto tan arteramente para secretario fue en consideración de la eficaz ayuda que le presté para la propaganda, ayuda, en verdad, insignificante. En seguida puso en mi conocimiento lo que había hecho hasta ahora, para emularme al trabajo; al día siguiente de nombrada la Junta observó una cosa tan verdadera como amarga, y es que las Sociedades, Asociaciones y demás colectividades no viven sólo de entusiasmo, sino que pronto se ve la falta... de dinero. En efecto, me leyó un razonado proyecto de presupuesto de gastos para poder empezar a trabajar y resultó que hacían falta impresos diversos, sellos de caucho, «car-nets» de identidad, material de escritorio, y... un sin fin de cosas más. Le hice observar si era que la Dirección central de la Asociación, cuando se creaba una subordinada a ella seguía el sistema de dejarla abandonada a sus propios medios, sin prestarle la menor ayuda pecuniaria. A lo que Telleo, frotándose con cuidado los lentes me dijo: «No te quepa la menor duda, que a la menor indicación que yo hiciera a la Central de Madrid en ese sentido, no tardaría en prestarme ayuda metálica. Pero, ¿no te parece que esto indicaría poco entusiasmo y poco amor de los socios por la Asociación, al no cooperar ellos a estos pequeños gastos? Por cuyo motivo prefiero intentar de nuestros socios el pago del primer plazo de la cuota anual, o sea de una peseta.» Accedí, aunque muy dudoso del éxito, ya que todo lo que sea solicitar dinero resulta trabajoso.

Como para fijar el anuncio solicitando dicho pago había que pedir permiso al director del Instituto, no sólo por este cargo, sino por ser presidente honorario de la Asociación, fuimos a buscarlo a la Dirección, pero allí sufrimos la contrariedad de saber que don Marcelo no vendría aquel día al Instituto por hallarse algo delicado. Telleo, que como ya se sabe

no es hombre que se apura fácilmente, dijo: «Pues esta tarde nos reuniremos en la Puerta del Sol e iremos a buscar a don Marcelo a su casa.» En ello quedé, aunque el domicilio del director está a unos cuatro kilómetros del centro.

A las tres de la tarde me encontré al presidente en el punto de la cita, no solo sino acompañado de otro miembro de la Junta, el bibliotecario, cargo que ha recaído en uno de los dos hermanos gemelos, Emiliano, según tuve el gusto de preguntarle, pues sin esta precaución no hubiera sabido cuál de los dos era. Andando, para empezar a economizar fondos, emprendimos los tres la caminata y al cabo de hora y media llegamos al domicilio de don Marcelo en un hotelito de su propiedad casi en las afueras de la población. Llamamos en la cancela y nos abrió una doncellita de tal físico que nos quedamos un momento sin saber qué decirle; expuesto nuestro deseo de hablar con don Marcelo, la bella doméstica nos introdujo en un gabinete ordenándonos que esperáramos. No sólo por la posición social que ocupa, sino porque es hombre acaudalado, el director del Instituto tiene su morada montada con un lujo soberano; muestra de ello era el saloncito donde estábamos, decorado a estilo oriental, con regios tapices, blandos divanes y cojines y una suntuosa lámpara colgando del techo.

Pasando esta revista estábamos, en el mayor silencio, cuando entró don Marcelo atusándose su barba de profeta y envuelto en una confortable bata. Tomó Telleo la palabra saludándolo en nombre de los restantes y le expuso el motivo de venir a verlo en su casa, para comunicarle proyectos que requerían rápida ejecución. Don Marcelo se dio una palmada en la frente y dijo: «Sentémonos y pensemos en alta voz.» Nos sentamos y quedamos en el más embarazoso de los silencios; quizá influyera en ello los diabólicos divanes en que nos sentamos de altura tan exigua que si encogía uno las piernas se daba con las rodillas en la barba, y si las estiraba parecía que estaba sentado en el suelo. ¡Maldito estilo oriental! Entró Telleo en materia al fin, y le expuso los proyectos que teníamos entre manos relacionados con la «Asociación de Estudiantes», y en primer lugar la necesidad de cobrar cuotas. Empresa algo dificultosa le pareció ésta a don Marcelo, pero si lo conseguíamos nos dijo que todo iría a pedir de boca; él por su parte nos dio toda clase de facilidades, y llegó su amabilidad hasta el punto de ofrecernos un armario en el Instituto para guardar el material y un local para las sesiones.

En extremo satisfechos salimos del domicilio de don Marcelo y emprendidos el regreso charlando por los codos. Telleo, ya con una base firme, dio muestras de su actividad, y de allí nos llevó a una fotografía donde logró una importante rebaja en la confección de retratos para los «carnets»; después a un taller de grabado donde se ajustó un sello, y por último recibí el encargo de confeccionar el anuncio convocando a los socios para el pago. Al día siguiente se fijó en el tablón el susodicho anuncio, avalorado con las firmas del presidente y mía. El clamoreo que se armó entre los socios al enterarse de su contenido no es para descrito, y se tachó a la Junta de «falsa», «traidora», y a sus miembros de algo más. «Se les prometió —decían— de no empezar el cobro hasta pasados por lo menos dos meses, y apenas constituida ya empezaban a "sablear".» Yo me acerqué a Telleo todo alarmado, pero él, sin perder su habitual serenidad me dijo: «Pagarán.»

Todo esto sucedió antes de Semana Santa, y en el día de hoy todavía sigue el anuncio fijo en el tablón y plagado de epítetos mal sonantes pues

tos con lápiz. Esta mañana Telleo se acercó al tesorero y le preguntó con misterio qué llevaba recaudado. «Dos pesetas», dijo el interrogado. «¡Cará pel —exclamó el presidente en tono admirativo y con un ligero silbido—. Pero ¡chitón y que nadie lo sepa!»

La teoría del transformismo

30 - MIERCOLES.—El día 8 de este mes, que por ser duelo nacional dejaron los estudiantes de asistir a clase, correspondía dar clase a don Silvano, el catedrático de Etica, y como vino y se encontró con el aula desierta, sintió mucho este desaire. En consecuencia, dijo que, por vía de castigo, en adelante no explicaría más y se limitaría a preguntar a los alumnos, como en las demás clases. Mucho sentí esta decisión, y conmigo otros cuantos, habiéndonos puesto de acuerdo para rogarle que siguiera explicando y que supiera que había un grupo de alumnos que escuchaban con gusto sus explicaciones.

Afortunadamente nada de esto hizo falta; ya he dicho lo refractario que es este profesor al sistema de preguntar, desviándose en cambio por las explicaciones, y así es que los primeros días de tomada la determinación que he dicho no hizo más que preguntar, pero haciendo visibles esfuerzos. Al fin hoy, con dos o tres excusas, «explicar puntos oscuros», «una cuestión de vital importancia...», etc., anunció que iba a explicar la «Teoría del transformismo», explicación que he procurado llevar aquí, haciendo caso omiso de las numerosas disgresiones que don Silvano suele hacer.

ABRIL

Síntomas del día crítico

3 - DOMINGO.—En virtud de una orden superior, don Carlos, el catedrático director y alma del cuadro artístico que iba a solazarnos con las funciones de que ya hay noticia, ha sido enviado a París como representante español a un Congreso de enseñanza; antes de marchar convocó a sus huestes y les comunicó que no había más remedio que suspender temporalmente la representación, que estaba anunciada para el Lunes de Pascua. Los entusiastas e improvisados actores han doblado el «peplos» y se han descalzado el coturno con resignación, aguardando la vuelta de don Carlos.

Aunque esta suspensión ha hecho efecto entre los estudiantes, no lo ha sido mucho porque el ánimo de éstos se halla ahora preocupado con dos hechos relacionados entre sí. Son estos acontecimientos, la Primavera, que entra pujante y esplendorosa, y como consecuencia, la proximidad de los pavorosos exámenes, anunciados ya por algún catedrático. De la bella estación, la que tantos epítetos arranca a los poetas, con referencia al mundo estudiantil no he de decir más que al aspirar el perfume de la primera flor, al sorprender la primera palpitación de vida en la naturaleza, después del helado invierno, por una concatenación de ideas, en seguida se muestra allá en la imaginación un severo tribunal de catedráticos y un azorado examinando delante de ellos; es un fenómeno que se repite tantas veces como entra la estación de las flores. La serie de días luminosos, templados y de ambiente perfumado que estamos disfrutando se refleja en las clases, que se ven mermadas de alumnos, pues el ánimo se resiste a penetrar en los lóbregos claustros del Instituto y la mayoría de los estudian-

tes prefieren birlar la clase y hacer una escapada al campo, a los parques y a los jardines. Durante las clases, por las ventanas abiertas hasta más no poder entra una brisa suave que invita a respirar a pulmón lleno, y las muchachas miran con ojos brillantes el jardín que rodea las aulas. Por las ventanas de la clase de Historia Natural entraron el otro día un par de mariposas blancas que se perseguían, y desde don Gonzalo al último alumno nos quedamos todos embobados viéndolas; parecía que venían a reírse de aquellos seres presos en clase, cuando ellas venían del campo bañado en sol; ¡no saben que lo único que nos hace falta para parecer-nos a ellas son las alas!

Produce, sí, la entrada de la Primavera una especie de misteriosa metamorfosis espiritual y de la cual no se libra el ser más despreocupado de la naturaleza. En el espacio de dos o tres días han desaparecido gabanes, bufandas y abrigos, tan antiestéticos si bien confortables; todos se han presentado a cuerpo, y las alumnas rivalizan en traer vestidos alegres y ligeros. La que ha dado un admirable cambio con la entrada del buen tiempo es Raquel, la primera de sexto; su color marfileño ha tomado un tinte rosado, su expresión es más alegre, y con un acto de verdadera valentía ha abandonado el gabán y viene con un traje de seda azul, tocándose con una graciosa boina; el primer día que se presentó así en clase fue obsequiada con una verdadera ovación, salida del alma; el padre no ha cambiado, vestido de riguroso luto y apoyado en sus muletas.

Pero, como decía, estas manifestaciones de la naturaleza corresponden a las vísperas de unos días angustiosos. Don Gonzalo ha anunciado que examinará el 19 de mayo, y cuando lo dijo se produjo un vivo murmullo de pavor; la noticia influyó diversamente, sobre todo en los dos clásicos tipos, de los que hablaré más adelante, el «despreocupado» y el «preocupado». Pero en general, en el sexto año se nota una nerviosidad, en vísperas de exámenes, que no se aprecia en los otros años, y yo me lo explico porque, siendo ya el año final del grado, hay una especie de fiebre por terminar cuanto antes, y lanzarse a la carrera o profesión que cada cual piense seguir. En los restantes años, ya se sabe que al terminar aquél, se entrará en el otro, pero finalizar el sexto es llegar a la meta de seis eternos años de bachillerato, es adquirir el preciado título, que a veces, pena da decirlo, no significará más que un documento sin valor. Por eso además, si en los demás años se teme a un suspenso, el recibirlo en el sexto, el pánico se centuplica, pues significa ver cerradas las puertas cuando ya se entreveía la calle y tener que seguir los estudios cuando ya se estaba en la meta.

Evoluciones de una ocurrencia

11 - LUNES.—Anteayer, sábado, se realizó por los estudiantes del sexto año un interesante y original acto. Desde luego, como todo hecho de alguna trascendencia, la cosa requiere un poco de historia. Como he venido diciendo hasta ahora, la clase de Agricultura marchaba de mal en peor, siendo ya una cosa que rebasaba los límites de lo escandaloso, cantando a voz en cuello canciones de un verde subido dentro de clase, apostrofando al anciano y desgraciado profesor y no dejándole explicar. Don Vicente ya no sabía qué hacer para contener tal avalancha de desvergüenza, se tiraba de los pelos, anatematizaba a la clase con sus desesperados ademanes y epítetos, lanzaba los «¡canallas!» a borbotones, y cuando los alumnos le interrumpían estas filípicas con carcajadas a coro, él los remedaba con una

risa convulsiva, enseñando los amarillos dientes, no sabiéndose si lloraba o reía. Por una prudencia exagerada no se ha quejado al Director, que hubiera puesto remedio a estas cosas. Hace una semana, un alumno que se consideró ofendido por una nota que le puso, a su parecer injusta, se acercó a él al final de clase gritando como un energúmeno y con ademanes agresivos. Don Vicente, que ya durante la clase había sufrido lo indecible, perdió enteramente los ánimos ante aquella insolencia, tiró la arrugada lista y encasquetándose el sombrero corrió hacia la calle, hablando solo y llorando, según pude verlo. Se le tributó al citado alumno una ovación, y a poco oí correr de boca en boca esta proposición: «Hay que darle un banquete a don Vicente.» Creí esto al principio una broma, pero Ortiz, uno de los alumnos que más bien imita al gato, me hizo saber que la cosa iba en serio. Busqué a mi amigo Palacios y le hice saber la extravagante idea. «¿Puede ocurrírseles sarcasmo mayor?», le dije. «Yo creo —me dijo él— que cuando se entere de que le quieren dar un banquete se pega un tiro.»

Como ocurre siempre entre nosotros, veletas que en seguida apuntamos al viento que corre, la idea tomó cuerpo rápidamente, sin saber yo en qué cabeza se alojó aquello, y qué fin se perseguía con que los verdugos dieran un banquete a la víctima; al día siguiente uno de los organizadores ya se había entrevistado con el dueño de un merendero y se habían empezado los preparativos. Pero al otro día la idea tomó ya otro rumbo que le hizo tomar otro carácter: alguien que tendría un poco más de sentido común, en vista de que lo del banquete no dejaría de ser un hecho, propuso que no se le diera sólo a don Vicente, entre otras razones porque sospechándose una burla, no concurriría, y que se invitara a todos los profesores de sexto, con la sola asistencia de los alumnos de este año; como motivo para dicho acto podría aducirse una despedida de los alumnos del último año a sus profesores, próximo ya al final de curso. Lo mismo que ignoro a quién se le ocurrió el primer proyecto, no sé quién trazó esta otra modificación, pero mostró gran sensatez, al par que desvirtuaba el sarcástico proyecto de homenajear sólo al desgraciado don Vicente.

Como los alumnos se mostraron conformes con tal modificación y ampliación de su idea, los organizadores se dieron a trabajar activamente, cumpliendo diversos cometidos, tal como dar conocimiento de la idea e invitar a los catedráticos, que aceptaron todos, y rogar a don Marcelo que presidiera el acto, cosa que también lograron. A continuación hicieron saber a son de campana que el precio del cubierto sería el de ¡diez pesetas!, y aquí he de abrir un paréntesis particular y doloroso, pues pronto vi que el estado de mi erario me impediría hacer un desembolso tan súbitamente solicitado, y por ende, asistir a tan amena fiesta. Lo sentí bastante, ya que hubiera relatado en estas páginas la solemnidad, pero me resigné y me uní a Palacios, el huérfano, que tampoco asistió por la misma razón, y además y según me dijo, porque no iba «ella»; «ella» es la alumna que lo ha trastornado, que responde al bello nombre de Laura, y que como es de quinto no asistió a la fiesta, que si hubiera asistido estoy seguro de que Palacios hubiera vendido la camisa para obtener los dos duros.

Los organizadores, lista en mano, apuntaban nombres y recogían pesetas, reinando por doquier el mayor alborozo. Las alumnas fueron detenidas en las escaleras y se les comunicó el proyecto, haciéndoles saber además que había música, y como consecuencia, baile; al día siguiente se apuntaron casi la totalidad de las compañeras. Dos días antes del señalado para el acto, que como digo fue el sábado, había en lista cerca de sesenta

alumnos, pues en general todos son de familias acomodadas para quienes significa poco dos duros. El sábado a mediodía y después de las clases, Palacios y yo despedimos, sombrero en mano, desde la desierta entrada del Instituto, a los últimos asistentes a la fiesta, que se celebraba al aire libre en La Bombilla.

Y... hasta hoy por la mañana no me he enterado de los detalles de la fiesta; cogí por mi cuenta al vicesorero de la Asociación de Estudiantes, como quien dice subordinado mío, que había asistido al banquete, y le hice que me contara algo. Dicho individuo, que es catalán y buena persona, me dijo que la comida transcurrió en medio de la mayor alegría y orden; acudieron don Gonzalo, don Remigio, don Silvano, el catedrático de Agricultura del grupo que no es el mío, y don Vicente, germen y motivo, aunque él no lo supiera, de tal fiesta. Por supuesto acudió don Marcelo que presidió la mesa. A cada catedrático se le puso a ambos lados una pareja de alumnas y los alumnos distribuidos convenientemente. Por petición de los alumnos, todos los catedráticos hablaron, con palabras llanas por reinar una suma franqueza en el acto, y cuando le tocó el turno a don Marcelo tuvo que callarse ahogado por la emoción que lo embargaba; alguien hizo alusión al poco tiempo que le resta como Director, por estar próxima su jubilación, y esto fue lo bastante para que llorara como un niño. Don Gonzalo habló con su palabra franca y optimista de siempre. Sólo por haberlo oído hubiera dado yo por bien pagados los dos duros si los hubiese tenido; alabó la belleza de las alumnas y dijo lo simpático que tanto a él como a los demás profesores les parecía aquel acto, primero de aquella índole. Don Remigio, el severísimo, al hablar dijo dirigiéndose a los alumnos: «Amigos míos...» Don Silvano dijo que daba por enteramente olvidados los pequeños disgustos que le habíamos dado en el año, y animó a los de sexto a que fundáramos una Asociación de Antiguos alumnos de San Isidro. Los profesores de Agricultura no hablaron. Pregunté al que me informaba: «¿Pero y don Vicente, qué tal se portó?» Dijo que estaba el hombre tan conmovido que no sabía qué decir ni qué cara poner, aceptando con mano temblorosa las aceitunas que las señoritas le ofrecían y procurando reír con su enorme boca que parece la hendidura de una calavera.

Una hora después de la comida se marcharon los catedráticos dejando a los alumnos en plena libertad; se trajo un organillo y se organizó un animado baile: primero se lanzaron a la pista parejas «unisexuales», de dos chicos o dos chicas, pero luego se rompió con toda clase de prejuicios y se formaron parejas de ambos sexos, cosa rara teniendo en cuenta el carácter de nuestras compañeras, que ya he dado a conocer, pero al parecer durante la comida hubo vino en abundancia.

Y ya de noche tornaron a la ciudad, satisfechos de la fiesta. Fiesta que, como he dado a conocer, no pudo tener un origen más disparatado, pero que al fin resultó altamente simpática y hasta beneficiosa, pues mis compañeros no dejan de apuntar maliciosamente la idea de que las descritas horas en que confraternizaron profesores y discípulos no dejará de influir favorablemente en los próximos exámenes¹⁹.

Los futuros célibes

14 - JUEVES.—Una grave enfermedad se ha encargado de establecer una honda diferencia en la duplicidad de imágenes que la Naturaleza había puesto en los dos hermanos gemelos Manuel y Emiliano, ya conocidos.

La ha sufrido el que tenía el cargo de bibliotecario en la Asociación, habiendo estado cerca de medio mes sin venir a clase, y en cuyo tiempo no he dejado de preguntar a su otra vera efigie por la salud del enfermo. Al fin ha reaparecido ayer, pero ¡qué variado!, con color de cera, cara chupada y mirada mortecina; ahora sí que se ha roto el maravilloso parecido que existía en ambos, pues el otro rebosa salud y vida.

Aunque ya dije algo de ellos, en lo que va de año he tenido ocasión de apreciar las excelentes prendas y genialidades de carácter de ambos hermanos. Son naturales de Asturias y no sólo tienen idéntico físico, sino hasta el mismo modo de pensar, siendo el tema de sus conversaciones estos tres, invariablemente: las excelencias de Asturias, de la carrera militar y..., ¡cosa rara!, en hablar pestes de las compañeras y de las mujeres en general. Respecto a lo primero, baste con decir que no he visto más ardientes defensores de su patria chica; cualquiera de los dos aprovecha la menor ocasión para entonar un canto a Asturias y especialmente a Gijón, que es donde han nacido. Empezando por la importancia histórica, para lo que citan con entusiasmo a Pelayo y a la epopeya de Covadonga, y acabando por sus industrias, Asturias es para ellos la perla de España. «¿Qué región de España puede compararse con Asturias, a pesar de su pequeñez? Si es por la agricultura, ella produce manzanas en sus «pomaradas», maíz y otras mil cosas. ¿Y en industria? ¿En qué región hay más altos hornos, más fábricas de vidrio, más minas de hulla, más vías férreas? Y si buscamos asturianos célebres, no hay que trabajar mucho... Jovellanos, ¿eh? El gran Campoamor, ¿eh? Y novelistas, y literatos, y músicos...» Y así continúan dando a conocer su región, de la que si están apartados es por contingencias familiares. Les es simpático don Silvano porque en cierta época desempeñó su cargo de catedrático en Oviedo, aunque entonces no habían nacido ellos todavía ^{19 bis}. La mayoría de los compañeros motejan a estos hermanos de tontos por su manía de hablar siempre de su tierra, pero a mí no me parece tal, y encuentro este entusiasmo bastante patriótico, pues por ahí se empieza a amar luego a la nación donde está la tierra natal.

Y en verdad que no están desprovistos de este entusiasmo patriótico, y buena prueba de ello es que asimismo les enamora la carrera militar, para la que se prepararán apenas terminen el bachillerato. Si por las galerías pasa algún padre de un alumno, militar y de uniforme, lo contemplan con respetuosa admiración y han de contenerse para no cuadrarse y saludar; tienen en distinguido concepto a los hijos de militar y para el Ejército las mayores alabanzas; su sueño dorado es la época en que se pongan la gorra de plato y un sable les azote el costado, y no para lucir tales prendas en las calles de la ciudad, sino que piensan, apenas salgan de la Academia, pedir un puesto en las tropas de África. Y todo esto es más raro en cuanto que ni su padre es militar ni tienen ningún pariente militar, pues generalmente esta afición de la milicia suele ser hereditaria, sintiéndola quien tiene su padre militar o antecedentes familiares de tal profesión. Ellos serán los que inicien en su familia la carrera de las armas, pero ¿de dónde les habrá venido a ellos tal entusiasmo?

Pues bien, estos simpáticos gemelos, tan patriotas, tan esforzados, tienen otro gracioso tema, y es que no les gustan las chicas, pero que ni verlas; son los seres más antifeministas que he visto. Paseando por las galerías esquivan los grupos de alumnas como si les quemaran; ya dije cómo se las arreglaron en clase de Química para evitar el contacto de una chica que por su desgracia les tocó al lado; cuando en alguna clase cuchichean

las alumnas, ellos las miran con torva mirada y murmuran: «¿No estarían mejor en su casa, cuidando el puchero?» Por supuesto que las chicas no están enteradas de esta malquerencia de Manuel y Emiliano, pues si no quizá los harían víctima de alguna sangrienta venganza. Para ellos, las chicas no vienen al Instituto más que a murmurar, a coquetear y a sacar novio. Una vez les dije: «Puesto que tal desdén mostráis por el sexo femenino, supongo que no os casaréis.» «¡Nunca! —me ha dicho cualquiera de ellos—. Y para la carrera que emprenderemos, poca falta nos hace y gran estorbo es. Si de mí dependiera, yo prohibiría a los militares que se casaran; un militar debe ser libre por muchas razones: si lo trasladan de un punto a otro, cosa frecuente, no tiene que cargar con los engorros de mujer e hijos, y si lo matan, no deja viuda ni huérfanos desamparados.»

Yo les deseo sinceramente que perduren en sus convicciones. Para ser guerreros esforzados todo lo reúnen: ardor bélico, intenso amor a la patria y olímpico desprecio al sexo débil, que es y ha sido rémora y freno de los más inclitos héroes.

Literatura y proyectos..., proyectos...

17 - DOMINGO.—Ayer sábado, el Centro de Cultura que ya he dado a conocer celebró su acostumbrada reunión semanal y sabatina, pero a continuación del programa figuraba una coletilla en la que se hacía conocer que unos alumnos hablarían de un importante proyecto, por lo que se rogaba la asistencia de los alumnos de sexto. Resolví, por lo tanto, concurrir para enterarme del proyecto, y a las cuatro y media ocupé un escaño del salón donde la vez anterior me hallaba inquieto por los azares de un *debut*. Presidía don Marcelo, cosa que no hace con frecuencia, y además se daba el caso de que también ocupaba un puesto en la presidencia don Gonzalo, que no tiene por costumbre asistir a tales actos. El narigudo Núñez, digno secretario del Centro, y los demás miembros, incluso la vicepresidenta, la joven Pardo, ocupaban sus puestos respectivos.

Llamó don Marcelo al autor del primer trabajo a leer y resultó que era Galván, el aprendiz de cantante. Había emprendido el hombre la tarea de dar a conocer las vidas de algunos tenores célebres, para lo cual fusilaba cuantas enciclopedias caían en sus manos, y el día a que me refiero le tocó el turno a Gayarre. El trabajo estaba regular, pero lo más divertido era ver la entonación tan patética que daba a la lectura, sin que tal tono viniera a cuento, y los ademanes y miradas vagas con que sazónaba la lectura. El irrespetuoso público que lo escuchaba no hizo caso de la erudición del trabajo y lo interrumpió frecuentemente con risas; al final se le premió con una gran ovación (por supuesto, esta ovación se le da a todo el que lee algo, sin excepción), y él saludó como de costumbre, inclinandose profundamente y llevándose la mano a la viscera cardíaca. El segundo autor resultó ser un «escribidor» contaminado con la actual peste de chistes y retruécanos al uso; el asunto de su trabajo era un señor, llamado Entrada, que escribió un pasillo teatral, y luego venía la consiguiente pregunta: «¿Te ha gustado "el pasillo de Entrada"?»

El tercero y último no fue autor, sino autora: una jovencita de agradada presencia que desenrolló con desenfado sus cuartillas. Después de haber oído las vaciedades y disparates de los dos autores precedentes, el trabajo de la citada muchacha merecería por sí capítulo aparte, por su buen estilo y su interesante fondo. Disertó su composición sobre el hecho,

falto de fundamento, de que haya jóvenes estudiantes que se ofendan y les parezca humillante el que les llamen «bachilleras». Relataba lo sucedido a una amiga suya, a la cual, habiéndole tenido que decir un joven, en un juego de prendas, las dotes que la adornaban, le dijo: «Tiene usted unos ojos lindísimos, una boca preciosa, pero ¡qué lástima que esté usted estudiando para bachillera!» Sobre este tema, pues, versaba el trabajo, y venía a sacar la consecuencia, con fundamento o sin él, de que hay hombres que desprecian a las mujeres que estudian, por sentir cierto despecho al ver que la mujer, estudiando, se crea una situación independiente y se emancipa del hombre. Aunque tal trabajo hubiera estado mal redactado, por su fondo se destacaba enormemente de las tonterías que se suelen leer en las sesiones del Centro de Cultura.

Se dio por terminada la parte literaria y se pidió se diera a conocer lo que la coletilla de la orden del día anunciaba. Don Marcelo invitó a que hablase cualquier alumno enterado de la cuestión, y entonces Ortiz, prototipo de los alumnos organizadores de profesión, tanto de una algarada como de una comunión escolar, pidió la palabra y dijo que durante el banquete recientemente dado a los profesores, uno de éstos había lanzado una hermosa idea, «la cual, como semilla fecunda, había fructificado vigorosa y rápidamente». Tal idea era la de fundar una Asociación de Antiguos Alumnos, expuesta por don Silvano, según dije, y que tenía por objeto el unir a los alumnos que salieran definitivamente del Instituto para no perder los lazos de compañerismo. Desde el día que lo supe dije para mí: «Extrañísimo sería que tal proyecto cayera al vacío, cuando parece que hay ahora una fiebre de fundación de asociaciones, sociedades, centros y círculos, en donde lo principal es formar acto seguido la Junta directiva, aunque no haya socios». No me engañé, en efecto, al oír el discurso de Ortiz. Don Marcelo contestó que le agradaba en extremo la idea y que contarán con su apoyo. También pensé: «¿Cuántas veces no habrá dicho el director lo mismo, que le agrada la idea y que cuenten con su apoyo? Es indiscutible que el entusiasmo que tuviese en su juventud por tales cosas se le haya ya gastado, a fuerza de proponerles fundaciones de sociedades, que habrá visto disolverse al mes de su formación.» Pero, en fin, rutinariamente o no, a don Marcelo, como digo, pareció gustarle la idea, y añadió que quien quisiese la expusiera con más amplitud. Entonces, cuatro o cinco se levantaron para decir que había una compañera dispuesta a leer un trabajo en que exponía tal fundación, y entre dos chicas levantaron casi a la fuerza a Raquel, que, toda ruborizada, se negaba a leer el trabajo públicamente. Pero don Marcelo le ordenó que subiese a la tribuna y, quieras o no, subió la primera de sexto, roja como una amapola. Iba a empezar a leer cuando entró oportunamente don Silvano, que es el que dio a Raquel las líneas generales del proyecto. Se volvió a hacer el silencio y Raquel leyó el trabajo, bien escrito, y sobre todo con sentimiento: «Seis años en los que diariamente vivíamos unas horas bajo el mismo techo... Haber compartido las mismas penas y alegrías... Luego, la dolorosa dispersión y el olvidarse pronto de los hermanos de estudio.» Bien escrito estaba aquello, reconociéndose quizá la mano de otro que no fuera la lectora; el pensamiento, delicado por sí, se hacía quizá más tierno por la voz infantil y delgada, como hilo de cristal, de Raquel. Se le dio al final un número de «¡bravos!» que la aturdieron. Luego pidió permiso para ocupar la tribuna y decir algo más Ortiz, que por las trazas vi que llevaba vena guasona y disposiciones de lucir su elocuencia, pero no añadir nada nuevo.

En efecto, así resultaron de disparatadas las razones que ensartó; se aprendió la invocación de «Queridos hermanos» y la endilgó cuatrocientas veces; «su amor por los profesores era ¡salvaje!» (ha sido expulsado de clase casi a diario); los párrafos elocuentes los apoyaba con desaforados gritos. Al fin vino el incidente: como recurso oratorio y para dar realce a la idea de la futura Asociación, dijo que había un individuo que se había permitido decir que tal Asociación no tendría fuerza oficial ni carácter alguno; el individuo aludido, que es un compañero, estaba presente, y Ortiz, en el calor de su filípica, se olvidó de las reglas oratorias y se dirigió sólo a él, poniéndolo como un trapo; el otro se levantó protestando y Ortiz abandonó la tribuna para argumentar a puñetazos; sabe Dios lo que hubiera ocurrido si don Marcelo no hubiera ordenado al orador trasladarse a su sitio. Luego averigüé que todo fue una farsa para alborotar un poco. Algunos más hablaron luego, sin añadir nada a lo que dijo Raquel en su artículo, y por fin don Marcelo, para resumir las diferentes impresiones, dijo que don Gonzalo y don Silvano nombrarían una Comisión para que redactara un brevísimo reglamento para la naciente sociedad. Y a continuación se dio por terminado el acto, quedando en el ambiente un nuevo proyecto de asociación. ¿Cuajará o será nube de verano? Me parecen muchos los proyectos semejantes que durante el año han nacido.

En vísperas de dos sucesos

21-JUEVES.—En gran tensión de ánimo tienen a los estudiantes dos sucesos que se realizarán en un mismo día, nada menos. El primero de ellos, que tendrá lugar por la mañana, consiste en la solemnidad anual de reparto de diplomas a los alumnos que obtuvieron premio el curso anterior, acto que siempre se reviste de honores de gran fiesta, celebrándose en la «Capilla». Habrá este año discursos de profesores, fotografía de rigor y hasta una banda de música, cosa ésta que otros años ha faltado. Me interesa el acto, como a mis restantes compañeros, y además porque tengo un premio que saqué en Literatura completamente a pulso. Aunque hay bastantes estudiantes del Instituto que tienen premios, tienen además muchos que cursan en colegios particulares y que se examinan en «nuestra casa». Ayer llamó don Marcelo a varios alumnos de sexto, nombrándolos «jefes de banco», con el encargo de contribuir a mantener el orden. Esta solemnidad ha sido siempre muy agradable para premiados y no premiados.

El segundo acontecimiento quizá gane a éste en emoción; se trata nada menos de la realización de las funciones teatrales que inició don Carlos, el profesor de Literatura... ¡Ya era hora! Por cierto que resulta curioso, lo mismo que sucedió con el banquete que se dio a los catedráticos, la serie de evoluciones que la primitiva idea ha sufrido y que ha hecho que la fiesta que se dará el sábado por la tarde tenga una pompa que no sospechara don Carlos al principio. Regresó el susodicho catedrático de la comisión que lo llevara a Francia, reorganizó sus huestes y se acordó que las representaciones se darían nada menos que en estas condiciones: en un teatro hecho y derecho, de los de primer orden, pues se vio que la idea de dar la función en la «Capilla» era irrealizable por escasez de local, y más que todo porque la cosa apenas trascendería fuera, cosa que don Carlos quiere para que se vea el trabajo de los alumnos de San Isidro. Así es que se cuenta ya con el teatro Español, magnífico local cedido amablemente por la empresa; las localidades empezarán a repartirse mañana,

asistiendo los alumnos y familias. En uno de los entreactos recitará cuentos y poesías el cantante chiflado, Galván, ¡cosa buena, en verdad! Y con la perspectiva de estas dos solemnidades, ¿cómo quieren que piense uno en libros y exámenes?

En la «Capilla»

23. SABADO.—Procuraré dar a conocer el acto escolar de esta mañana fecundo en impresiones, ya gratas, ya violentas. A las diez estaban las galerías, escaleras y patios del Instituto cubiertas de un gran gentío, estudiantes en su mayoría, y además señoras, caballeros, militares, sacerdotes y catedráticos; difícil era encontrar en tal barullo uno de los habituales compañeros de curso. No hay más que considerar que los chicos que asisten al Instituto como alumnos de él representan menos de la centésima parte del total de estudiantes madrileños, y así es que al concurrir todos a dicho Centro se concibe que apenas se pudiera uno mover en las galerías. En el patio que precede a la «Capilla» se hallaban unos individuos que prometían alegres ratos: era una banda de música con su director al frente, un señor barrigudo y bonachón. Multitud de muchachas alegraban con sus vestidos de vivos colores los sombríos pasillos, ¡cuánta risa argentina!, ¡cuánto piropo! La multitud abrió paso de improviso y atravesó el anciano don Marcelo, de tiros largos, con una reluciente chistera que, puesta en el suelo, hubiera alcanzado su misma altura. La entrada de la «Capilla» se abrió y con no poco trabajo se logró que cada cual se sentara ordenadamente: las jóvenes ocupando bancos en primer lugar, los alumnos en las gradas. A los alumnos premiados ya se les había entregado previamente en Secretaría los diplomas. En el estrado se hallaba el Claustro de profesores en pleno: don Remigio, con su perfil enérgico y sus antiparras ahumadas; don Gonzalo, sonriente y retorciéndose sus puntiagudos bigotazos; don Vicente, con su fisonomía cansada y escéptica; don Silvano, leyendo atentamente los nombres que hay esculpidos en las paredes, y además, los catedráticos pertenecientes a los demás cursos, hasta hacer unos veinte. En el mar de caras extrañas se veían islotes conocidos: los dos hermanos gemelos, empuñando cada cual un diploma; Raquel, nada menos que con ¡cuatro!; Ortiz, hecho jefe de banco y metiendo más jaleo que si todos los encomendados a su custodia gritaran a la vez; Galván, con la vista en blanco, y Lizárraga, intrigado al ver que tres de los nombres esculpidos en la pared formaban consonantes. A mi lado se puso Palacios, fija la mirada en un faro que estaba a veinte pasos de él: la bella Laura, que blandía un diploma y cuchicheaba con sus compañeras mirando a mi infeliz amigo. Don Carlos, el profesor de Literatura, repasaba unas cuartillas, pues estaba encargado de leer el discurso de rigor. La banda se colocó en un ángulo del salón. Este, una vez lleno, presentaba un golpe de vista hermosísimo.

Empezó el acto con unos golpecitos dados con la batuta por el maestro, alzó los brazos y resonó un alegre pasodoble; una ola de entusiasmo circuló por todos como un rayo y la música hizo latir más aprisa los corazones. «¿Qué virtud tiene la música —me dijo con voz alterada Palacios, que es algo dado a las filosofías— que oyéndola, si se mira el rostro de una muchacha, aunque sea rematadamente fea, parece celestial?» «Entonces, ¿qué te parece ahora el de Laura?», le dije. Alzó los ojos al techo, sin contestar, y volvió a abismarse en la contemplación de su adorada. Cuando acabó la música, multitud de manos se unieron para tributarle calurosa ovación.

Un oficial de Secretaría se adelantó con una larga lista y por espacio de quince minutos leyó nombres y más nombres de alumnos premiados; si aquello dura algo más son capaces los asistentes de gritarle: «¡Fuera!» Siguió otra pieza musical; instintivamente miré a Galván, a quien veía no lejos de mí: tenía la cara encendida, los ojos brillantes, los dientes apretados y con todo el cuerpo seguía los compases del maestro.

Se levantó luego un joven, alumno según supe, que acabó el año pasado, y leyó unas cuartillas en honor del literato Navarro Ledesma, que fue catedrático de este Instituto. Acabado esto, se preparaba el maestro de nuevo a empuñar la batuta, y los alumnos gritaron a voz en cuello el nombre de una pieza musical que está sobre el tapete, de melodía lenta, pegadiza y agradable; obedeció el cachazudo director y todos nos trasladamos por unos minutos al Paraíso. Habló luego otro señor desconocido para mí y, por fin, alguien de la casa, don Carlos; evocó también la memoria de Navarro Ledesma, alabando a tan insigne hombre, y acabó contándonos un cuento o «enxiemplo» de don Juan Manuel, encaminado a que no olvidáramos a nuestros profesores. Más música y luego el aditamento de todo acto solemne: fotografía y fogonazo correspondiente. Mientras un compañero que tenía al lado me explicaba la composición química de la sustancia que ocasionaba la explosión, mis ojos se fijaron en una humilde y casi insignificante lapidita, de madera, que se hallaba en uno de los muros del salón; no contenía más que un nombre, desconocido para mí, la mención de un pueblo y una fecha. Interrumpí la erudita disertación del compañero y le dije si sabía lo que significaba aquello; me informó que la modesta lápida aquella conmemoraba el acto heroico realizado por un alumno del Instituto en la fecha y lugar que allí decía: veraneando en dicho pueblo salvó la vida, con grave peligro de la suya, a una niña pequeña que cayó al río; acción tan heroica le valió que su nombre fuera puesto en la «Capilla» al lado de tanto hombre sabio y catedrático, para estímulo de los alumnos. Como ignoraba el caso, me interesó bastante²⁰.

Pero el acto de reparto de premios tocaba a su fin. Don Marcelo se levantó para cerrar el ciclo de discursos, y lo primero que dijo, hecho un silencio sepulcral, fue esto: «Quiero ante todo deciros... que tengáis cuidado al salir para no atropellarse unos a otros.» El mismo de siempre, con sus salidas de tono. Luego dijo algo más, ya serio, en términos llanos y tiernos; cada vez que nuestro anciano Director tenía que intervenir en un acto escolar como éstos, le cuesta más trabajo el tener que decir algo porque se emociona mucho.

Luego empezó el desfile. ¡Qué mezcla de sexos, edades, grados, categorías y uniformes desembocaban por aquellas galerías! Es una vez al año cuando una multitud así alegra los pasillos del Instituto. Luego, los habitantes de costumbre lo encuentran al día siguiente más íntimo, al no ver más que las caras conocidas de siempre.

Fiesta trascendental

27 - MIERCOLES.—Nunca llegó a creer nadie que la fiesta que allá casi a principios de curso proyectó don Carlos hubiese tenido realización tan brillante como pudimos ver todos el sábado por la tarde, día, como se ha visto, fecundo en emociones; ha sido indudablemente el suceso más saliente del año. Si quisiera resumir en unas palabras la fiesta diría: mucha luz, mucha alegría, muchos trajes vistosos y muchas caras conocidas.

No por azares de la suerte, sino merced a sabias combinaciones, las butacas de Palacios y la mía estaban juntas y ambas a su vez no muy lejos de la lila donde Laura, la chica de quinto que tan bien conoce Palacios, reía como una loca. Desde luego, las chicas, para amenizar algo ocasión tan solemne, rompieron su costumbre de agruparse juntas y se hallaban mezcladas y diseminadas por grupitos entre los alumnos. En la fila posterior a la que estábamos se hallaba Margarita, con un vaporoso traje verde que le dejaba al descubierto los brazos desde el hombro. Los palcos principales se habían reservado a los profesores; vi a don Silvano colocado entre dos bellas jóvenes, que según supe eran sus hijas; don Remigio, ¡oh, hecho inaudito!, se reía alegremente con una señora pequeñita y viva como él, que era su esposa; a don Carlos no lo vimos ni un momento en la sala, pues como organizador de la fiesta se hallaba entre bastidores preparando los mil detalles de la representación y dándoles los últimos consejos a los actores, como general en batalla. Los bedeles, con sus uniformes más flamantes, habían acudido todos ejerciendo de acomodadores. Y aquí y allá veía a mis antiguos conocidos, destacándose más Ortiz, que se movía de un lado para otro reclutando «aplaudidores» para dar sonoras ovaciones al final de cada número. Y el ruido, las conversaciones y la bulla eran tales que había que hablarse a grito pelado.

Se encendió la batería y los inquietos espectadores se sentaron con presteza; se hizo el silencio y el telón se levantó pausado. El programa que tenía en la mano decía que el primer número consistía en la representación del «paso» de Lope de Rueda *Las aceitunas*. La escena apareció solitaria, y de izquierda a derecha avanzó un personaje vestido a estilo de los villanos de la Edad Media: llevaba un haz de leña que soltó en el suelo al llegar a la mitad de la escena y se volvió hacia el público. *In mente* recité el cantar popular: «Llevaba una mano fuera, por ella lo conocí»; en efecto, en aquella cara, embadurnada de colorete, sobresalía una formidable nariz, propiedad del respetable Núñez, secretario del Centro de Cultura, si bien había tenido que despojarse de los lentes para no desentonar; salió luego su mujer (de mentirijillas), representada por una garbida compañera, de ojos acerados; sobre esta actriz gravitó el peso de la obra, y por cierto que desempeñó su papel con una desenvoltura y gracejo notables; ya casi al final de la obra entró un nuevo personaje, el vecino que viene a poner paz en el matrimonio, y en él reconocí al buen Arizmen-di, muy poseído de su papel. El telón se levantó varias veces en honor de los actores al finalizar el «paso».

Siguió después una comedia de Cervantes, respondiendo a la idea de don Carlos de dar a conocer alguna obra dramática del gran autor; en dicha pieza salieron unos gitanos que cantaron unos romances que no se hallan en el original y con la deplorable ocurrencia de cantarlos con música, si música se puede llamar al sonsonete monótono que le dieron. Pues he aquí que al acabar la pieza, entre dos actores sacaron al autor de dicha joya y pudimos ver, ¡gran Dios!, al chiflado Galván. ¿Con qué podría compararse la satisfacción que recibió al recibir aquellos aplausos desde la escena de un teatro y de un tan distinguido público? Su espinazo creo yo que ha quedado encorvado para siempre.

Se anunció un descanso. Raudales de luz invadieron la sala y empuñando unos gemelos me propuse reconocer las cercanías. Valía cualquier cosa echar una mirada a los palcos, rebosantes de damas elegantes y caballeros de punta en blanco; a la natural satisfacción de contemplar tanta

gente se añadía la de poder decir: «Esa es Fulanita; aquél es Zutano.» Pero los gemelos me fueron arrebatados pronto por Palacios, pues Laura se había vuelto hacia nosotros. «Pero, ¿cómo va eso?», le dije, entre enfadado y risueño. «Platónico nada más», me dijo él, sin dejar de mirar. «¿Y a qué esperas?» «Es muy esquiva —me dijo, dejando los gemelos, desolado—. Hasta ahora madrugo mucho, la espero frente a su puerta, la veo cómo toma el tranvía y me vengo andando al Instituto.» «¡Precioso plan de campaña!», no pude menos de decirle riendo. «Si llego a caer en una butaca junto a la suya —dijo el pobre Palacios con decisión— no pasa de hoy sin que le hablara. Pero no tardaré mucho.» «¿Qué le ha parecido la primera parte?», me dijo Margarita, tras de mí. «Muy bien. Pero, ¿por qué no ha trabajado usted?», le pregunté, recordando que la habían propuesto para el cuadro artístico. «¡Oh! —me dijo, haciendo un gesto de espanto—. ¡Soy muy nerviosa y lo hubiera echado todo a perder!» Otra compañera cortó la hebra tan amablemente pegada.

Junto al foso vi a don Gonzalo que felicitaba efusivamente a una de las alumnas actrices. El «Buey Apis» pasó junto a mí echándome una mirada bondadosa; no le faltaba más que le colgara un hilo de baba para parecer un satisfecho buey. Volvieron las baterías a encenderse y cortáronse todas las charlas. Empezó la representación de un sainete de don Ramón de la Cruz, el retratista de majas y chisperos. La alumna de los ojos acerados y penetrantes salió vestida de maja, ¡y qué bien le sentaba tal vestido a su natural fiero! Hubo en el sainete toda clase de lances: Núñez tiró de navaja y las majas se dieron de cachetes. Al final de esta función, el glorificado Galván leyó algunas poesías clásicas, causando el alborozo de la galería, pero él estaba muy por encima del mundo terráqueo. Finalmente, y para cerrar el ciclo teatral, se representó un sainete moderno, viéndose, pues, que don Carlos había pretendido hacer una especie de historia del teatro español. Fue una pieza de enredo, en que Núñez derrochó su no escasa «vis cómica» y en la que todos los actores del sexo feo disfrutaron de lo lindo al danzar con unas modistillas, encarnadas en varias compañeras. Arizmendi recitó por fin lo de «aquí terminó el sainete, perdonad sus muchas faltas», y se dio por terminada la fiesta.

Salimos lentamente; el vestíbulo era un jardín de colores vivos, las damiselas que iban a salir se despedían alegremente y las que salían se tapaban cuidadosamente la boca; en la calle aguardaban numerosos automóviles, familiares y criados. Palacios se despidió de mí y partió, dirigiendo su rumbo hacia su estrella fija. Por unos momentos permanecí en la acera viendo salir a los últimos concurrentes; luego, un pie tras otro, me dirigí solo hacia casa recordando los incidentes de la fiesta y poseído de una extraña melancolía no nueva en mí que me hace considerarme como un ser despreciable y sin importancia²¹.

M A Y O

Tropiezos de las bachilleras

4 - MIERCOLES.—El infatigable y laborioso don Gonzalo ha empezado unas nuevas prácticas de Historia Natural con sus alumnos. Se necesita en verdad paciencia y buena voluntad para atender a los grupos que sucesivamente conduce a su laboratorio: uno se hiere con el escalpelo, a otro se

le rompe la preparación, el de allá se da a los diablos porque no distingue nada a través del microscopio, «la» de acullá, por curiosar, se ha puesto perdida de fucsina, y don Gonzalo a todo acude, para todo tiene solución, a todos da un consejo y siempre sonríe.

Cada grupo de éstos está formado por mitad y mitad próximamente de alumnos y alumnas. Y en las prácticas, y ya fuera de ella, me hacía observar Arizmendi (que es algo dado a la galantería) que no deja de ser una lástima que la ciencia constituya una barrera infranqueable para las naturales expansiones entre dos estudiantes de distinto sexo. Me explicaba que mientras trabajaba había dicho a Mercedes, una compañera que ya habré citado: «Tiene usted unos ojos que parecen dos esmeraldas», y la aludida, acometida por una súbita duda, le preguntó: «Dígame, ¿la esmeralda no es un silicato de aluminio?» Arizmendi por poco se deja caer un microscopio ante tal salida.

Y la verdad es que, a mi juicio, nuestras amables compañeras se percatan y penetran demasiado en sus funciones científicas, pues no hay quien las haga entablar una conversación frívola, al menos en tan sagradas funciones de laboratorio. En tales prácticas, en que hasta animados por el ejemplo de don Gonzalo podíamos permitirnos un poco de «flirteo», véase las clases de conversaciones de nuestras condiscípulas: «¡Oh, observe usted qué admirables estomas presenta esta epidermis de lirio!» «¿Cree usted que este sulfuro sea de cobre?» «No sea usted precipitado y sople con suavidad sobre el carbono.» Y así por el estilo. ¿Cómo hablar de algo espiritual con una chica si a lo mejor le salta con que sabe resolver ecuaciones de segundo grado?

Son bastantes las alumnas discretas que saben, fuera del aula, comportarse como mujeres, con espíritu femenino; pero tampoco escasea el ejemplar de bachillera marisabidilla que no desaprovecha ocasión de sacar a relucir su ciencia, y éstas, en verdad, son insoportables. Viva en buena hora el sexo bello ilustrado, pero no el ilustrado y pedante. Y eso que soy bastante tolerante, porque al entrar las jóvenes en el gremio estudiantil tienen que resignarse a ciertas cosas que a veces son bastante antiestéticas... Produce, por ejemplo, un efecto tan lamentable ver a una chica guapa manchar sus labios explicando la fabricación de estiércol con excrementos humanos... ¡Vaya!, hay cosas que resultan muy desfavorables para el femenino sexo. Pase que se entusiasmen con la descripción de las flores en Botánica, asunto que parece exprofeso de su incumbencia. Y también hay un catedrático, como don Silvano, el de Ética, que procura a veces apropiarse y hasta dedicar algunas de sus clases a las alumnas, tocando temas como la historia del matrimonio, situación de la mujer en los diversos tiempos y otras cosas que ellas oyen como quien oye llover.

Siguiendo en este tema, recuerdo que el curso anterior, que llevábamos la asignatura de Fisiología con don Gonzalo, al llegar el día en que había que hablar de la reproducción, con no poca sorpresa nuestra vimos que el banco de las chicas apareció absolutamente vacío. Don Gonzalo, sonriendo inocentemente, nos dijo por vía de explicación: «A las señoritas les he dado hoy libertad de venir o no, sin apuntarles falta.» Me pareció, y lo mismo a muchos, un rasgo de pudor perfectamente tonto y, no dudo en llamarlo así, hipócrita, porque he de advertir que las alumnas son mucho más picarescas que nosotros; cuando en alguna clase se desliza un párrafo

o frase algo peligrosa, nosotros la comentaremos burdamente con cuatro carcajadas necias, pero a cuenta de ellas corre el cuchichear, reír con risa reprimida y hacer largos y callados comentarios sobre el asunto.

Principios del fin

9 - LUNES.—¡Qué aspecto tan distinto toma el Instituto en cuanto se van acercando los días de la segunda mitad de mayo! Como, según he dicho, la mayoría de los estudiantes de Madrid cursan sus estudios en Centros particulares, como todos han de pasar por las «horcas caudinas» del Instituto, estos días próximos al desenlace se caracterizan por una intrusión de estudiantes forasteros que se dan una vuelta por nuestros claustros a modo de exploradores para ver el estado de las fieras, léase catedráticos. Se añaden a éstos la nube de padres, tutores, encargados y maestros que vienen al mismo fin y, además, a resolver trámites de documentos, pagos, días de examen, y sobre todo a ver si este año los catedráticos «aprietan» o no «aprietan». Y cruzan presurosos sacerdotes con las manos llenas de libros y documentos, vejetes de raída levita y hasta militares dedicados a la enseñanza del bachillerato. Es un ambiente muy especial el que reviste el Instituto estos días.

Es muy curioso observar el contraste que existe entre el bachiller que cursa fuera y el alumno del Instituto. Ante los ojos de aquéllos, nosotros ocupamos una posición elevadísima y privilegiada y nos miran casi con respeto por una multitud de razones. Los alumnos de colegios particulares tienen como horrible pesadilla durante todo el curso el acto del examen, y principalmenet al catedrático, señor desconocido y terrible, cuyo nombre pronuncian con pavor. Y no exagero lo más mínimo: siguiendo una pésima costumbre, los dómines de esos Centros, para conseguir que sus alumnos aprieten en determinada asignatura, lanzan la espantosa frase: «¡¡Que este año el señor Fulánez está rigurosísimo!!», y el señor Fulánez convive con nosotros todo el año y le conocemos sus características y debilidades. Este resorte del miedo es el que mejor manejan tales maestros. Y así es que un alumno de estos colegios se atreve estos días a pasarse por el Instituto, lugar de sus futuras angustias, y cuando ve pasar a un catedrático se pega a la pared figurándosele el tonante Júpiter que pasa en su carro... y nosotros le damos casi con el codo. Y nosotros somos su fuente de información más eficaz. «Perdóneme que sin conocerle... —dicen sonriendo—. ¿Suspenderá mucho este año el señor Tal?», y he aquí una prueba del carácter generoso y optimista de los estudiantes, pues nosotros podemos meterles a tales preguntadores el corazón en un puño contándole horrores de los catedráticos, cosa que los haría ponerse enfermos de miedo, mas sin embargo, siempre y a veces en contra de la verdad, se le suelen pintar las cosas de color de rosa. «¡No tenga usted cuidado alguno! Este año, a quien se sepa la tercera parte de la asignatura lo aprueba.» «Y dígame, ¿qué modo de decirle la lección le gusta más? ¿Aguardo a que me pregunte o se la digo toda?» Se le dan toda clase de seguridades y detalles, y con admirable cinismo el «chico del Instituto» le dice que de la mitad de la asignatura tal o cual nadie sabe una palabra.

He aquí el más terrible enemigo de los colegios privados: el Instituto. Es digno de saberse el modo con que hablan en tales sitios del Instituto, centro de desmoralización, de vicio, nueva Sodoma y, por contera, el argumento de mayor peso: ¡¡con alumnas!! Es lamentable dicha propagan-

da, encaminada como es natural a llenar las arcas de los directores de academias y colegios. Como dato, repetido tantas veces como se inaugura el curso, puedo decir que al Instituto suelen venir bastantes alumnos procedentes de esos colegios, intoxicados por un régimen disciplinario mal comprendido y son de notar en seguida por ser hipócritas, arteros, bruscos o inadecuados; al final del curso ya suelen ser muy distintos. Es un régimen de libertad el que se disfruta en el Instituto, pero de libertad beneficiosa para el que sabe usarla ².

Ultimos pasos de la Junta

14. SABADO.—Los famosísimos trabajos de Hércules han quedado tamaños comparados con los que ha pasado la Junta de la Asociación de Estudiantes, de la que soy indigno secretario, para lograr que los socios efectuasen el pago de una peseta; y tan admirable ha sido su constancia y ánimo, sobre todo del sin rival Telleo, que logramos la cantidad de cincuenta pesetas, suficiente para ir empezando. ¡Váyase a ir con peticiones de dinero a un estudiante que no suele tener una moneda en el bolsillo, o que si la tiene es por breves instantes, pues le falta tiempo para gastársela! Bastante fue el trabajo de conseguir que se apuntasen como socios. Pero, en fin, se hizo el milagro, gracias a la elocuencia y don de persuasión de Telleo, ponderando a los asaltados las muchas cosas que íbamos a hacer en cuanto las arcas sociales contaran unas pesetas; con el talonario de recibos en una mano y la pluma en la otra no dejaba ni respirar al infeliz asociado, que no conseguía escapar.

Al llegar a dicha cantidad dio la voz de «alto el fuego» y como hábil hacendista hizo la distribución del capital, para lo cual tuvimos un pequeño conciliábulo en un local que amablemente nos cedió don Marcelo. Tomó Telleo la palabra y dijo: «Es imposible seguir cobrando a los que aún no lo han hecho como los socios no vean inmediatamente que el serlo reporta algún beneficio material o moral. Así, pues, he pensado que la mayor parte de la cantidad recaudada, cuarenta pesetas por ejemplo, se destinen exclusivamente a la confección de un centenar o más de «carnets», lo más artísticos posibles, donde vaya el retrato del socio y su filiación como socio. De este modo, los que hayan dado la peseta la darán por bien pagada, y los que no, yo os aseguro que no tardarán en pagarla.» No pude menos de felicitar al ilustre presidente como consumado psicólogo, pues con su pequeño discurso demostró conocer a fondo a nuestros dignos compañeros de curso, niños a quienes se entretiene y emboba con cualquier cosa, aunque no les sirva para nada. Las otras diez pesetas las distribuyó en un dos por tres: cuatro a mí para dos cuadernos y un tarro de cola, tres al tesorero para un libro de cuentas, otras dos al bibliotecario para ir formando la base de la biblioteca, y la peseta restante... para «capital social». Se levantó la sesión y hubo un paréntesis de varios días.

Un buena mañana me dijo Telleo, dándome un paquete: «Ahí tienes unas cuantas docenas de «carnets». A todo socio que «haya pagado» —recalcó— le dices que te proporcione una fotografía, la pegas, llenas el texto y se lo entregas. Al que no haya pagado le exiges como primera condición...» «que pague», concluí. Me llovieron fotografías y he entregado numerosos «carnets» que han hecho la felicidad de sus poseedores.

Así las cosas, ayer nos sorprendió gravemente un aviso insertado en el diario *El Debate* por el que convocaba a la Junta de San Isidro y de otros

Centros a una reunión en el local de la Junta Central. Fuimos en pleno. Nos encontramos con una reunión de graves varones, y un señor calvo y dicharachero, ya todos reunidos, nos dio la grata noticia de que la Asociación había encontrado un local para Casino de estudiantes nada menos que en la Puerta del Sol. Pero ahora bien, como el gasto a hacer iba a ser considerable, por el moblaje, decoración, etc., el que hablaba terminó diciéndonos con la mayor tranquilidad que era de todo punto necesario que exigiéramos a los alumnos socios del Instituto la cantidad de «dos pesetas» por barba, «cantidad —añadió como si hubiese hecho un gran descubrimiento— que podría titularse "cuota pro-domicilio"».

Telleo miró al señor calvo y dicharachero de arriba abajo con una expresión indefinible. Salimos casi sin despedirnos y bajando las escaleras le dije: «Mira, quedan pocos días para finalizar el curso; los iremos capeando como se pueda y luego ¡si te vi no me acuerdo!» En otra ocasión el presidente me hubiera excomulgado por tales palabras, pero tal efecto le hizo el encargo de la cuota «pro-domicilio» cuando había sudado sangre para lograr diez duros, que, triste y pensativo, no me contestó palabra.

Relaciones póstumas discípulo-profesorales

18 - MIERCOLES.—Antes de que finalice el curso quiero dar cuenta del estado de relaciones entre los alumnos y los cuatro catedráticos que en el sexto año intervienen.

Del anciano don Vicente poco he de decir, porque todo sigue como en lo que va de curso. Días hay en que por tácito acuerdo de los alumnos deciden no hacerle rabiár; días en que la clase parece una jaula de locos, los alumnos saltan por los bancos, las alumnas se tiran pelotillas y el profesor se harta de lanzar anatemas entre rugidos de cólera. Poco se nota, pues, en esta clase la proximidad de los exámenes, y como el mismo don Vicente ha dicho, poca sensatez demuestran los alumnos con esta conducta, ya que al final del curso es cuando los bachilleres procuran tener más contento al profesor. Y eso que el de Agricultura, cada vez que hay jaleo coge la lista con mano convulsa y grita: «¡Ah! Ustedes se reirán ahora mucho, pero aquí tengo apuntados los que más me han hecho sufrir en el curso, y esos... ¡ya llorarán!»

¿Y es posible que estos mismos alumnos sean los que asisten a la clase de Historia Natural? Lo digo porque no puede ser más admirable el afecto que a todos nos liga a don Gonzalo, que, sin amenazar jamás, consigue que su clase sea una balsa de aceite. Correspondiendo él a este afecto, hace unos días nos dio a conocer un proyecto de reforma de exámenes, en el sentido de dar más facilidades para aprobar a todo el que tenga un poco de voluntad y ganas de estudiar, pues cometer él injusticias en cualquier sentido sería cosa inaudita. Y por vía de explicación a esta reforma nos dijo: «... y hago esto porque, para hablar sinceramente, he de decir que este año he sentido más cariño por la clase, he estado más en contacto con mis alumnos y, finalmente, porque siento más pena que ningún año al ver acercarse el final del curso.» Un clamoreo de protestas de cariño lo interrumpió, y voces de que si quería él, prolongaríamos el curso... ¡que ya es sacrificio!

Don Silvano es el único que sigue su marcha normal y que no ha mencionado para nada los exámenes, como si estuviésemos al principio del

curso. Continúa dando sus interesantes explicaciones y sosteniendo la clase con la misma energía que el día que cambió de procedimiento. Significa en verdad un esfuerzo colosal de voluntad el hacer torcer de rumbo un conjunto de jóvenes que ya se habían acostumbrado a perder el temor, pero él lo ha conseguido. Ya no hay tertulias, ni carcajadas extemporáneas, ni faltas de orden, siquiera no se le atienda lo que se merece. A las que sigue mostrando su acostumbrada animadversión es a las chicas, y así como no cuida mucho que nosotros atendamos o no, a ellas les echa por este motivo cada sermoncito que hay que oírlo. Quizá se explique este despego hacia las chicas por el hecho de que no tiene hijos varones y sí varias hembras, y por ello esté algo cansado de las chicas.

De don Remigio hay algo importante que decir; primeramente, que hace una semana está enfermo de alguna gravedad, sin duda alguna a consecuencia de un disgusto serio que le dio un alumno en plena clase, caso insólito, pues hará muchos años no se ha atrevido un discípulo suyo a discutir con él, como sucedió en el caso que voy a relatar. Parece ser que un alumno a quien no conozco más que de nombre, que es Mollá, tuvo un altercado con otro en las galerías, y el agraviado contó a don Remigio que Mollá lo había amenazado y otra porción de cosas (acto inoportuno y fuera de lugar, según unánime opinión). Al empezar la clase don Remigio llamó a Mollá y le dijo que mientras no pidiese perdón al ofendido no entraría en clase. No reparó don Remigio en varias cosas: primero, que tal mandato era un poco duro y quizá injusto; segundo, en que Mollá, por sus condiciones de familia y ocupación, según he comprobado por otros actos suyos, no tiene nada que perder y es él el único responsable de los éxitos o fracasos de su carrera (tiene algo más de veinte años); y tercero, que es el polo opuesto de la humildad. Así se explica el espectáculo que presenciamos, no queriendo el catedrático dar crédito a sus oídos cuando oyó replicar al alumno que jamás pediría tal perdón y que, sin embargo, entraría. Don Remigio se puso hecho un basilisco y ordenó a Mollá que saliese; el otro dijo que si le placía, el orgullo de ambos se fue encrespando como la espuma y la clase de Química vio, aterrorizada y medrosica, cómo su profesor devolvía al alumno los denuestos, poniéndose a su nivel. Salió Mollá al fin, y don Remigio quedó poseído de una agitación parecida a un ataque de nervios: era quizá la primera vez que le sucedía aquello. Al otro día cayó enfermo y desde entonces viene su auxiliar, con el consiguiente júbilo de la clase, que vitorea por los pasillos a Mollá. Desde luego éste ha perdido su matrícula en tal asignatura, y quizá quizá en todas, pero ya he dicho que es algo tronera y acostumbrado a estos percances.

El primer examen

21 - SABADO.—Hoy se ha verificado el primer examen, y ha sido don Gonzalo el que ha roto la marcha. Puede, pues, comprenderse el ambiente de zozobra y nerviosidad que nos domina. Pocos son los catedráticos que hacen sufrir a los alumnos laboriosos exámenes, pero don Gonzalo prefiere esto a que le tachen de injusto en cualquier calificación. Ha hecho un número determinado de papeletas conteniendo cada una de ellas cuatro temas distintos, y así nadie se puede quejar de favoritismos.

Ante el pavoroso peligro de los exámenes todos los prejuicios sociales y de sexo se han roto y a nadie le choca ver a un alumno ante una mucha-

cha explicándole con grandes gesticulaciones un capítulo difícil, ni que la coqueta Margarita una su rubia cabeza con la de Lizárraga el poeta para repasar en un mismo libro la división de los mamíferos. Todos se unen ante el peligro común.

Y ante este peligro, entre los alumnos se forman dos grupos perfectamente determinados: el de los preocupados y el de los despreocupados. Estos últimos pueden dividirse en tres subgrupos: los que no les importa los exámenes porque, estando limpios «de polvo y paja», han adquirido ya el suficiente cinismo para presentarse ante ellos para dar que reír un rato y luego recoger el suspenso con perfecta tranquilidad; segundo, los que, a pesar de estar flojos, tienen a gala adoptar un aire optimista, dando a entender que tienen tan seguro el aprobado como la cabeza sobre los hombros: éstos, cuando sobreviene el reparto de calificaciones y le sueltan un inesperado «cate», suelen eclipsarse «ipso facto», y tercero, los que son despreocupados porque tienen absoluto derecho a ello, y son los que el resto de la clase señala como seguro sobresaliente, por su tradicional talento y rara inteligencia. Pero los preocupados son un verdadero tormento, un insoportable tabardillo, advirtiéndolo que a esta clase suelen pertenecer desde el que no ha cogido un libro hasta el que se ha acostado todos los días a la una estudiando. Son seres en los que anida el espíritu, el virus de la duda y la zozobra; desde que oyeron al primer catedrático hablar de exámenes se les quedó la camisa pequeña; su ocupación es agarrar a cualquier compañero y preguntarle con rostro cadavérico: «Oye, dime sinceramente: ¿crees tú que me aprobarán?» Es inútil lo que se le conteste. Si se le dice que sí, toma esta afirmación por un caritativo consuelo, pero no es la verdad; si se le contesta que no, toma la expresión resignada de un reo en capilla y contesta: «¡Si ya lo sé yo!» O bien molestan con preguntas inocentemente capciosas: «¿Sabes cómo se obtiene el cloro? ¿A que no me lo dices?» Claro que lo que desea es que el otro le dé tal explicación, que se le ha olvidado. Es, en fin, el más desgraciado de los hombres.

Con el fin de terminar pronto con los exámenes se sostuvo don Gonzalo cerca de doce horas seguidas tras la mesa, oyendo examen tras examen, trabajo en verdad impropio, hasta acabar con los ciento y pico de la clase. Luego, y ya bien entrada la noche, salió el venerable «Buey Apis» con las notas. ¿Habría emoción comparable con la que remueve hasta lo más íntimo a las masas estudiantiles en tal ocasión? La turba histórica-natural se lanzó al asalto de la voluminosa persona del bedel, pugnaban por arrancarle las papeletas de las manos, treparon unos por las espaldas de otros y por un momento no se vio más que una confusa pirámide humana. Las alumnas, a retaguardia, pero no con menos emoción, se hacían una porción de cruces. Repartió el ayudante de órdenes de don Gonzalo como Dios le dio a entender y se dispersó la masa, unos dando corvetas de alegría con una magnífica nota; otros, huraños por obtener notas a su parecer injustas. En general dio don Gonzalo muy buenas calificaciones, viendo entre los sobresalientes a los hermanos gemelos, a Arizmendi, a Mercedes y a otros cuantos. Palacios obtuvo un aprobado, pero hay que considerar que vino tarde al curso. Las alumnas salieron muy beneficiadas. Yo, puesto que he obtenido un sobresaliente, pienso hacer oposiciones a la Matrícula de Honor, no por vanidad ni por nada de eso, sino por prolongar un par de horas más el contacto con don Gonzalo y por alargar breves momentos el curso, que se nos escapa ya de las manos.

Todo ha terminado

26 - JUEVES.—Hoy han terminado completamente los exámenes de las diversas asignaturas correspondientes a sexto año; a no ser porque el día 30 hay que recoger las notas de Química y Etica, hoy sería el día de la total dispersión. Los exámenes de Historia Natural fueron los primeros, como ya dije. Los exámenes de Agricultura eran esperados con ansiedad, sobre todo por los alumnos que habían hecho sufrir tanto a don Vicente. Y éste procedió así: hizo poner una silla ante su mesa y dijo: «Yo voy a calificar a todos, sin examen, por las notas de curso y según su comportamiento, pero si hay alguien que no se conforme con la nota que lo diga y se examinará.» Casi todos se conformaban con la nota, y si hubo alguien que no, que fueron cinco o seis, don Vicente le decía con voz cavernosa y semblante tétrico: «Pues si no está conforme, dentro de tres días viene usted a examinarse, a ver si le corresponde más nota.» A sus verdugos de todo el año, inflexiblemente... los aprobó. ¡Esta ha sido la venganza del bueno de don Vicente! Todos y cada uno de tales revoltosos hubieran sido dignos no sólo de que lo suspendieran en Agricultura, sino hacerles perder el resto del curso, y sin embargo salieron locos de alegría, pues ninguno de ellos esperaba esta «terrible» represalia.

Pero el suceso magno de los exámenes ha estado en la asignatura de Química, ya que, imposibilitado don Remigio de examinar en persona por impedírselo la enfermedad que aún lo retiene en cama, delegó esta función en el auxiliar, señor a quien constantemente han toreado los bachilleres. ¡Ahí era nada, pasar de don Remigio, severo y terrible como una esfinge de bronce, a su auxiliar, bondadoso de por sí y bastante escaso de energías! ¡Y en una ocasión como la de los exámenes! Puede comprenderse el júbilo de todos. Y también puede concebirse cuán grande habrá sido la contrariedad de don Remigio al no poder efectuar en persona los exámenes, el acto más importante del curso, cuando sólo el faltar a una clase ordinaria constituía para él un enorme disgusto. Ha efectuado, pues, los exámenes el auxiliar, y procuró revestirse de la mayor autoridad para hacer los exámenes por este tenor: «¿De qué se compone el aire?» «De oxígeno y nitrógeno.» «Bien, vaya usted con Dios.» ¡Igual que don Remigio, que ya sabemos por experiencia el recorrido que hacía dar a cada alumno que aprobaba!

Don Silvano también despachó a sus alumnos examinando concienzudamente, empezando por los que mejor nota tenían durante el curso y acabando por los que peor estaban, pero dejando a todos satisfechos. Y aún hubiera querido yo que en mi examen me hubiera preguntado algo sobre los temas que durante el curso ha explicado y que tan de mi gusto han sido. Siguiendo su costumbre, a las muchachas les ha hecho pasar más trabajos para salir airoas que a nosotros: basta el dato de que cuatro o cinco de ellas se levantaron de la silla llorando como Magdalenas.

Pero, en fin, no ha podido salir mejor el sexto año, pues no ha habido que registrar ni un suspenso. Muchos lo achacan a la influencia de aquel famoso banquete...; yo no; yo creo que a todos los catedráticos les cuesta mucho trabajo dar un disgusto al alumno que han visto a diario, aunque no pueda llamársele disgusto a un suspenso, ya que a veces tal nota sirva para volver a muchos al buen camino. Ya somos todos bachilleres, ya tene-

mos el «don» por derecho propio, y libre de la pesadilla de los exámenes hemos corrido al campo y a los jardines dejando el Instituto al libre dominio de los bedeles.

La influencia de «ellas»

29 - DOMINGO.—La tan estudiosa como modesta Raquel, la primera de sexto, ha obtenido tantos sobresalientes como asignaturas llevaba, igual que todos los años; al salir de cada uno de los exámenes la pobre se ha visto obligada a estrechar cincuenta manos que se le tendían, como tributo de admiración y cariño: su padre, el hombrecillo contrahecho, siempre ha sido el último en felicitarla, besándole las mejillas.

Y este año ha sido tanto más resonante su éxito cuanto que las restantes compañeras han estado en general bastante flojas. Y no es caso enteramente insólito, porque es de observar el hecho de que los cuatro primeros años del Bachillerato las chicas rayan siempre a gran altura, y en los dos restantes años empiezan a decaer y se abandonan. ¿Motivo? Yo creo que en dichos primeros años, aún verdaderamente niñas, se afanan por emular a los compañeros y sobrepasarlos, considerándolos como adversarios, y hacen, al fin y al cabo, todas esas cosas infantiles de lucha escolar. Pero del quinto al sexto año casi todas se hacen mujeres de un golpe (o pretenden serlo), no consideran ya al compañero como enemigo de clase, sino de modo muy diferente, y procuran con mayor cuidado presentarse en clase lo más apetitosas que sea posible que llevar la lección de memoria, dando al diablo los libros. Prototipo de esta clase de bachilleras es Margarita, que en cuanto se aproximan los exámenes entra en el grupo de los «despreocupados», subgrupo de los que lo son porque saben que no pueden corresponderle más nota que la proporcional al mínimo caso que han hecho de los libros; es un tipo verdaderamente curioso de estudiante calavera... con faldas; ha aprobado simplemente las cuatro asignaturas por algo de galantería de los profesores, ya que al darle las notas nos aseguró con desparpajo que había cogido las asignaturas una semana antes de los exámenes.

Y si nosotros no aflojamos en estos últimos años es porque generalmente los muchachos se dan cuenta de que por aquí empiezan a hacer una carrera que les asegure un porvenir, y procuran apretar para no perder el tiempo en balde..., esto la mayoría, que también hay de todo, pero aduzco en favor de éstos la excusa de que muchas lecciones mal sabidas, muchas malas notas y muchas deserciones se deben a «ellas».

Pero yo reconozco que, en general, el sistema de estudiar juntos chicos y chicas influye beneficiosamente en ambos, por más que perjudicara al estudio (que no es así), pues lo que sale realzada es la educación espiritual, que es, al fin de cuentas, lo que hay que perseguir. No sólo en centros escolares, sino en otro de cualquier especie en que se reúnan varones solos, es de notar cómo se extiende la grosería, la falta de educación y los modos brutales, y si es en colegios de muchachas, la gazmoñería, la murmuración y la hipocresía. ¿Cómo puede negarse que el trato continuado con la bella mitad del género humano dulcifica los modales, adecenta la conversación y fomenta la galantería y la caballerosidad? Tan eficaz es esta influencia, que el sagaz don Remigio, el catedrático de Química, se valió de ella para contribuir a mantener más el orden en su clase: referida queda la innovación que para ello hizo, que fue mezclar en clase a ambos sexos,

en lugar de mantenerlos separados como se hace en las restantes clases. ¿Qué individuo, por díscolo que fuera, se iba a atrever a hacer una tonte-
ría teniendo a ambos lados sendas damas? Tanto unos como otras abandonan bien pronto la esquivéz montuna que traen al Instituto cuando vienen a él por primera vez. ¿Que suelen ocurrir casos de fulminantes destro-
zos cardíacos, como ha ocurrido a mi buen Palacios? También hay muchos espíritus ecuanímes a semejanza de los gemelos Manuel y Emiliano.

Indudable es la mutua influencia educativa de esta promiscuidad. Dígalo el alumno Guerra, que cuando ingresó en el Instituto tenía la cos-
tumbre malísima de sembrar la conversación de formidables y malsonan-
tes tacos; pero según propia confesión, hablando una vez con Raquel soltó uno, por la fuerza de la costumbre; la excelente muchacha, como discreta
que es, aparentó no haberlo oído, pero él sí se dio bastante cuenta: tanta con-
fusión le produjo el hecho que se ha corregido radicalmente. Basta este an-
tidoto femenino para desterrar la funesta «conversación de hombres solos».

¡Adiós!

31 - MARTES.—¡Ultimo día de mayo! Tradicional fecha en que se cierra el
curso oficial y en que se verifica la definitiva emigración de las golondrinas
estudiantiles. Realmente hace cinco días terminó para nosotros todo y, sin
embargo, hasta hoy no habíamos dejado de acudir al Instituto. ¿A qué?
Ninguno de nosotros lo sabíamos, pero es que algo nos sigue ligando al
vetusto caserón y nadie quería pronunciar su adiós para siempre. ¡Estar
todo el curso con la ilusión de terminar para sentir luego infinita pena al
despedirse del Instituto...!

Hoy leyó don Gonzalo la lista de los que habían obtenido Matrícula de
Honor, unos diez en total. Después de darlos a conocer charlamos todos
animadamente; al profesor lo aguardaba un colegio para examinarse, y, sin
embargo..., ninguno nos movíamos; sabíamos que aquella definitiva reunión
había de acabar con una despedida de aquel hombre admirable, y todos
temíamos el momento. Al fin rompió la marcha Raquel, que tendió su
mano pálida, fina y temblorosa a don Gonzalo: «Me espera mi familia
—dijo con voz trémula— y tengo que decirle a usted adiós. Me acordaré
de usted toda mi vida..., y por todo... ¡gracias!» Don Gonzalo, reteniendo
con su mano la de Raquel, se retorció con la otra su gran bigote para
ocultar su emoción, y procurando sonreír dijo: «Tienes la mano helada.»
Luego desfilamos todos apretándole la mano, y él apenas nos miraba para
esconder la alteración de su rostro; las muchachas, más sensibles, tenían
los ojos llenos de lágrimas y formaron alrededor del catedrático un círculo
de lazos, sedas y colores vivos. El bueno del «Buey Apis» avisó por fin
que era la hora de comenzar los exámenes de colegios. Nos dijo por fin
don Gonzalo a todos: «Piensen ustedes en que tienen un año más... y yo
uno menos de vida.»

Luego hemos celebrado bajo la presidencia de don Marcelo una rápida,
aunque solemne sesión para proclamar la fundación de la Sociedad de
Antiguos Alumnos de San Isidro, proyecto que al fin cristalizó, y más
ahora en este ambiente de sentimiento por tener que separarnos todos.
Núñez, el ex-secretario del Centro de Cultura (puesto que al terminar el
curso termina el cargo), fue elegido presidente, y yo salí de vice-secretario,
honor inmerecido. Luego, sin tener que hacer más nada, estuvimos largo

rato paseando por las galerías, confundidos alumnos y alumnas. ¡Caso curioso! No había ni una chica con otra, sino parejas mixtas únicamente. Las escaleras retemblaban al paso de los alumnos de los otros años, con las notas en la mano; éstos se decían únicamente: «¡Hasta el curso que viene!»

Me despedí de los amigos de alguna intimidad. Uno de los hermanos gemelos me regaló una magnífica rosa; Arnáiz prometió pasar por mi casa. Algo apartado, Palacios, el huérfano de militar, apretaba un cigarrillo entre los dientes con rostro algo sombrío. «¿Qué te parece lo que ha ocurrido?», me dijo. «No sé nada», le respondí. «¡Que la han suspendido en Física —dijo consternado— y ha salido del examen llorando! Si no es porque estaba la madre con ella, me acerco.» Me condolí de la desgracia de la bella Laura, y Palacios añadió: «Pero después de todo no es eso lo que más triste me tiene, sino pensar en que ha llegado el último día de curso y no he sido capaz de acercarme a ella. ¡No sirvo para nada!» Pero el buen muchacho olvidó pronto todo aquello cuando le tendí la mano para despedirme de él. «Hasta la vista —le dije—, y si no nos vemos, que sepas siempre que estaré deseando estrecharte la mano.» El me abrazó, golpeándome la espalda, y marchó a su casa.

Las muchachas se despedían entre risas y gritos, con gran algarabía, y se dispersaron pronto. Recorrí una vez más las galerías por las que tantos días había paseado, ya preocupado con una lección difícil, ya deseando ver a un compañero. Me despedí mentalmente de nuevo del catedrático de Historia Natural, del excelente don Gonzalo, prototipo de profesores, de caballeros y de amigos. Del viejo don Vicente, recordando su cara arrugada y terriblemente sombría, mártir de la enseñanza, que había escrito aquel curso con lágrimas y sangre. Del rígido don Remigio, que hacía de la disciplina un culto. De don Silvano, que tanto me interesó y a quien oí tantas cosas que despertaban la atención y hacían reflexionar. Del bondadoso Director, don Marcelo, y de su benévola ironía. De don Carlos, tan preocupado por la cultura literaria de los alumnos. De los bedeles, que habían soportado pacientemente nuestra inquietud juvenil y nuestras demasías. De tantos compañeros, de los cuales a unos no volveré a ver probablemente en el futuro, siguiendo caminos divergentes, y con otros mantendré quizá amistad, aunque posiblemente con la mayoría no muy estrecha; pero de quienes conservaré siempre un buen recuerdo, ya que he convivido con ellos estos años y de ninguno tengo una mala memoria personal, sea cual haya sido su conducta como estudiantes. De los viejos muros, que encerraron una porción de mi juventud. Y ahora deberé enfrentarme con el interrogante de una nueva etapa en mi vida. Sea lo que Dios quiera.

NOTAS

¹ Aquí hay un descuido o una palabra retórica, pues el antiguo Colegio Imperial perteneció a los jesuitas, como es notorio.

² La Capilla había pertenecido en la época del Colegio Imperial a la Congregación de la Concepción, dentro del ámbito de la Compañía de Jesús, cofradía que por su cuenta había llevado a cabo la construcción y decoración de su capilla. Las pinturas del techo, notables dada su escasez en Madrid, son obra de Juan Delgado, amigo o discípulo de Antonio Palomino, y fueron realizadas a comienzos del siglo XVIII. (Ramón Ezquerro, «La Capilla de la Concepción del Colegio Imperial», en *Revista de Segunda Enseñanza*, dirigida por José Rogerio Sánchez, 1926, págs. 323-337, 362-366 y 404-409, reeditada con ampliaciones en este mismo tomo de los *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*. Sobre la Congregación y la Capilla, v. también la *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, por José Simón Díaz, 2 vols., M., 1952-1959, especialmente el t. I, págs. 42-43, 136-142 en el t. II se incluyen algunas fotografías de la pintura.) En la época de este Diario —desde hacía un siglo— la Capilla estaba desafectada al culto y convertida en salón de actos; después de la guerra ha vuelto a funcionar para el servicio religioso del Instituto, pero actualmente con motivo de las obras de reforma del edificio carece de culto y parece que tampoco volverá a haberlo allí. En aquella época, como queda dicho, servía de paraninfo y poseía una gran gradería de madera. Baroja, en *El árbol de la Ciencia*, menciona este local, porque cuando estudiaba Medicina se daba en él la clase de Química general, del preparatorio de Medicina y Farmacia; dice que tenía por la citada gradería el aspecto de un gallinero de teatro. Era una «clase grotesca», en la que los alumnos se burlaban del profesor ante su impotente cólera, y donde se fumaba, se hablaba, se leían novelas y se rebuznaba. Por desgracia, no tardaremos en presenciar una clase análoga en este Diario. En el curso a que se refiere éste, las paredes estaban cubiertas con listas en grandes letras rojas de directores y catedráticos del Instituto, hoy borradas.

³ Don Luis Olbés y Zuloaga, nacido en Madrid en 1865, fallecido durante la Guerra Civil en Cataluña. De ascendencia navarra, aragonesa y vascongada. Estudió en la Universidad de Madrid. Catedrático de Física y Química, desde 1892, en los Institutos de Baeza, Lugo, Córdoba (1896) y de San Isidro, a donde pasó por oposición en 1905; secretario del Instituto desde 1917; jubilado en 1935. En Córdoba fue socio de Mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País, académico de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes, presidente de la Comisión de Estadística y encargado de la estación meteorológica. Caballero de la Real Orden de Alfonso XII. Su hijo Luis Olbés Fernández, catedrático de Geografía e Historia en el Instituto de Gijón, fue asesinado en esta ciudad en septiembre de 1936.

⁴ Don Antonio Martínez y Fernández-Castillo, nacido y fallecido en Madrid (1871-1928). Estudió Ciencias Naturales en la Universidad Matritense, doctorándose en 1898. Nombrado sucesivamente catedrático de los Institutos de Santa Cruz de Tenerife (1905), Almería y Ciudad Real y trasladado a San Isidro en 1915. De 1898 a 1905 residió en Oviedo, donde fue auxiliar numerario de la Sección de Ciencias de la Universidad, encargado de cátedra y participante en sus famosos cursos de Extensión Universitaria. Miembro de la Real Sociedad Española de Historia Natural desde 1892 y que presidió en 1919. Autor de un excelente texto de Historia Natural en colaboración con Eduardo Hernández Pacheco y Manuel Cazorro. En un local del Instituto se colocó una lápida conmemorativa de él.

⁵ Don José Verdes-Montenegro y Montoro, nacido en Madrid en 1865. Discípulo de Salmerón en la Universidad de Madrid, quien influyó decisivamente en sus ideas. Positivista en Filosofía, afiliado al partido socialista. Había sido catedrático en Alicante, donde dirigió el periódico *Mundo Obrero* de 1901 a 1904. Traslado a San Isidro en 1918. Fallecido después de la guerra, probablemente exiliado. De familia socialmente distinguida, en contraste con su radicalismo ideológico, su padre, don Francisco Verdes-Montenegro,

fue caballero de la Orden de Carlos III y de Isabel la Católica y secretario de Su Majestad.

⁶ Callaremos piadosamente el nombre de este desdichado profesor. Algún tiempo después se proveyó la cátedra de Agricultura con el destacado geógrafo don Juan Dantín Cereceda.

⁷ En aquella época era usual ya la asistencia de mujeres al Instituto, iniciada años antes, pero su número, que podía pasar por algo cuantioso entonces, carecía de posible comparación con la posterior afluencia masiva de elemento femenino a la Enseñanza Media. En las clases a que se refiere el Diario no pasaba de un 20 por 100; no es necesario advertir que existía entonces coeducación en los Institutos; desde 1939 San Isidro ha sido exclusivamente masculino. Dada la categoría social de la mayoría de las familias de las alumnas se explica que no asistieran a un colegio aristocrático.

⁸ Se descuida el autor y da aquí el verdadero nombre de «Tomás».

⁹ El profesor que se hizo cargo de la mitad de la clase era el auxiliar don José Montero y Rodríguez Almanza. Por desgracia, la mitad de los alumnos que quedaron con «don Vicente» se bastaron para que prosiguiera su calvario.

¹⁰ Don Manuel Zabala Urdániz, nacido en Zaragoza (1852-1927); fue catedrático del Instituto de Valencia y alcalde de esta ciudad; asimismo diputado a Cortes; pasó a San Isidro en 1900 y fue nombrado director en 1903, cargo que ejerció hasta su jubilación, en 1922; autor de textos de Geografía e Historia muy usados en toda España en su tiempo. Hijo suyo fue don Pío Zabala Lera, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de España en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid y rector de ésta en dos ocasiones. (Del padre y del hijo he sido discípulo y conservo de ambos grato recuerdo.) En la dirección sucedió a Zabala don Miguel Aguayo Millán, catedrático de Matemáticas en San Isidro desde 1917.

¹¹ Aquí se permite el autor una leve fantasía; el padre inválido lo era de otra alumna, pero no de «Raquel».

¹² Los bedeles de aquella época en relación con las clases de sexto curso eran: Benigno González («Plácido»), Luis García («Tomás»), Robustiano Ruiz («Lázaro»); celadora o «bedela», cargo totalmente nuevo entonces, era doña Rosario Hidalgo, posteriormente trasladada al Instituto femenino «Lope de Vega», donde volví a hallarla. Entró por aquel tiempo un bedel joven, Andrés Pueyo, único superviviente de nuestra época, que encontraba yo allí años después al visitar San Isidro. Ignoro el nombre del mayestático y respetable conserje y no es explicable que el autor no mencione al bajito y simpático portero «Molécula» —Luis Elipe—, en difícil y cotidiano contacto con los alumnos y más expuesto a sus impertinencias creo que murió allí en un bombardeo durante la guerra.

¹³ Don José Rogerio Sánchez (1876-1949), nacido en Valladolid; pasó a San Isidro en 1918; director desde 1939, incumbiéndole la reconstitución del Instituto tras la guerra. Había sido profesor de la Escuela Superior del Magisterio, Inspector general de Enseñanza, Director general de Enseñanza Primaria en el Gobierno Berenguer (1930-31), académico de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas; autor de numerosas obras didácticas de Preceptiva e Historia Literaria, de estudios críticos, edición de clásicos e incluso cultivador de la literatura, con algunas novelas.

¹⁴ «Galván» ha sido luego compositor.

¹⁵ Se trata de la Asociación de Estudiantes Católicos, formada o resurgida por entonces, parte de la Confederación de Estudiantes Católicos de España, constituida por las Federaciones de Estudiantes Católicos provinciales, movimiento que actuó con bastante intensidad en los años siguientes; gran promotor suyo fue Fernando Martín-Sánchez Juliá, de tan destacada actuación en la vida religiosa y política española posteriormente.

¹⁶ Eduardo Dato, asesinado en la plaza de la Independencia el 8 de marzo de 1921 por un «comando» anarquista procedente de Barcelona. Dada la notoriedad del hecho y del personaje huelgan aquí pormenores ni comentarios.

¹⁷ Otra fantasía, pues la edad mínima de entrada en Enseñanza Media era de diez años, por lo menos cumplidos dentro del año natural en que se comenzaran los estudios.

¹⁸ La biblioteca instalada en el Instituto no pertenecía oficialmente a éste; procedía de la del Colegio Imperial, con adiciones posteriores —y también mermas— y era rica en fondos de los siglos XVII y XVIII, con obras a veces inexistentes en otras bibliotecas. Gavira encontró allí un ejemplar único en Madrid de la *Geographia generalis* del eximio

geógrafo holandés Varenius (siglo XVII), que comentó en uno de sus trabajos años después. La biblioteca estaba adscrita a la Facultad de Filosofía y Letras, herencia de cuando estuvo instalada en tiempo de Isabel II en el edificio de San Isidro, y en mala hora fue recabada por aquélla, trasladándose a la Ciudad Universitaria, donde quedó destruida gran parte durante la guerra; sus restos figuran en la biblioteca de la Facultad. Estaba regida por el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios y era totalmente pública, sin requisito alguno para la consulta de sus fondos. Muchos estudiantes del Instituto frecuentaban esta biblioteca en horas libres, o que se las tomaban como tales, y aparte de los que leían frivolidades o novelas de aventuras, puedo afirmar que prestó buenos servicios a quienes supieron aprovecharla. (Sobre la biblioteca y sus vicisitudes, v. la cit. obra de J. Simón Díaz, t. II, págs. 103-124.)

¹⁹ De esta comida surgió, por sugerencia de uno de los profesores asistentes —Verdes-Montenegro—, la idea de constituir una Asociación de Antiguos Alumnos del Instituto, formada inmediatamente, y que se sostuvo con más o menos dificultades algún tiempo, y cuya actividad se manifestó en numerosas juntas, donde se imitaban los debates parlamentarios y se exhibía una profusa y estéril oratoria; durante los años siguientes se organizaron banquetes en conmemoración del fundacional, y el de 1922 se celebró en homenaje a Zabala por su próxima jubilación. También organizó algunas representaciones teatrales con su propio cuadro, al que se unían alumnos en activo. Después de la guerra intentó Rogerio Sánchez revivir la Asociación, pero sin éxito.

^{19 bis} Quien había sido catedrático en Oviedo era «don Gonzalo» (Antonio Martínez).

²⁰ Había también una lápida dedicada al escritor Francisco Navarro Ledesma (1869-1905), catedrático del Instituto y famoso por su biografía novelada *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*.

²¹ Las obras representadas fueron: *Las aceitunas*, de Lope de Rueda; *La elección de los alcaldes de Daganzo*, de Cervantes; *El Muñuelo*, de Ramón de la Cruz, y *Ciencias exactas*, de Vital Aza. Existió tanto entusiasmo por estas representaciones en los años inmediatos, que uno de los ex alumnos de este curso dejó sus estudios de Medicina para dedicarse al teatro como actor profesional. El 16 de enero de 1922 los antiguos alumnos celebraron otra función en el teatro Español, en que representaron *Parada y fonda*, de Vital Aza; *La escondida senda*, de los Álvarez Quintero, y la «Tragicomedia breve y medieval en un acto... en verso, original y primera producción de don José Gavira Martín», que ocasionó luego a su autor bastantes disgustos.

²² En los planes de aquella época, todos los alumnos de colegios o libres se examinaban en los Institutos, pues los primeros carecían de la facultad de calificar a los suyos, obtenida después de la guerra.